CUENTOS CRUELES

Philippe-Auguste Villiers de L'Îsle-Adam

Introducción

Jean-Marie-Mathias-Philippe-Auguste, conde de Villiers de L'Îsle-Adam, más conocido como Auguste Villiers de L'Îsle-Adam (Saint-Brieuc 1838 - París 1889). Escritor, dramaturgo y crítico francés del siglo XIX, se identificó principalmente con el romanticismo y el simbolismo, consiguiendo en sus textos una novedosa mezcla de cuento filosófico, relato de terror, ciencia-ficción y esoterismo (una de sus grandes aficiones).

Aunque de origen aristocrático (sus antepasados fueron Grandes Maestres de la Orden de Malta), los descabellados negocios de su padre hacen que el patrimonio familiar se vea seriamente mermado. Durante su infancia recorre multitud de colegios en distintas ciudades de la Bretaña francesa, hasta que en 1855 su familia se instala definitivamente en París. Allí, el joven Auguste frecuenta los salones y cafés donde se dan cita los artistas. De esta época data su amistad con Charles Baudelaire y su descubrimiento de Edgar Allan Poe (a través, precisamente, de las traducciones de Baudelaire) y de la filosofía de Hegel, factores que van a influenciarle en gran manera en sus futuras obras. Preocupados por los ambientes que frecuenta, sus padres intentan convencerle de que se recluya en la abadía de Solesmes, cuyo superior es amigo de la familia, pero Auguste se niega.

En 1858 publica su primer libro, *Dos ensayos de poesía*, y comienza su carrera como crítico musical en la revista “La Causerie”. Al año siguiente publica su siguiente libro, *Primeras poesías*, aunque éste pasa totalmente desapercibido. En 1862 publica una de sus novelas más conocidas, *Isis*. En 1865 escribe la obra *Elë*n y al año siguiente comienza a colaborar con el Parnasse Contemporain y escribe *Morgane*, un drama en cinco actos. En esta época conoce al que sería uno de sus grandes amigos, Stepháne Mallarmé. En 1867 se convierte en redactor jefe de la “Revue des Lettres et des Arts”, escribe el primero de sus *Cuentos crueles* (*L'Intersigne*) y publica la novela corta *Claire Lenoir*.

A partir de 1870, con el estallido de la guerra franco-prusiana su ya inestable economía empieza a desmoronarse. Para solventar su situación económica intenta casarse con una rica heredera que lo rechaza. En parte por la acuciante necesidad y en parte por una inagotable capacidad de escribir, Villiers no cesa de producir relatos. En esta época conoce a Wagner, de cuyas óperas es un auténtico apasionado.

La publicación en 1883 de sus *Cuentos Crueles* le valió cierta notoriedad aunque siguió viviendo en la precariedad hasta su muerte. Entre los años 1885 y 1888 publica la obra de teatro *Axël* (1885, aunque se estrena de manera póstuma en 1890), las novelas *La Eva futura* (1886) y *La extraña historia del Dr. Tribulat Bonhomet* (1887) y las colecciones de relatos *Historias insólita*s y *Nuevos cuentos crueles* (ambas de 1888).

Muere en agosto de 1889 a causa de un cáncer de estómago.

Las señoritas de Bienfilâtre

Al Señor Théodore de Banville

¡Luz, Luz"!… .
Últimas Palabras de Goethe.

Pascal dijo que, desde el punto de vista de los hechos, el Bien y el Mal son cuestión de *latitud*. En verdad, tal acto humano que aquí llamamos crimen, allá lo llaman buena acción, y así recíprocamente. Mientras en Europa, por lo general, se venera a los padres ya ancianos, en ciertas tribus de América se los convence para que suban a un árbol y, acto seguido, comienzan a sacudirlo: si caen, el deber sagrado de todo bueno hijo es, como antaño hacían los mesenios, molerlo a hachazos de inmediato, para evitarles, así, las preocupaciones de la decrepitud; en cambio, si hallan fuerzas para aferrarse a alguna rama, entonces es que aún se valen para cazar o pescar, y su inmolación queda aplazada. Otro ejemplo: entre los pueblos del Norte, que gustan de beber vino, corre a raudales cuando el amado sol duerme; incluso nuestra religión nacional nos aconseja que el *"buen vino alegra el corazón"*. Para los vecinos mahometanos, al Sur, se considera este acto un grave delito. En Esparta, se practicaba y se honraba el robo: era una institución hierática, un complemento indispensable en la educación de todo respetable lacedemonio. De ahí, probablemente, los griegos. En Laponia, es un honor para el padre de familia que su hija sea objeto de todas las atenciones cariñosas que pueda procurarle el viajero que goza de su hospitalidad. Al igual que en Besarabia. Al norte de Persia, y en las tribus del Kabul, donde viven en tumbas muy antiguas, si, al recibir en un cómodo sepulcro una cordial y hospitalaria acogida, transcurridas veinticuatro no se ha hecho uno íntimo con toda la prole del anfitrión, guebro, parsi o wahabita, es lógico esperar que, sin más, le sea a uno arrancada la cabeza, suplicio en boga por estos parajes.

Las acciones, entonces, en cuanto a su naturaleza física, son indiferentes: sólo la conciencia de cada uno los convierte en buenos o malos. La semilla misteriosa que yace en el fondo de este inmenso malentendido es esa innata necesidad que anida en el hombre para dictarse distinciones y escrúpulos, por prohibirse tal o cual acción ante otras, según adónde sople el viento en su país, es cómo si la humanidad entera olvidara y buscara recordar, a tientas, no se sabe qué ley perdida.

Hace algunos años, prosperaba, y era orgullo de nuestros bulevares, un amplio y luminoso café, situado casi en frente de uno de nuestros teatros de costumbres, cuyo frontón recuerda al de un templo pagano. Allí, a diario se reunían la elite de estos jóvenes que, más tarde, se distinguieron ya sea por su valor artístico, por su incapacidad o sea por su actitud en los agitados días por que atravesamos.

Entre estos últimos, hasta los hay que tomaron las riendas del carro del Estado. Entre estos últimos, los hay que empuñaron las rentas del carro del Estado. Como se ve, no se trataba de una cerveza cualquiera la que se servía en este café de las *Mil y una noches*. El burgués de París sólo hablaba de este pandemonio bajando la voz. A menudo, el prefecto de la ciudad dejaba caer allí negligentemente, a modo de tarjeta de visita, un manojo selecto, un ramillete inesperado de gendarmes; estos, con aquel aire distraído y sonriente que los distingue, con la punta de sus esclavinas alegremente sacudían el polvo de estas traviesas y revoltosas cabezas, atención que, pese a toda su delicadeza, era bien sensible. Al día siguiente, ya no volvían a aparecer por allí.

En el terrado, entre la fila de coches de punto de mujeres, una florescencia de moños, huidos del lápiz de Guys, emperifolladas de vestidos inverosímiles, descansaban cómodamente en las sillas, cerca de los veladores de hierro batido pintados en verde esperanza. En estos veladores se entregaban a sus brebajes. Los ojos tenían algo de azor y

de ave de corral. Unas sostenían entre sus rodillas un gran ramo, otras un pequeño perro, otros nada. Se hubiera dicho que esperaban a alguien.

Entre estas jóvenes mujeres, dos llamaban la atención dos por su asiduidad; los habituales del salón las nombraban, a secas, Olympe y Henriette. Llegaban al caer la tarde, se situaban en un rincón bien iluminado, pedían, más por compostura que por verdadera necesidad, una copita de *vespetro*[1] o *mazagrán*[2], y luego atisbaban a los transeúntes con mirar meticuloso.

¡Y eran las señoritas de Bienfilâtre!

Sus padres, personas íntegras, educadas en la escuela de la desdicha, no habían contado con recursos suficientes para que disfrutasen de un aprendizaje: el oficio de esta austera pareja consistía, principalmente, en colgarse, a cada momento, con actitudes desesperadas, de esa larga espiral que supone la manilla de la puerta de un carruaje. ¡Duro oficio, y para arrancar a duras penas unas míseras monedas a Dios! “Jamás la suerte se ha tornado a mi favor”, refunfuñaba Bienfilâtre una mañana mientras preparaba un flan. Olympe y Henriette, hijas abnegadas, entendieron temprano que se requería actuar. Hermanas alegres desde la más tierna infancia, dedicaron el precio de sus vigilias y sus sudores a mantener un modesto pero honorable acomodo en la portería. "Dios bendiga nuestros esfuerzos", decían a veces, pues se habían imbuido de buenos principios y, tarde o temprano, una primera educación, basada en sólidos principios, da sus frutos. Cuando uno se preocupaba por saber si sus labores, a veces excesivas, no mermaban su salud, contestaban, cabizbajas y evasivas, con ese aire dulce y avergonzado de la modestia: "Hay indultos de estado… "

Las señoritas de Bienfilâtre eran, como se dice, esas obreras "que hacen su jornada de noche". Desempeñaban lo más dignamente posible (pese a ciertos prejuicios mundanos) una tarea ingrata, y con frecuencia engorrosa. No eran de esas ociosas que rechazan, por deshonroso, el santo callo del trabajo, ni se les caían los anillos. Se contaban varias anécdotas buenas acerca de ellas que habría removido las cenizas de Monthyon en su cenotafio aristocrático. Una tarde, por ejemplo, habían rivalizado en emulación y incluso superado, al cubrir los gastos de enterramiento de un viejo tío, quien no les legara más que el recuerdo de bofetadas que les había propinado en sus días de infancia.

También eran vistas con buenos ojos por todos los habituales de tan reputado salón, entre los cuales se encontraban personas intransigentes. Ante sus miradas o sonrisas siempre hallaban como respuesta una señal amistosa, un saludo de "Buenas noches." Nadie jamás les había manifestado ni un reproche ni una queja. Su comercio era reconocido por todos como amable y afable. En resumen, no le debían nada a nadie, cumplían todos sus compromisos y, por tanto, podían llevar bien alta la cabeza. Ejemplares, ahorraban para los imprevistos, para "los tiempos difíciles" y para, algún día, poder retirarse honorablemente de los negocios. Comedidas, cerraban los domingos y, como chicas sensatas, no prestaban oídos a las zalamerías de galanteadores, aptas solo para apartar doncellas del recto camino del deber y del trabajo. Pensaban que hoy en día sólo la luna es gratuita en el amor. Su lema era: "Celeridad, Seguridad, Discreción"; y, en sus tarjetas profesionales, añadían: "Especialidades".

Un día, la más joven, Olympe, se echó a perder. Hasta ahora irreprochable, esta infeliz criatura sucumbió ante tentaciones a las que más fácilmente se exponía que ninguna otra (que bien pronto no tardaron en censurarla) dado el ambiente en que su condición la obligaba a vivir. En definitiva, cometió un error: amó.

Era su primer error. ¿Pero quién, después de todo, comprende el abismo al cual nos

puede conducir un primer error? Un joven estudiante, inocente, hermoso, provisto de una apasionada alma de artista, pero más pobre que Job, de nombre Maxime, si bien callamos su apellido, la engatusó con palabras dulces y la echó a perder.

Inspiró una pasión celestial en esta pobre criatura que, dada su situación, no tenía más derecho a probarla que Eva a comer el fruto divino del Árbol de la Vida. Desde ese día en adelante, se olvidó de todas sus obligaciones. Cuando a una chica se le sube el amor a la cabeza, ¡manda todo a paseo!

Y su hermana, ¡qué lástima! ¡Esta noble Henriette, sufría ahora el peso de semejante afrenta! A veces, se agarraba la cabeza con ambas manos, dudando de todo, de la familia, de los principios, ¡de la Sociedad misma! –"¡No son sino meras palabras!" –gritaba. Un día, se había encontrado con Olympe vestida con un vestido negro, con el pelo suelto y un pequeño cuenco de hojalata en la mano. Al pasar, Henriette, fingiendo no reconocerla, le reprochó en voz baja: –"¡Hermana, su comportamiento resulta incalificable! ¡Al menos podría guardar las apariencias!"

Con estas palabras, quizá esperarse que todo volviese a su sitio.

Todo fue en vano. Henriette sintió que Olympe estaba perdida; se ruborizó y siguió.

El hecho es que corrían rumores en la honorable sala. Por la noche, cuando Henriette llegaba sola, la acogida no era ya la misma. Hay solidaridades. Se daba cuenta de diferencias, humillantes, y se la trataba con mayor frialdad desde la noticia de la caída en la ignominia de Olympe. Orgullosa, sonreía como aquel joven espartano al que un zorro desgarraba el pecho, pero en este corazón sensible y recto, todos estos golpes hacían mella. Para la verdadera delicadeza, con frecuencia una nimiedad perjudica más que el ultraje grosero, y, en este aspecto, Henriette era una persona excesivamente sensible. ¡Cuánto debió sufrir!

¡Y por la noche, al cenar en familia! El padre y la madre, comían, cabizbajos, en silencio. No hablaban de la ausente. En el postre, en el momento del licor, Henriette y su madre, después de intercambiarse una mirada furtiva, y después de secar sendas lágrima, se daban un silencioso apretón de manos bajo la mesa. Y el viejo portero, apesadumbrado, tiraba entonces del cordón del timbre, sin ningún motivo, para disimular alguna lágrima. A veces, girando bruscamente la cabeza, se llevaba la mano a la solapa como si se arrancara aparentes decoraciones.

Una vez, incluso, el conserje intentó recobrar a su hija. A su pesar, subió los distintos tramos de escaleras del lugar donde se alojaba el joven. Y allí:

–¡Desearía a mi pobre niña! –sollozó.

–Señor –respondió Maxime–, la amo y le ruego que me conceda su mano.

–¡Miserable!– exclamó Bienfilâtre, mientras huía, indignado ante tamaño "cinismo".

Henriette había apurado el cáliz. Se requería un último intento, así que se resignó, pues, a exponerse a todo, incluso al escándalo. Una noche, supo que la deplorable Olympe iría al café a saldar una pequeña antigua deuda, avisó a su familia y se dirigieron toros hacia el luminoso café.

Igual que Malonia, deshonrada por Tiberio, presentándose ante el Senado romano para acusar a su violador, antes de apuñalarse en su desesperación[3], Henriette compareció ante tan adusta concurrencia. El padre y la madre, por dignidad, se quedaron a la puerta. Se tomaba el café. Al ver a Henriette, las fisonomías se alargaron con cierta severidad; pero cuando se advirtió que quería hablar, las largas hojas de los periódicos cayeron sobre las mesas de mármol abriéndose un silencio sepulcral: se trataba de juzgar.

Se distinguía en un rincón, en una mesilla apartada, avergonzada y haciéndose casi invisible, a Olympe y su pequeño vestido negro.

Henriette habló. Durante su discurso, se vislumbraban, a través de la vidriera, los Bienfilâtre, preocupados, mirando sin entender. Finalmente, el padre no pudo más; entornó la puerta, y, aguzando el oído, con la mano en el pomo de la cerradura, escuchaba.

Le llegaban frases entrecortadas cuando Henriette elevaba un poco la voz:

–¡Se debía a sus semejantes!… Tal conducta… Estaba dando la espalda a toda la gente respetable… ¡Un golfo que no tiene dónde caerse muerto!… ¡Un bribón!… Se estaba condenando al ostracismo… Desatendiendo su responsabilidad… Una joven que ha echado su reputación a perder… Pensando en las musarañas… que hasta hace poco… todavía ocupaba una elevada posición… Esperaba que las palabras de estos señores, más autorizada que la suya, que los consejos de su venerable y preclara experiencia… la harían reconsiderar ideas más sanas y más prácticas… ¡No se está en el mundo para la diversión!… Suplicaba que reaccionase… ¡Echaba mano a recuerdos de infancia!… ¡A la llamada de la sangre! Todo había sido en vano… Ya nada latía en ella. ¡Una perdida! ¡Qué aberración!… ¡Que desgracia!

En aquel momento, entró el padre en tan distinguida sala, encorvado. Al ver el aspecto de la desgracia inmerecida, todos se levantaron. Existen ciertas penas ante las que no ha lugar a consuelo. Cada uno vino, en silencio, a apretar la mano del digno anciano, para participarles el pesar ante su infortunio.

Olympe se retiró, avergonzada y pálida. Al sentirse culpable, había dudado un instante si echarse en brazos de la familia y de la amistad, siempre abiertos al arrepentimiento. Pero la pasión había prevalecido. Un primer amor enraíza tan profundamente en el corazón que asfixian hasta los mismos principios de los anteriores sentimientos.

Su conciencia atormentada se revolvía y, al día siguiente, cogió fiebre. Se metió en la cama. Moría, literalmente, de vergüenza, El espíritu mataba al cuerpo: la hoja desgastaba la vaina.

Acostada en su pequeño cuarto, y sintiendo la proximidad de la muerte, gritó. Algunas buenas almas entre los vecinos dieron aviso a un ministro del cielo. Una de ellas advirtió que Olympe estaba débil y necesitaba fortalecerse, por lo que mandó a su hija que le subiese un potaje.

Apareció el cura.

El viejo eclesiástico se esforzó en calmarla con palabras de paz, olvido y misericordia.

–¡He tenido un amante! –murmuraba Olympe, acusándose así de su deshonra.

Omitía todos los pecadillos, las murmuraciones, la impaciencia de su vida. Sólo esto le rondaba por la mente: era una obsesión. “¡Un amante! ¡Por placer! ¡Sin ganar nada!” Este era su crimen.

No quería atenuar su falta hablando de su vida anterior, hasta ahí siempre pura y toda abnegación. Sentía que hasta este punto era irreprochable. ¡Pero esta vergüenza, donde sucumbía, de haber fielmente entregado su amor a un joven sin posición y que, parafraseando la expresión exacta y vengativa de su hermana, no tenía dónde caerse muerto! Henriette, que nunca había flaqueado, le aparecía como en una aureola. Se sentía condenada y temía los rayos del soberano juez, frente al cual podía encontrarse, cara a cara, de un momento a otro.

Hubo, quizá, un quid pro quo, ciertas expresiones de la pobre chica que dejaron, dos

o tres veces, pensativo al párroco. Pero, siendo el arrepentimiento y el remordimiento lo único por lo que tenía que preocuparse, poco le importaba el detalle de la falta; bastaban la buena voluntad de la penitente y su sincero arrepentimiento. En el momento, pues, en que iba a alzar la mano para absolverla, se abrió la puerta con estrépito: era Maxime, espléndido, con feliz y radiante, la mano llena de algunos escudos y tres o cuatro napoleones que hacía bailar y tintinear triunfalmente. Su familia había cumplido con ocasión de sus exámenes: era para su matrícula.

Olympe, sin reparar al principio en esta significativa circunstancia atenuante, extendió, con horror, sus brazos hacia él.

Maxime se detuvo, estupefacto ante la escena.

–¡Valor, hija mía!… –murmuró el cura, que creyó ver, en este gesto de Olympe, un adiós definitivo a su compañero en alegrías culpables e indecentes.

En realidad, lo que ella rechazaba de este joven tan sólo era el *crimen*, y este no era otro que su falta de *seriedad*.

Pero en el momento en que el augusto perdón descendía sobre ella, una sonrisa celeste iluminó sus inocentes rasgos; el cura pensó que se sentía salvada y que oscuras visiones seráficas translucían para ella en las mortales tinieblas de la última hora.

Olympe, en efecto, acababa de ver, vagamente, las piezas del maldito metal relucir entre los dedos transfigurados de Maxime. ¡Fue entonces, solamente, cuando sintió los efectos saludables de la misericordia suprema! Un velo se rompió. ¡Era el milagro! Con este signo evidente, se veía perdonada y redimida desde arriba.

Asombrada, con la conciencia tranquila, cerró los párpados como para recogerse antes de abrir sus alas hacia el infinito azul. Luego los labios se entreabrieron y exhaló su último suspiro, como el aroma de una azucena, susurrando palabras de esperanza:

–¡La luz se hizo!

[1] Vespetro: aguardiente macerado con los granos de algunas especias (Vg.: cilantro, hinojo, anís…).

[2] Mazagrán: bebida refrescante hecha con hielo, café y marrasquino (licor de cereza amarga).

[3] Malonia, hija del senador Marco Sexto prefirió suicidarse antes que yacer con «ese viejo sucio y repugnante». Tiberio, con el fin de hacerse con los favores de Malona, acusó a padre e hija de incesto. Mandada llamar a palacio, Tiberio quiso abusar de su prisionera quien, ante el ataque del César, se resistió violentamente, cediendo tan sólo a un cunilinguo. Después de esta humillación, Malonia regresó a su casa y se atravesó el corazón con un puñal.

Vera

A madame la comtesse d'Osmoy

La forma del cuerpo le es más
esencial que su propia sustancia.
La Fisiología Moderna

El amor es más fuerte que la muerte, ha dicho Salomón: su misterioso poder no tiene límites.

Concluía una tarde otoñal en París. Cerca del sombrío «faubourg de Saint-Germain», algunos carruajes, ya alumbrados, rodaban retrasados después de

concluido el horario de cierre del bosque. Uno de ellos se detuvo delante del portalón de una gran casa señorial, rodeada de jardines antiguos. Encima del arco destacaba un escudo de piedra con las armas de la vieja familia de los condes D'Athol: una estrella de plata sobre fondo de azur, con la divisa «Pallida Victrix», bajo la corona principesca forrada de armiño.

Las pesadas hojas de la puerta se abrieron. Un hombre de treinta y cinco años, enlutado, con el rostro mortalmente pálido, descendió. En la escalinata, los sirvientes taciturnos tenían alzadas las antorchas. Sin mirarles, él subió los peldaños y entró. Era el conde D'Athol.

Vacilante, ascendió las blancas escaleras que conducían a aquella habitación donde, en la misma mañana, había acostado en un féretro de terciopelo, cubierto de violetas, entre lienzos de batista, a su amor voluptuoso y desesperado, a su pálida esposa, Vera.

En lo alto, la puerta giró suavemente sobre la alfombra. El levantó las cortinas.

Todos los objetos permanecían en el mismo lugar en donde la condesa los había dejado la víspera.

La muerte, súbita, la había fulminado.

La noche anterior, su bien amada se desvaneció entre placeres tan profundos, se perdió en tan exquisitos abrazos, que su corazón, quebrado por tantas delicias sensuales, había desfallecido. Sus labios se mojaron bruscamente con un rojo mortal.

Apenas tuvo tiempo de darle a su esposo un beso de adiós, sonriendo, sin pronunciar una sola palabra. Luego, sus largas pestañas, como cendales de luto, se cerraron para siempre.

Aquella jornada sin nombre ya había transcurrido.

Hacia el mediodía, después de la espantosa ceremonia en el panteón familiar, el conde D'Athol despidió a la fúnebre escolta. Después solo, encerrose con la muerta, entre los cuatro muros de mármol, cerrando la puerta de hierro del mausoleo.

El incienso se quemaba en un trípode, frente al ataúd. Una corona luminosa de lámparas, en la cabecera de la joven difunta, la aureolaba como estrellas.

É, en pie, ensimismado, con el solo sentimiento de una ternura sin esperanza, se había quedado allí durante todo el día. Alrededor de las seis, en el crepúsculo, salió del lugar sagrado. Al cerrar el sepulcro, quitó la llave de plata de la cerradura y, empinándose en el último peldaño de la escalinata, la arrojó al interior del panteón. Cayeron sobre las losas interiores a través del trébol que adornaba la parte superior del portal.

¿Por qué todo esto… ?

Con certeza esto obedecía a la secreta decisión de no volver allí nunca más.

Y ahora, él revisó la solitaria habitación.

La ventana, detrás de los amplios cortinajes de cachemira malva, recamados en oro, estaba abierta. Un último y pálido rayo de luz del atardecer iluminaba un cuadro envejecido de madera. Era el retrato de la muerta.

El conde miró a su alrededor.

La ropa estaba tirada sobre un sillón, como la víspera. sobre la chimenea estaban las joyas, el collar de perlas, el abanico a medio cerrar, y los pesados frascos de perfume que «su» amada no aspiraría nunca más. Sobre el techo deshecho, construido de ébano, con columnas retorcidas, junto a la almohada, en el lugar donde la cabeza adorada había dejado su huella, en medio de los encajes, vio el pañuelo enrojecido, por gotas de su sangre cuando su joven alma aleteó un instante.

El piano permanecía abierto, a la espera de una melodía inconclusa. Las flores de

indiana, recogidas por ella en el invernadero, se marchitaban dentro del vaso de Sajonia.

A los pies del lecho, sobre una piel negra, estaban las pequeñas chinelas orientales, de terciopelo, sobre las que un emblema gracioso resaltaba bordado en perlas:

«Quien vea a Vera la amará».

Los pies desnudos de la bien amada jugaban aún la mañana del día anterior, moviendo a cada paso el edredón de plumas de cisne.

Y allá, en la sombra, estaba el reloj de péndulo al que él había roto el resorte para que no sonasen más las horas.

Así, pues, ella había partido… ¿Adónde?

Vivir ahora, ¿para hacer qué?

Era imposible, absurdo…

Y el conde se abismó en aquellos pensamientos extraños y sobrecogedores, rememorando toda la existencia pasada.

Seis meses habían transcurrido desde su matrimonio. ¿No fue en el extranjero, en el baile de una embajada, donde la vio por primera vez… ? Sí, ese instante se recreaba ante sus ojos, pero de forma muy distinta. Ella se le apareció allí, radiante, deslumbrante. Aquella tarde sus miradas se habían encontrado. Ellos se habían reconocido íntimamente, sabiéndose de naturaleza igual, y en adelante se amaron para siempre.

Los propósitos engañosos, las sonrisas que observaban, las insinuaciones, todas las dificultades y problemas que opone el mundo para retrasar la inevitable felicidad de aquellos que se pertenecen, se desvanecía ante la certeza que ellos tuvieron, en aquel fugaz instante, de saberse el uno para el otro.

Vera, cansada de la insípida ceremoniosidad, de las personas de su entorno, había ido hacia él desde el primer instante, dejando de lado las banalidades donde se pierde el tiempo precioso de la vida.

¡Oh! Cómo, a las primeras palabras, las tontas ideas de quienes les eran indiferentes, les parecían como el vuelo de los pájaros nocturnos adentrándose en la oscuridad.

¡Qué sonrisas intercambiaban y qué inefables abrazos!

Sin embargo, su naturaleza era de lo más extraña. Eran dos seres dotados de sentidos maravillosos, pero exclusivamente terrestres. Las sensaciones se prolongaban en ellos con una intensidad inquietante, tanto es así que se olvidaban de sí mismos a fuerza de experimentarlas. Y por el contrario, ciertas ideas, aquellas del alma por ejemplo, del Infinito, de «Dios mismo», estaban como veladas a su entendimiento. La fe de la mayoría de las personas en las cosas sobrenaturales no era para ellos más que algo sorprendente y extraño, una cuestión de la cual no se preocupaban, no considerándose con capacidad para criticar o aprobar.

En razón de eso, puesto que reconocían que el mundo les era extraño, se habían aislado, inmediatamente después de haberse unido, en esa vieja y sombría mansión, donde la extensión de los jardines alejaba los ruidos del exterior.

Allí, ambos amantes se sumergieron en ese océano de alegrías lánguidas y perversas donde el espíritu se mezcla con los misterios de la carne. Ellos agotaron las violencias de los deseos, los estremecimientos de la ternura más apasionada, y se convirtieron en el palpitante latido de ser el uno del otro. En ellos, el espíritu se adentraba tan bien en el cuerpo que sus formas parecían compenetrarse, y los besos ardientes les encadenaban en una fusión ideal. ¡Prolongado deslumbramiento!

La muerte había destruido el encanto. El terrible accidente los desunía, y sus brazos se desenlazaban.

¿Qué sombra había atrapado a su querida muerta?

¡Muerta no!

¿Es que el alma de los violoncelos puede ser arrastrada con el gemido de una cuerda que se quiebra?

Transcurrieron las horas.

A través de la ventana, él contemplaba cómo la noche se insinuaba en los cielos. Y la noche se le apareció como algo «personal». Tuvo la impresión de que era una reina marchando con melancolía en el exilio, y el broche de diamantes de su túnica de luto, Venus, sola, brillaba por encima de los árboles, perdida en el fondo oscuro.

–Es Vera –pensó él.

Al pronunciar en voz muy baja su nombre se estremeció como un hombre que despierta. Después, enderezándose miró en torno suyo.

En la habitación, los objetos estaban iluminados ahora por una luz tenue, hasta entonces imprecisa, la de una lamparilla que azulaba las tinieblas, y que la noche, ya alzada en el cielo, hacía aparecer como si fuese otra estrella.

Era esa lamparilla, con perfumes de incienso, un icono, relicario de la familia de Vera. El relicario, de una madera preciosa y vieja, colgaba de una cuerda de esparto ruso entre el espejo y el cuadro. Un reflejo de los dorados del interior caía sobre el collar encima de la chimenea.

La compacta aureola de la Madona brillaba con hálito de cielo; la cruz bizantina con finos y rojos alineamientos, fundidos en el reflejo, sombreaban con un tinte de sangre las perlas encendidas.

Desde la infancia, Vera admiraba, con sus grandes ojos, el rostro puro y maternal de la Madona hereditaria. Pero su naturaleza, por desdicha, no podía consagrarle más que un «supersticioso» amor, ofrecido a veces, ingenua y pensativamente, cuando pasaba por delante de la lámpara.

Al verla, el conde, herido de recuerdos dolorosos hasta lo más recóndito de su alma, se enderezó y sopló en la luz santa, para luego, a tientas, extendiendo la mano hacia un cordón hacerlo sonar.

Apareció un servidor. Era un anciano vestido de negro. Llevaba un candelabro que colocó delante del retrato de la condesa.

Cuando se volvió, el hombre sintió un escalofrío de terror supersticioso al ver a su amo de pie y tan sonriente como si nada hubiera sucedido.

–Raymond –dijo tranquilamente el conde–, esta tarde, la condesa y yo nos sentimos abrumados de cansancio. Servirás la cena hacia las diez de la noche. Y a propósito, hemos resuelto aislarnos aquí durante algún tiempo. Desde mañana, ninguno de mis sirvientes, excepto tú, debe pasar la noche en la casa. Les entregarás el sueldo de tres años y les dirás que se vayan. Atrancarás después el portal, encenderás los candelabros de abajo, en el comedor. Tú nos bastarás puesto que en lo sucesivo no recibiremos a nadie.

El mayordomo temblaba y le miraba con atención.

El conde encendió un cigarro y descendió a los jardines.

El sirviente pensó primeramente que el dolor, demasiado agudo y desesperado, había perturbado el espíritu de su amo. Él le conocía desde la infancia y comprendió al instante que el choque de un despertar demasiado súbito podía serle fatal a ese sonámbulo. Su primer deber consistía en respetar aquel secreto.

Inclinó la cabeza.

¿Una abnegada complicidad a ese sueño religioso? ¿Obedecer… ? ¿Continuar

sirviéndoles sin tener en cuenta a la muerte?

¡Qué idea tan extraña!

¿Podría además sostenerse por más tiempo que una noche?

–Mañana, mañana… ¡Ay de mí! Pero, ¿quién sabe… ? ¡Quizá! Después de todo es un proyecto sagrado… ¿Con qué derecho me dedico a reflexionar sobre ello?

Salió del cuarto. Ejecutó las órdenes al pie de la letra y aquella misma tarde comenzó la insólita experiencia.

Se trataba de crear un terrible espejismo.

El embarazo de los primeros días se borró súbitamente.

Al principio con estupor, pero luego por una especie de deferente ternura, Raymond se las ingenió tan bien para parecer natural que aún no habían transcurrido tres semanas cuando por momentos él mismo se sentía engañado por su buena voluntad.

No había lugar para segundas interpretaciones.

A veces, experimentando una especie de vértigo, tenía la necesidad de decirse a sí mismo que la condesa estaba realmente muerta.

El se dejó arrastrar a ese juego fúnebre olvidándose a cada instante de la realidad. Y muy pronto tuvo necesidad en más de una ocasión de reflexionar para convencerse y rehacerse. Comprendió pronto que de seguir así no tardaría en abandonarse por completo al espantoso magnetismo a través del cual el conde iba impregnando paulatinamente la atmósfera que les rodeaba.

Tenía miedo, un miedo indeciso, suave…

D’Athol, en efecto, vivía sumido en la inconsciencia de la muerte de su bien amada. No podía más que tenerla siempre presente, a tal punto la memoria viva de la joven dama estaba mezclada con la suya.

En ocasiones se sentaba en un banco del jardín, los días de sol, leyendo en voz alta las poesías que ella prefería, o bien, en la tarde, delante del fuego, las dos tazas de té sobre una mesita, conversaba con la «Ilusión» sonriente, sentada, a sus ojos, en el otro sillón.

Las noches, los días, las semanas, transcurrieron en un soplo. Ni el uno ni el otro sabían lo que estaban haciendo. Y se producían unos fenómenos singulares que hacían que resultase cada vez más difícil distinguir cuándo lo imaginario y lo real se hacían idénticos.

Una presencia flotaba en el aire: una forma se esforzaba por manifestarse, por hacerse ver, plasmándose en el espacio indefinible.

D’Athol vivía doblemente iluminado.

Un semblante suave y pálido, entrevisto como un relámpago, en un abrir y cerrar de ojos; un débil acorde que hería de repente el piano; un beso que le cerraba la boca en el momento en que se disponía a hablar, pensamientos «femeninos» que aparecían en él como respuesta a lo que decía, un desdoblamiento de sí mismo que le llevaba a percibir como en una niebla fluida, el perfume vertiginosamente dulce de su bien amada muy próximo a él. Y por la noche, entre la vigilia y el sueño, las palabras oídas muy quedas le conmovían.

¡Era una negación de la muerte elevada, por fin, a un poder desconocido!

Una vez, D’Athol la vio y sintió tan cerca de él que la tomó en sus brazos, pero ese movimiento hizo que desapareciera.

–¡Chiquilla! –murmuró él sonriente.

Y se adormecía como un amante ofendido por su amada risueña y adormilada.

El día de su «cumpleaños» colocó, como una broma, una flor de siemprevivas en el ramillete que depositó encima de la almohada de Vera.

–Puesto que ella se cree muerta… –murmuró él.

Gracias a la profunda y todopoderosa voluntad del señor D'Athol que, a fuerza de amor, forjaba la vida y la presencia de su mujer en la solitaria mansión, esta existencia había acabado por llegar a ser de un encanto sombrío y seductor.

El mismo Raymond ya no experimentaba temor y se acostumbraba a todas aquellas circunstancias.

Un vestido de terciopelo negro entrevisto al girar un corredor, una voz risueña que le llamaba en el salón; el sonido de la campanilla despertándole por la mañana, como antes, todo esto llegaba a hacérsele familiar.

Se hubiera dicho que la muerta jugaba en lo invisible, como una chiquilla. ¡Se sentía amada de tal modo que resultaba todo de lo más «natural»!

Había transcurrido un año.

En la tarde del aniversario, sentado junto al fuego en la habitación de Vera, el conde terminaba de leerle un cuento florentino, «Callimaque» cuando, cerrando el libro y sirviéndose el té, dijo:

–«Douschka», ¿te acuerdas del Valle de las Rosas, en las orillas del Lahn, del castillo de Cuatro Torres… ? Estas historias te lo han recordado, ¿no es verdad?

Se levantó y en el espejo azulado se vio más pálido que de ordinario. Introdujo un brazalete de perlas en una copa y miró atentamente las perlas.

Las perlas conservaban todavía su tibieza y su oriente se veía muy suave, influido por el calor de su carne.

Y el ópalo de aquel collar siberiano, que amaba también el bello seno de Vera solía palidecer enfermizamente en su engarce de oro, cuando la joven dama lo olvidaba durante algún tiempo. Por ello la condesa había apreciado tanto aquella piedra fiel.

Esta tarde el ópalo brillaba como si acabara de quitárselo y como si el exquisito magnetismo de la hermosa muerta aún lo penetrase. Dejando a un lado el collar y las piedras preciosas, el conde tocó por casualidad el pañuelo de batista en el que las gotas de sangre aparecían todavía húmedas y rojas como claveles sobre la nieve.

Allá, sobre el piano, ¿quién había vuelto la página final de la melodía de otros tiempos? ¿Es que la sagrada lamparilla se había vuelto a encender en el relicario… ? Sí, su llama dorada iluminaba místicamente el semblante de ojos cerrados de la Madona. Y esas flores orientales, nuevamente recogidas, que se abrían en los vasos de Sajonia, ¿qué mano acababa de colocarlas?

La habitación parecía alegre y dotada de vida, de una manera más significativa e intensa que de costumbre.

Pero ya nada podía sorprender al conde. Todo esto le parecía tan normal que ni siquiera se dio cuenta de que la hora sonaba en aquel reloj de péndulo, parado desde hacía un año.

Sin embargo, esa tarde se había dicho que, desde el fondo de las tinieblas, la condesa Vera se esforzaba por volver a aquella habitación, impregnada de ella por completo.

¡Había dejado allí tanto de sí misma!

Todo cuanto había constituido su existencia le atraía. Su hechizo flotaba en el ambiente. La desesperada llamada y la apasionada voluntad de su esposo debían haber desatado las ligaduras de lo invisible en su derredor.

Su presencia era reclamada y todo lo que ella amaba estaba allí.

Ella debía desear volver a sonreír aún en aquel espejo misterioso en el que admiró su rostro. La dulce muerta, allá, se había estremecido ciertamente entre sus violetas, bajo

las lámparas apagadas. La divina muerta había temblado en la tumba, completamente sola, mirando la llave de plata arrojada sobre las losas.

¡Ella también deseaba volver con él!

Y su voluntad se perdía en las fantasías, el incienso y el aislamiento, porque la muerte no es más que una circunstancia definitiva para quienes esperan el cielo; pero la muerte y los cielos, y la vida, ¿es que no eran para ella algo más que su abrazo? El beso solitario de su esposo debía atraer sus labios en la penumbra. Y el sonido de melodías, las embriagadoras palabras de antaño, los vestidos que cubrían su cuerpo y conservaban aún su perfume, las mágicas pedrerías que la «amaban» en su oscura simpatía, la inmensa y absoluta «necesidad» de su presencia, ansia compartida finalmente por las mismas cosas, tan insensiblemente que, curada al fin de la adormecedora muerte, ya no le faltaba más que regresar. ¡REGRESAR!

¡Ah! ¡La ideas son iguales que seres vivos… !

El conde había esculpido en el aire la forma de su amor y era preciso que aquel vacío fuese colmado por el único ser que era su igual o de otro modo el universo se hundiría.

En ese momento la impresión se concretó en una idea definitiva, simple, absoluta: ¡«Ella debía estar allí, en la habitación»!

El estaba tan seguro de eso como de su propia existencia y todas las cosas a su alrededor estaban saturadas de la misma convicción. Eso era algo patente. «Y como no faltaba más que la misma Vera», tangible, exterior, «era preciso que ella se encontrase allí» y que el gran sueño de la vida y de la muerte entreabriese por un momento sus puertas infinitas.

El camino de resurrección estaba abierto por la fe hacia ella.

Un fresco estallido de risa iluminó con su alegría el lecho nupcial. El conde se volvió, y allí, delante de sus ojos, hecha de voluntad y de recuerdos, apoyada sobre la almohada de encajes, sosteniendo con sus manos los largos cabellos, deliciosamente abierta su boca en una sonrisa paradisíaca y plena de voluptuosidad, bella hasta morir, al fin ella, la condesa Vera le estaba contemplando, un poco adormecida aún.

–¡Roger… ! –exclamó con voz lejana.

El se le acercó. Sus labios se unieron en una alegría divina, extasiada, inmortal.

Y entonces se dieron cuenta de que ellos no formaban más que un «solo ser»

Las horas volaron en un viaje extraño, un éxtasis en el que se mezclaban, por primera vez, la tierra y el cielo.

De repente, el conde D'Athol se estremeció como golpeado por una fatal reminiscencia.

–¡Ah! Ahora recuerdo… ¿Qué es lo que me sucede… ? ¡Pero si tú estás muerta!

En ese mismo instante, al oírse estas palabras, la mística lamparilla del icono se extinguió. El pálido amanecer de una mañana insignificante, gris y lluviosa, se filtró en la habitación por los intersticios de las cortinas. Las velas vacilaron y se apagaron, dejando humear acremente sus mechas rojizas. El fuego desapareció bajo una capa de tibias cenizas. Las flores se marchitaron y secaron en un instante. El balanceo del péndulo fue recobrando paulatinamente su anterior inmovilidad.

La «certeza» de todos los objetos se esfumó de golpe. El ópalo, muerto ya, no brillaba más. Las manchas de sangre se habían secado también, sobre la batista. Y esfumándose entre los brazos desesperados, que en vano querían retenerla, la ardiente y blanca visión entró en el aire y se perdió.

El conde se puso en pie. Acababa de darse cuenta de que estaba solo. Su maravilloso sueño acababa de disiparse en un momento. Había roto el hilo magnético de su trama radiante con una sola palabra.

La atmósfera que reinaba allí era ya la de los difuntos.

Como esas lágrimas de cristal, ensambladas ilógicamente pero tan sólidas que un solo golpe de martillo, asestado en su parte más gruesa, no llegaría a romperlas, pero que caen en súbito e impalpable polvo si se rompe la extremidad más fina que la punta de una aguja, todo se había desvanecido.

–¡Oh! –gimió él–. ¡Todo ha terminado! ¡La he perdido… ! ¡Otra vez vuelve a estar sola… ! ¿Cuál es ahora la ruta para llegar hasta ti..? ¡Indícame el camino que puede conducirme hasta ti!

De pronto, como una respuesta, un objeto brillante cayó del lecho nupcial sobre la negra piel con un ruido metálico. Un rayo del tétrico día lo iluminó…

El abandonado se inclinó. Lo cogió y una sonrisa sublime iluminó su rostro al reconocer aquel objeto.

¡Era la llave de la tumba!

Vox populi

Al señor Leconte de Lisle

El soldado prusiano hace su café en una linterna sorda[1].

El sargento Hoff

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Doce años sufridos desde esta visión! Un sol de estío arrojaba sus largas flechas de oro sobre los tejados y cúpulas de la vieja capital. Miradas de vidrio cruzaban sus reflejos. El pueblo, bañado en polvillo luminoso, inundaba las calles para ver al ejército.

Sentado ante la verja de Notre–Dame, en una alta silla de madera plegable, las rodillas cruzadas entre negros harapos, el centenario Mendigo, decano de la miseria de París, –rostro de duelo con tintes cenicientos, piel surcada por arrugas color tierra–, con las manos juntas bajo el escrito que consagraba legalmente su ceguera, ofrecía el aspecto de una sombra en el Te Deum de la fiesta circundante.

¿No era su prójimo toda aquella gente? Los alegres viandantes, ¿no eran sus hermanos? Con toda seguridad, eran Especie Humana. Por otra parte, este huésped del soberano portal no estaba desposeído de todo bien: el Estado le había reconocido el derecho a ser ciego.

Propietario de este título, y de la respetabilidad inherente a ese lugar de limosnas seguras que oficialmente ocupaba, poseyendo además la cualidad de elector, era nuestro igual, excepto la Luz.

Y este hombre articulaba de tiempo en tiempo una lamentación monótona, silabeo evidente del profundo suspiro de toda sus vida:

–¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

En torno suyo, bajo las potentes vibraciones del campanario, fuera, allá lejos más allá del muro de sus ojos; el ruido de los cascos de caballería, los toques de clarines, las aclamaciones de la muchedumbre, mezcladas a las salvas de los Inválidos, a los fieros gritos de mando; los estruendos de acero, el fragor de los tambores midiendo el paso de los desfiles interminables de infantería, ¡todo un rumor de gloria le llegaba! Su oído

sobreagudo percibía hasta el flotar de los estandartes de pesadas franjas rozando las corazas. En el entendimiento de este viejo cautivo de la oscuridad se evocaban mil relámpagos de sensaciones presentidas e indistintas. Una adivinación le advertía lo que enfebrecía los corazones y los pensamientos en la ciudad.

Y el pueblo, fascinado como siempre por el prestigio que tiene a sus ojos la audacia y la fortuna, profería calurosamente el entusiasmo del momento:

–¡Viva el emperador!

Pero, entre las calmas momentáneas de esta triunfal tempestad, una voz perdida se elevaba del lado de la verja mística. El viejo, la cabeza caída contra la picota de los barrotes, girando sus pupilas muertas hacia el cielo, olvidado de ese pueblo –de quien él sólo parecía expresar su voto verdadero, su voto oculto bajo los gritos, el voto secreto y personal–, salmodiaba, augural intercesor, su frase ahora misteriosa:

–¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Diez años llevados por el viento, desde el sol de esta fiesta! ¡Los mismos ruidos, las mismas voces, la misma presunción! Sin embargo, un rumor sordo temperaba entonces el tumulto de alegría pública. Una sombra entristecía las miradas. Las convenidas salvas de la plataforma del Pritaneo se complicaban esta vez con el tronar lejano de las baterías de nuestros fuertes. Y, escuchando, el pueblo ya intentaba discernir, en el eco, la respuesta de las piezas enemigas que se aproximaban.

Pasaba el gobernador, dirigiendo a todos mil sonrisas, al amplio trote de su fino potro. El pueblo, tranquilizado por esa confianza que le inspira siempre esa compostura irreprochable, alternaba con cantos patrióticos los aplausos totalmente militares que honraban la presencia de ese soldado.

Pero las sílabas del antiguo y furioso viva se habían modificado: el pueblo, frenético, profería ese voto del momento:

–¡Viva la República!

Y, allá lejos, del lado del umbral sublime, se distinguía siempre la voz solitaria del Lázaro. La voz del oculto pensamiento popular no modificaba la rigidez de su constante lamentación:

–¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

¡Gran revista la de aquel día en los Campos Elíseos! ¡Nueve años soportados desde ese sol turbulento! ¡Oh! ¡Los mismos rumores, el mismo estruendo de las armas, los mismos relinchos! Aun más ensordecidos, no obstante, que el año precedente; vocingleros, sin embargo.

–¡Viva la Comuna! – gritaba el pueblo, al viento tumultuoso.

Y la voz del secular Elegido del Infortunio repetía siempre, allá lejos, en el umbral sagrado, un refrán rectificador del único pensamiento de ese pueblo. Sacudiendo la cabeza hacia el cielo, gemía en la sombra:

–¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

Y dos lunas más tarde, cuando a las últimas vibraciones al toque de alarma el Generalísimo de las fuerzas del estado pasaba lista a sus dos mil fusiles –todavía humeantes de la triste guerra civil–, el pueblo, aterrorizado, gritaba viendo arder al fondo a los edificios:

–¡Viva el Mariscal!

Allá lejos, del lado del salubre recinto, la Voz inmutable, la voz del veterano de la humana Miseria, repetía maquinalmente su dolorosa y despiadada obsecración:

–¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

Y después, de año en año, de revista en revista, de vociferaciones en vociferaciones, cualquiera que fuese el nombre echado al azar del espacio por el pueblo en sus vivas, quienes escuchan atentamente los ruidos de la tierra, siempre han distinguido, entre los clamores revolucionarios y las fiestas belicosas que se sucedieron, la Voz lejana, la Voz verdadera, la íntima voz del simbólico y terrible Mendigo, del vigilante nocturno que gritaba la hora exacta del Pueblo, del incorruptible funcionario de la conciencia de los ciudadanos, de quien restituye íntegramente la oración oculta de la Muchedumbre y resume su suspiro.

Pontífice inflexible de la Fraternidad, este Titular autorizado de la ceguera física, jamás ha cesado de implorar, en mediador inconsciente, la caridad divina para sus hermanos en inteligencia.

Y, cuando embriagado de fanfarrias, de campanas y de artillería, el pueblo, turbado por esos alborotos envanecedores, intenta en vano enmascararse a sí mismo su voto verdadero, bajo no importa qué sílabas engañosamente entusiastas, el Mendigo, su rostro al cielo, los brazos en alto, tanteando en sus espesas tinieblas, aplica su oído desde el umbral eterno de la iglesia, y con voz cada vez más lamentable, pero que parece llegar más allá de las estrellas, continúa gritando su rectificación de profeta:

–¡Compadezcan, por favor, a un pobre ciego!

[1] Linterna sorda: aquella cuya luz va oculta por una pantalla opaca, que fácilmente se corre a voluntad del portador.

La cartelera celeste

Al señor Henry Ghys

Eritis sicut dii.
Antiguo Testamento

Cosa extraña y capaz de despertar la sonrisa de un financiero: ¡se trata del Cielo! Pero entendámonos: del cielo considerado desde el punto de vista industrial y serio.

Ciertos acontecimientos históricos, hoy en día científicamente confirmados y explicados (o algo parecido), por ejemplo: el Labarum de Constantino, las cruces reflejadas en las nubes por unas llanuras nevadas, los fenómenos de refracción del monte Brocken y ciertos espejismos en las regiones boreales, intrigaron notablemente y, por así decirlo, picaron la curiosidad de un sabio ingeniero meridional, el señor Grave, que concibió, hace ya algunos años, el luminoso proyecto de utilizar las anchas extensiones de la noche, y elevar, en una palabra, el cielo a la altura de la época.

En efecto, ¿para qué esas azuladas bóvedas que no sirven sino para desbocar las imaginaciones enfermizas de los últimos visionarios? ¿No se obtendría un legítimo derecho al reconocimiento público, y digámoslo (¿por qué no?), a la admiración de la posteridad, al convertir esos estériles espacios en espectáculos real y fructíferamente instructivos, al utilizar las inmensas llanuras y obtener, al fin, un buen rendimiento a esas Solognes indefinidas y transparentes?

No se trata aquí de sentimentalismos. Los negocios son los negocios. Es preciso pedir la colaboración, y también, si fuese necesario, la energía de gente seria sobre el valor y los resultados pecuniarios del inesperado descubrimiento del que hablamos.

En un principio, el fondo mismo del asunto parece prácticamente imposible y

lindando casi con la locura. Roturar el azul, acotar el astro, explotar los dos crepúsculos, organizar la noche, disfrutar del cielo hasta ahora improductivo, ¡qué sueño!, ¡qué espinosa aplicación, erizada de dificultades! Pero, movido por el espíritu del progreso, ¿de qué problema no hallará el hombre la solución?

Imbuido en esta idea y convencido de que si Franklin, Benjamín Franklin, el impresor, había arrancado el rayo del cielo, debía ser posible, a fortiori, emplear este último con fines humanitarios; el señor Grave estudió, viajó, comparó, gastó, forjó, y, a la larga, tras haber perfeccionado las enormes lentes y los gigantescos reflectores de los ingenieros americanos, sobre todo los aparatos de Filadelfia y de Québec (que cayeron, por falta de un talento tenaz, en el dominio del Cant y del Puff), el señor Grave, decimos, se propone (provisto de las patentes necesarias) ofrecer, a nuestras grandes industrias de manufacturas e incluso a los pequeños comerciantes, la ayuda de una publicidad absoluta.

Cualquier competencia sería imposible ante el sistema del gran divulgador. Podemos imaginarnos alguno de nuestros grandes centros comerciales, con sus agitadas poblaciones, como Lyon, Burdeos, etc., en el crepúsculo. Desde aquí vemos ese movimiento, esa vida, esa extraordinaria animación que sólo los intereses financieros son capaces de dar, hoy en día, a ciudades serias. De repente, unos potentes haces de magnesio o de luz eléctrica, cien mil veces aumentados, surgen de la cima de alguna florecida colina, encanto de las jóvenes parejas –de una colina semejante, por ejemplo, a nuestro querido Montmartre–; esos rayos de luz, mantenidos por inmensos reflectores multicolores, envían bruscamente al cielo, entre Sirio y Aldebarán, al Ojo del Toro o bien justo en medio de las Híadas, la graciosa imagen de ese joven adolescente que sostiene un echarpe en el que leemos todos los días, con un renovador placer, estas bellas palabras: ¡Se restituye el oro de cualquier objeto que haya dejado de gustar! ¿Puede uno imaginarse las diferentes expresiones que tendrían, entonces, todos los rostros de la multitud, esas iluminaciones, esos bravos, esa alegría? Tras el primer movimiento de sorpresa, muy perdonable, los antiguos enemigos se abrazan, los más amargos resentimientos domésticos son olvidados: se sientan bajo el emparrado para mejor degustar ese espectáculo a la vez magnífico e instructivo, y el nombre del señor Grave, llevado por las alas de los vientos, vuela hacia la inmortalidad.

Basta reflexionar un poco para comprender los resultados de tan ingeniosa invención. ¿No debería extrañarse la Osa Mayor si entre sus patas, repentinamente, surgiera este inquietante anuncio: ¿Son necesarios los corsés?, ¿sí o no? O mejor aún: ¿no sería un espectáculo capaz de alarmar las conciencias melindrosas y de llamar la atención de los clérigos el ver aparecer, en el mismo disco de nuestro satélite, en la cara alegre de la Luna, ese maravilloso anuncio que todos nosotros hemos admirado en los bulevares y que tiene como lema: ¿Para el Hirsuto? ¡Qué genialidad si en uno de los segmentos trazados entre la v del Taller del Escultor, se leyera: Venus, reducción Kaulla! ¡Qué emoción si, en relación con esos licores de postre cuyo uso se recomienda por más de una razón, se percibiera, hacia el sur de Regulus, la capital del León, en la punta misma de la Espiga de la Virgen, un Ángel, sosteniendo un frasco en la mano, mientras que de su boca saliera un papel en el que se leyeran estas palabras: ¡Dios, qué bueno!…

Se entiende que aquí se trata de una empresa de anuncios sin precedentes, de responsabilidad ilimitada, con material infinito: hasta el Gobierno podría garantizarla, por primera vez en su vida.

Sería ocioso insistir en los servicios verdaderamente eminentes que tal descubrimiento está llamado a rendir a la Sociedad y al Progreso. ¿Se imaginan, por

ejemplo, la fotografía sobre vidrio y el procedimiento Lampascope aplicados de esta manera –es decir, aumentados cien mil veces–, bien para la captura de los banqueros en fuga, bien para la de los malhechores famosos? En lo sucesivo, el culpable, fácil de seguir, como dice la canción, no podría asomarse a la ventana de su vagón sin ver en las nubes su denunciadora imagen.

¡Y en política!, ¡en materia de elecciones, por ejemplo! ¡Qué preponderancia! ¡Qué supremacía! ¡Qué increíble simplificación en los medios de propaganda, siempre tan onerosos! ¡Ya no habría más papeles azules, amarillos, tricolores, que llenan los muros y nos repiten sin cesar el mismo nombre, con la obsesión de un mareo! ¡Ninguna más de esas fotografías tan caras (y a menudo imperfectas) y que no consiguen su objetivo, es decir, que no excitan en absoluto la simpatía de los electores, ya por el encanto de los rasgos de la cara del candidato, ya por el aire de majestuosidad del conjunto! Porque, al fin y al cabo, el valor de un hombre es peligroso, perjudicial y más que secundario, en política; lo esencial es que tenga un aire «digno» a ojos de sus electores.

Supongamos que en las últimas elecciones, por ejemplo, los retratos de los señores B… y A… hubieran aparecido todas las noches, en tamaño natural, justo bajo la estrella p de la Lira. ¡Estarán de acuerdo en que ése era su lugar!, puesto que esos hombres de Estado cabalgaron antaño a lomos de Pegaso, si damos crédito a la Fama. Los dos habrían sido expuestos allí, durante la noche que precedió al escrutinio; ambos ligeramente sonrientes, la frente velada por una conveniente inquietud, y sin embargo de aspecto tranquilo. El procedimiento del Lampascope podría, incluso, con la ayuda de una ruedecita, modificar al instante la expresión de las dos fisonomías. Se hubiese podido hacerles sonreír al Futuro, llorar por nuestros desengaños, abrir la boca, arrugar la frente, hinchar de cólera las aletas de la nariz, tomar un aire digno, en fin, todo cuanto concierne a la tribuna y da tanto valor al pensamiento de un verdadero orador. Cada votante habría hecho su elección, habría podido darse cuenta de antemano, habría podido hacerse una idea de su diputado, y no se le habría dado, como vulgarmente se dice, gato por liebre. Incluso se puede añadir que, sin el descubrimiento del señor Grave, el sufragio universal es una especie de burla.

En consecuencia, esperemos que uno de estos amaneceres, o mejor, una de estas noches, el señor Grave, con el apoyo y la ayuda de un Gobierno iluminado, comience sus importantes experimentos. Hasta entonces los incrédulos podrán reírse. Como cuando Lesseps hablaba de unir los Océanos (lo que ha hecho, a pesar de los incrédulos). La Ciencia tendrá, ahora, la última palabra y el señor excesivamente Grave dejará de reír. Gracias a él, el Cielo acabará sirviendo para algo y adquiriendo, al fin, un valor intrínseco.

Antonia

Íbamos a menudo a casa de la Duthé:
allí hablábamos de moral y otras veces hacíamos cosas peores.
El Príncipe de Ligne

Antonia vertió agua helada en un vaso y puso en él su ramo de violetas de Parma:

–¡Adiós a las botellas de vino de España! –dijo.

E, inclinándose hacia un candelabro, encendió, sonriendo, un papelito liado con una pizca de phëresli[1]; este movimiento hizo brillar sus cabellos, negros como el carbón.

Toda la noche habíamos estado bebiendo jerez. Por la ventana, abierta sobre los jardines de la villa, oíamos el rumor de las hojas.

Nuestros bigotes estaban perfumados con sándalo, y, también, Antonia nos dejaba

coger las rosas rojas de sus labios con un encanto a la vez tan sincero que no despertaba ningún tipo de celos. Alegre, se contemplaba luego en los espejos de la sala; cuando se volvía hacia nosotros, con aires de Cleopatra, era para verse en nuestros ojos.

En su joven seno había un medallón de oro mate, con sus iniciales en pedrería, sujeto con una cinta de terciopelo negro.

–¿Símbolo de luto? Ya no lo amas.

Y como la abrazaran, ella dijo:

–¡Vean!

Separó con sus finas uñas el cierre de la misteriosa joya: el medallón se abrió. Allí dormía una sombría flor de amor, un pensamiento, artísticamente trenzado con cabellos negros.

–¡Antonia!… según esto, ¿tu amante debe ser algún joven salvaje encadenado por tus malicias?

–¡Un cándido no daría, tan ingenuamente, semejantes muestras de ternura!

–¡No está bien mostrarlo en momentos de placer!

Antonia estalló en una carcajada tan primorosa, tan gozosa, que tuvo que beber, precipitadamente, entre sus violetas, para no ahogarse.

–¿No es necesario tener cabellos en un medallón?… ¿cómo testimonio?… –dijo ella.

–¡Naturalmente! ¡Sin duda!

–¡Ay! mis queridos amantes, tras haber consultado todos mis recuerdos, he escogido uno de mis rizos, y lo llevo… *por espíritu de fidelidad.*

[1] Phëresli: tabaco turco

No confundirse

Al señor Henry de Bornier

Clavando no se sabe dónde sus globos tenebrosos

Ch. Baudelaire

En una mañana gris de noviembre, caminaba yo apresuradamente por los muelles. Una fría llovizna humedecía la atmósfera. Negros transeúntes se entrecruzaban, protegidos con deformes paraguas.

El amarillento Sena acarreaba sus gabarras que semejaban desmesurados abejorros. En los puentes, el viento hacía volar bruscamente los sombreros, que sus dueños disputaban al espacio con actitudes y contorsiones cuya contemplación resulta siempre tan penosa para un artista.

Mis ideas eran pálidas y brumosas; la preocupación por una reunión de negocios, aceptada la víspera, acosaba mi imaginación. La hora de la cita me apremiaba: decidí protegerme al abrigo de un tejadillo desde donde podría, con mayor comodidad, llamar a algún coche.

En el mismo instante vi, justamente a mi lado, la entrada de un macizo edificio, de aspecto burgués.

Había surgido de entre la bruma como una pétrea aparición, y, a pesar de la rigidez de su arquitectura, a pesar del vaho sombrío y fantástico que lo envolvía, tuve que reconocer, inmediatamente, que tenía un cierto aire de cordial hospitalidad que apaciguó mi espíritu.

–¡Seguro –me dije–, que los habitantes de esta mansión son gente sedentaria! Este sitio invita a detenerse: ¿está abierta la puerta?

Así pues, entré con una sonrisa, la más educada posible, con aspecto satisfecho, el sombrero en la mano –incluso meditaba un madrigal para la dueña de la casa–, y me encontré, al mismo nivel, ante una especie de sala con una techumbre de cristal, por la que entraba la lívida luz del día.

En los percheros había ropas, vestidos, bufandas y sombreros.

Había mesas de mármol repartidas por todas partes.

Varios individuos, con las piernas estiradas, la cabeza levantada, los ojos fijos, y un aire real, parecían meditar.

Eran miradas sin ideas, rostros color del tiempo.

Había carteras abiertas, papeles extendidos junto a cada uno de ellos.

Y entonces, me di cuenta de que la dueña del local, con cuya amable cortesía yo había contado, era la Muerte.

Observé a mis huéspedes.

Seguramente para escapar a las preocupaciones de la agobiante existencia, la mayor parte de los que ocupaban la sala habían asesinado sus cuerpos, esperando, de esta manera, alcanzar un poco más de bienestar.

Mientras escuchaba el ruido de los grifos de cobre adosados a la pared y destinados al riego cotidiano de esos restos mortales[1], oí el rodar de un coche. Se detenía ante el establecimiento. Yo supuse que los hombres de negocios me esperarían. Me di la vuelta para aprovechar esa suerte.

En efecto, el carruaje acababa de dejar, ante la sede del edificio, a unos alegres colegiales que necesitaban contemplar la muerte para creer en ella.

Hice una seña al coche vacío y dije al cochero:

–¡Al Pasaje de la Ópera!

Unos momentos después, en los bulevares, el tiempo me pareció más nublado todavía, sin horizonte. Los arbustos, esqueléticas vegetaciones, daban la impresión de señalar vagamente, con las puntas de sus negras ramas, a los peatones y a los todavía somnolientos agentes de policía.

El coche rodaba deprisa.

Los transeúntes, a través del cristal, me parecían como agua que corre.

Una vez llegado a mi destino, salté a la calzada y me lancé por la calle repleta de gente preocupada.

Al fondo percibí, justamente enfrente de mí, la puerta de un café –hoy en día consumido en un famoso incendio (porque la vida es sueño)–, que estaba situado al final de una especie de hangar, bajo una bóveda cuadrada, de sombrío aspecto. Las gotas de lluvia que caían sobre la cristalera superior oscurecían aún más la pálida luz del sol.

–¡Ahí me esperan –pensé–, con una copa en la mano, los ojos brillantes y mofándose del Destino, mis hombres de negocios!

Toqué, pues, el timbre de la puerta y me encontré, al mismo nivel, en una sala en la que desde el techo se filtraba lívida la luz del día, a través de unos cristales.

Abrigos, bufandas y sombreros estaban colgados en las perchas.

Había mesas de mármol colocadas por todas partes. Varios individuos, con las piernas estiradas, la cabeza levantada, los ojos fijos, y un aire real, parecían meditar.

Eran rostros color del tiempo, miradas sin ideas.

Había carteras abiertas y papeles desplegados junto a cada uno de ellos.

Observé a estos hombres.

Ciertamente, para escapar a las obsesiones de la insoportable conciencia, la mayoría de quienes ocupaban la sala habían asesinado, desde hacía tiempo, sus «almas», esperando, así, alcanzar un poco más de bienestar.

Mientras escuchaba el ruido de los grifos de cobre[2], adosados a la pared, y destinados al riego cotidiano de esos restos mortales, el recuerdo del rodar del coche me vino a la mente.

–¡Seguramente –me dije–, es probable que el cochero se haya visto afectado, con el tiempo, por algún tipo de entorpecimiento, para haberme traído, después de tantas vueltas, a nuestro punto de partida! De todas formas, lo confieso (para que no haya confusión), ¡LA SEGUNDA VISIÓN ES MÁS SINIESTRA QUE LA PRIMERA!…

Cerré, pues, en silencio, la puerta acristalada y volví a mi casa, decidido, sin tener en cuenta lo sucedido –y aunque me ocurriera lo que me ocurriese–, a no hacer negocios nunca más.

[1][1] Antes de los sistemas de refrigeración, se refrescaba a los cadáveres con agua fresca

[2] Los grifos de cerveza de los bares.

La máquina de gloria

S. G. D. G.

Al señor Stéphane Mallarmé

Sic itur ad astra!…

¡Qué cuchicheos por todas partes!… ¡Qué animación mezclada con cierta contrariedad en los semblantes! ¿De qué se trata?

–Se trata… ¡ah!, de una novedad sin precedentes en los recientes anales de la Humanidad.

¡Se trata de la prodigiosa invención del barón Bottom, del ingeniero Bathybius Bottom!

La Posteridad se inclinará ante este hombre (ilustre ya al otro lado de los mares), como ante el doctor Grave y algunos otros inventores, verdaderos apóstoles de lo Útil. ¡Que se juzgue si exageramos el tributo de admiración, de estupor y de gratitud, que le es debido! ¡El producto de su máquina es la GLORIA! ¡Produce gloria como rosas un rosal! El aparato del eminente físico fabrica la Gloria.

La suministra. La hace nacer de una manera orgánica e inevitable. Os cubre con ella, y aunque no se la acepte y se intente huir de ella, os persigue.

Resumiendo, la Máquina Bottom está especialmente destinada a satisfacer a esas personas de uno u otro sexo llamadas Autores dramáticos que, privadas desde su nacimiento (¡por una inconcebible fatalidad!) de esa facultad, por demás insignificante, que los últimos literatos se obstinan todavía en mancillar con el nombre de Genio, están, no obstante, ansiosas por obsequiarse, por dinero, los mirtos de un Shakespeare, los acantos de un Scribe, las palmas de un Goethe y los laureles de un Molière. ¡Qué hombre, este Bottom! Juzguémosle por el análisis, por el frío análisis de su procedimiento, desde el doble punto de vista abstracto y concreto.

Tres preguntas se plantean a priori:

1.° ¿Qué es la Gloria?

2.° Entre una máquina (medio físico) y la Gloria (objeto intelectual) ¿puede establecerse un punto medio que conforme su unidad?

3.° ¿Cuál es ese punto medio?

Una vez resueltas estas preguntas, pasaremos a la descripción del sublime Mecanismo que las unifica en una definitiva solución.

Comencemos.

1.°¿Qué es la Gloria?

Si dirigís semejante pregunta a uno de esos bromistas que pueblan las tablas de algún periódico y que son expertos en el arte de burlarse de las más sagradas tradiciones, sin duda, os responderá algo como esto:

–¿Una Máquina de Gloria, dice?… De hecho, ¿no existe una máquina de vapor?, ¿y qué es la gloria en sí misma sino un ligero vapor?, ¿una… especie de humareda?, ¿una… ?

Naturalmente daréis la espalda a ese miserable tonto cuyas palabras sólo son el ruido de su lengua contra el paladar.

Dirigios a un poeta, y ésta será, más o menos, la alocución que escapará de su doble gaznate:

–La Gloria es el resplandor de un nombre en la memoria de los hombres. Para darse cuenta de la naturaleza de la gloria literaria hay que dar un ejemplo.

«Así, supongamos que se han reunido doscientos espectadores en una sala. Si pronunciáis por azar, ante ellos, el nombre de "SCRIBE" (tomemos éste), la eléctrica impresión que les provocará ese nombre puede, de antemano, traducirse en la siguiente serie de exclamaciones (porque toda la gente de hoy conoce su SCRIBE):

»–¡Complicado cerebro! ¡Genio seductor! Fecundo dramaturgo. ¡Ah! Sí, ¿el autor de L'Honneur et l'Argent?… ¡Ha hecho reír a nuestros padres!

»–¿SCRIBE? ¡Uf!… ¡¡¡Maldición!!! ¡Oh! ¡Oh!

»–¡Pero!… ¡Sabe dar vuelta a la copla! ¡Profundo bajo un aspecto alegre!… ¡Alguien que deja hablar! ¡Una pluma autorizada! ¡Un gran hombre que ha ganado su peso en oro!

»–¡Y avezado en los trucos teatrales!, etc.»

«Bien.

»Si pronunciáis, después, el nombre de uno de sus colegas, de… Milton, por ejemplo, podemos esperar: 1.°, de las doscientas personas, ciento noventa y ocho, seguramente, no habrán leído ni hojeado jamás a este escritor, y 2.°, únicamente el Gran Arquitecto del Universo puede saber de qué forma los otros dos creerán haberlo leído, porque a nuestro entender, no hay, en todo el globo terráqueo, más de cien individuos por siglo (¡y aun así!) capaces de leer cualquier cosa, incluso etiquetas de botes de mostaza.

»Sin embargo, ante el nombre de MILTON, en un minuto, se despertará en la mente del auditorio, la inevitable idea de que su obra es mucho MENOS interesante, desde el punto de vista positivo, que la de SCRIBE. Pero esa oscura reserva será tal, que aun concediendo mayor estima práctica a SCRIBE, la idea de cualquier paralelismo entre MILTON y este último les parecerá, instintivamente y a pesar de todo, como una comparación entre un cetro y un par de zapatillas, por pobre que haya sido MILTON, por más dinero que SCRIBE haya ganado, por desconocido que durante largo tiempo haya permanecido MILTON, por más universalmente conocido que ya sea SCRIBE. En una palabra, puesto que la impresión que dejan los versos, aunque sean desconocidos, está

asociada, para los oyentes, al nombre del autor, será como si hubiesen leído a MILTON. En efecto, al no existir la Literatura propiamente dicha como tampoco existe el Espacio puro, lo que se recuerda de un gran poeta es la Impresión de sublimidad que nos ha dejado, por y a través de su obra, antes que por la obra misma, y esta impresión, bajo el velo de los lenguajes humanos, trasciende incluso las traducciones más vulgares. Cuando, a propósito de una obra, se constata formalmente ese fenómeno, el resultado de esa constatación se llama ¡LA GLORIA!»

Esto es en resumen lo que contestará nuestro poeta; podemos afirmarlo de antemano, incluso al tercer estado, ya que hemos interrogado a gente que se ha dedicado a la Poesía.

Pues bien, ¡no dudaremos en responder, y a modo de conclusión, que esa fraseología de la que se trasluce una monstruosa vanidad, es tan vacía como el género de gloria que ella preconiza! ¿La impresión? ¿Qué es eso? ¿Acaso nos engañamos?… ¡Es necesario examinar, con una sincera simplicidad y por nosotros mismos, lo que es la Gloria! Queremos hacer el leal ensayo de la Gloria. (Nadie de entre la gente honorable y seria se preocuparía de soportar ni adquirir ésa de la que nos acaban de hablar.) ¡Aunque le ofrezcan una retribución! Así lo esperamos, al menos, para la sociedad moderna.

Vivimos en un siglo de progreso en el que, por emplear la expresión de una poeta (el gran Boileau), un gato es un GATO.

Por tanto, versados en la universal experiencia del Teatro moderno, nosotros pretendemos que la Gloria se traduzca en signos y manifestaciones sensibles para todo el mundo. Y no en discursos huecos, más o menos solemnemente pronunciados. Somos de aquellos que no olvidan nunca que un tonel vacío resuena siempre mejor que uno lleno.

En resumen, nosotros constatamos y afirmamos que, cuanto más sacude una obra dramática el sopor público, provoca entusiasmos, levanta aplausos y más repercusión tiene, tanto más le rodean los mirtos y laureles; cuantas más lágrimas hace verter y carcajadas provoca, tanto más ejerce –por así decirlo, a la fuerza– una acción sobre la masa; cuanto más se impone, finalmente, tanto más reúne, por eso mismo, los síntomas ordinarios de la obra maestra y merece más, por consiguiente, la GLORIA. Negar esto sería negar la evidencia. Aquí no se trata de discutir, sino de basarse en hechos y cosas firmes. Apelamos a la conciencia del Público, el cual, ¡gracias a Dios!, no se contenta ni con palabras ni con frases. Y estamos seguros que es, en esto, de nuestra opinión.

Una vez establecido esto, ¿es posible un acuerdo entre los dos términos (aparentemente incompatibles) de este problema (en un principio insoluble): Una máquina propuesta como medio de alcanzar infaliblemente, un objetivo puramente intelectual?

¡SI!

La Humanidad (es preciso confesarlo), con anterioridad al absoluto descubrimiento del barón, ya había encontrado algo cercano; pero era un término medio en estado rudimentario y ridículo: ¡era la infancia del arte!, ¡el balbuceo! Tal término medio era lo que se llama aún en nuestros días, en el vocabulario teatral, la «Claque».

En efecto, la Claque es una máquina hecha de seres humanos, y por tanto, perfectible. Toda gloria tiene su Claque, es decir, su sombra, su lado de superchería, de mecanismo y de nada (pues la Nada es el origen de todas las cosas), que se podría llamar, en general el don de gentes, la intriga, el saber hacer, el Reclamo.

La Claque teatral no es más que una subdivisión. Y cuando el ilustre jefe de servicio del teatro de la Porte–Saint–Martin, el día de un estreno, ha dicho a su inquieto director: «¡Mientras permanezca en la sala uno sólo de esos bribones de pago, no respondo de

nada!», ha probado que comprendía la confección de la Gloria. ¡El ha pronunciado unas palabras verdaderamente inmortales! Y su frase golpea como un rayo de luz.

¡Milagro!… Es sobre la Claque, sobre ella decimos, y no sobre otra cosa, donde Bottom ha posado su mirada de águila. Pues el verdadero gran hombre no excluye nada: se sirve de todo sobrepasando el resto.

Sí, el barón la ha regenerado, si no innovado, y la hará, finalmente, aprobar, para protegernos de la expresión misma de los periódicos.

¿Quién, de entre la masa del público, ha penetrado los misterios, los infinitos recursos, los abismos de ingeniosidad de ese Proteo, de esa Hidra, de ese Briareo llamado la Claque?

Hay gente que con sonrisa de suficiencia, podrá objetarnos que: 1.° la Claque desagrada a los autores; 2.° que molesta al Público; 3.° que está en desuso. Nosotros vamos a probarles, sencillamente, en un instante, que si nos siguen dando semejantes razones, habrán perdido una ocasión para callarse que quizá no vuelvan a encontrar nunca.

1.° ¿Un autor disgustado con la Claque?… Ante todo, ¿dónde está ese hombre? Como si cada autor, el día de un estreno, no reforzase aún más la Claque con sus amigos, tanto como puede, recomendándoles «cuidar el éxito». A lo cual, los amigos, orgullosos de tal complicidad (¡Dios mío!, muy inocente), responden, invariablemente, guiñando el ojo y mostrando sus gruesas y francas manos: «Cuenta con nuestras manazas.»

2.° ¿El público molesto con la Claque?… Sí, ¡y con muchas cosas que, sin embargo, soporta! ¿No está destinado al perpetuo aburrimiento de todo y de sí mismo? La prueba de ello está en su asistencia al teatro. ¡Sólo va allí para intentar distraerse, el infeliz! ¡Y para intentar huir de sí mismo! De manera que decir eso es, en el fondo, no decir nada. ¿Qué le importa a la Claque que el Público esté molesto con ella? El la soporta, la mantiene y se persuade de que es necesaria, «al menos para los actores». Sigamos.

3.° ¿Que la Claque ha caído en desuso? Sencilla pregunta. ¿Cuándo ha florecido más? ¿Es que hay que forzar la risa? En los párrafos que quieren ser profundos y que van a durar mucho, se oye, de repente, en la sala, el ligero susurro de una carcajada ahogada y contenida, como el que contrae un diafragma sobrecargado por la borrachera de una impresión cómica irresistible. Algunas veces, ese leve ruido es suficiente para hacer reír a toda una sala. Es la gota que desborda el vaso. Y como no quieren confesar que se han reído por nada ni que se han dejado «arrastrar» por nadie, dicen entonces que la obra es graciosa y que se han divertido: eso es todo. El señor que ha hecho ese ruido apenas cuesta un napoleón (La Claque).

¿Que se trata de alzar hasta la ovación algún murmullo aprobatorio escapado, por desgracia, del público? Roma siempre está allí. Está el «Ua–uau».

El «Ua–uau» es el bravo elevado al paroxismo; es una abreviatura arrancada por el entusiasmo, cuando, arrebatada, encantada, oprimida la laringe, no puede pronunciar la palabra italiana «bravo», sino el grito gutural de «Ua–uau». Esto comienza, muy despacio, por la palabra «bravo», articulada, vagamente, por dos o tres voces: después se infla, se convierte en «brao», luego alcanza a todo el público, pateando y puesto en pie, ya transformado en el definitivo grito de «Bra–ua–uau», que constituye casi un ladrido. Es la ovación. Coste: tres monedas de oro por un valor de veinticinco francos cada una… (¡De nuevo la Claque!).

¿Que se trata, en un momento desesperado, de desviar el toro y de distraer su cólera? El Señor del ramito se presenta. Consiste en esto. En medio de un fastidioso párrafo que recita la primera actriz, espantada por el mortal silencio que reina en la sala, un señor,

perfectamente vestido, con monóculo, se inclina fuera del palco, lanza un ramo a escena, y después, con ambas manos extendidas, aplaude lenta y ruidosamente, sin preocuparse por el general silencio ni por el monólogo que interrumpe. Esa maniobra pretende comprometer el honor de la actriz, y hacer sonreír al Público siempre ávido de Escándalo…

Efectivamente, el Público guiña un ojo. Señalan el asunto al vecino pretendiendo estar «al corriente»; observan, alternativamente, al señor y a la actriz: disfrutan con la vergüenza de ésta. Luego la gente se retira, un poco consolada, por el incidente, de la estupidez de la obra. Y acuden de nuevo, sin duda, al teatro, con la esperanza de una confirmación del acontecimiento. Conclusión: un semi–éxito para el autor. Coste: unos treinta francos, sin incluir las flores (¡Siempre la Claque!).

¿Acabaríamos algún día si quisiéramos examinar todos los recursos de una Claque bien organizada? Mencionemos, al menos, para las obras llamadas «fuertes» y los dramas, los Gritos de mujeres aterrorizadas, los Sollozos ahogados, las Veraces Lágrimas comunicativas, las repentinas Risitas, contenidas inmediatamente, del espectador que comprende todo algo más tarde que los demás (un escudo de seis libras), los Crujidos de tabaqueras a cuyas generosas profundidades recurre el hombre emocionado, los Aullidos, Sofocos, Bises, Llamadas a escena, Lágrimas silenciosas, Amenazas, Llamadas a escena con Gritos, Señales de aprobación, Opiniones emitidas, Coronas, Principios, Convicciones, Tendencias morales, Discusiones (el Arte por el Arte, la Forma y la Idea), etc. Detengámonos. El espectador acabaría por creer que él mismo forma parque de la Claque, sin saberlo (lo que es, desde luego, la absoluta e incontestable verdad); pero es bueno que quede una duda en su espíritu a este respecto.

La última palabra del Arte es pronunciada cuando la Claque en persona grita: «¡Fuera la Claque!… », después acaba por dar la impresión de que se deja llevar y aplaude, al final de la obra, como si fuera el público real y como si los papeles se hubieran cambiado; ahora, es ella quien templa las exaltaciones demasiado fogosas y crea algunas reservas.

Estatua viviente, sentada a plena luz en medio del público, la Claque es la constatación oficial, el símbolo confeso de la incapacidad en que se encuentra la masa para discernir, por sí misma, el valor de lo que oye. En resumen, la Claque es a la Gloria dramática lo que las Plañideras al Dolor.

Ahora es el momento de gritar, como el mago de las Mil y una noches: «¿Quién quiere cambiar lámparas viejas por otras nuevas?» Se trataba de encontrar una máquina que fuese para la Claque lo que el ferrocarril para la diligencia y perseverase la Gloria dramática de las condiciones de versatilidad y azar que algunas veces padece. Se trataba, ante todo, de reemplazar los aspectos imperfectos, eventuales, azarosos, de la Claque solamente humana y perfeccionarlos con la absoluta certeza del puro mecanismo; después –¡y aquí estaba la gran dificultad!–, de descubrir (despertándolo, seguramente) en el ALMA pública, el sentimiento gracias al cual las manifestaciones de gloria bruta de la Máquina se vieran unidas, aprobadas y ratificadas como moralmente válidas para el Espíritu de la Mayoría. Solamente ahí podría estar el término medio.

Otra dificultad, esto ya parecía imposible. El barón Bottom no ha retrocedido ante tal palabra (que debería ser, de una vez por todas, borrada del diccionario) y desde entonces, aunque el actor no tenga más memoria que un pardillo, aunque el autor sea la torpeza personificada y el espectador sea sordo como una tapia, ¡será un auténtico triunfo!

Hablando propiamente, la Máquina es la sala misma. Está adaptada a ella. Forma parte de ella. Se extiende de tal manera que, cualquier obra, dramática o no, se convierte, al

entrar allí, en una obra maestra. La economía de una sala tal y como se la concibe, según la de los actuales teatros, ha sido sensiblemente modificada. El gran ingeniero negocia a destajo, se encarga de todos los adelantos de transformación y descuenta, de los derechos de autor, un diez por ciento menos que la Claque ordinaria. (Está registrada y hay sociedades de responsabilidad compartida en Nueva York, Barcelona y Viena.)

El coste de la Máquina, para su adaptación a una sala mediana, no es excesivo; solamente los primeros gastos son elevados, ya que el mantenimiento de un aparato bien acondicionado no es muy oneroso. Los detalles mecánicos, los medios empleados son simples como todo lo que es verdaderamente bello. Es la simplicidad del genio. Uno cree soñar. ¡No se atreve a comprender! Se muerde la punta del índice bajando los ojos con coquetería. Así, los cupidos dorados, las rosas de los palcos, las cariátides del escenario, etcétera, se multiplican y están esculpidos por todos lados. Precisamente, en sus bocas, orificios de fonógrafos, están instalados unos agujeros para los fuelles que, movidos eléctricamente, emiten los «Ua–uau», los Gritos, los «¡Fuera la Claque!», las Risas, los Llantos, los Bises, las Discusiones, Principios, Ruidos de tabaqueras, etcétera, y todos los Ruidos públicos PERFECCIONADOS. Los Principios, sobre todo, dice Bottom, están garantizados.

Aquí, la Máquina se complica insensiblemente y su concepción se hace más y más profunda; los tubos de gas para la luz alternan con otros tubos, los de los gases hilarantes y dacríforos. Los palcos están trucados: en su interior encierran invisibles puños metálicos –para despertar si es necesario al Público–, y están provistos de ramos y coronas. Bruscamente, pueden cubrir la escena de mirtos y de laureles, con el nombre del autor escrito en letras de oro. Debajo de cada una de las butacas, sillones de orquesta y de palco, sujetos al suelo desde entonces, hay replegados, por así decirlo, posteriormente, un par de bellas manos, de madera de roble, construidas según las láminas de Desbarolles, esculpidas perfectamente y recubiertas por guantes de doble cuero rojizo de ternera para completar la ilusión. Sería absurdo indicar su función. Estas manos están escrupulosamente modeladas sobre el facsímil de los más célebres patrones, para que la calidad de los aplausos sea mejor. Así las manos de Napoleón, de María Luisa, de Mme. de Sevigné, de Shakespeare, de du Terrail, de Goethe, de Chapelain y de Dante, extraídas de los dibujos de las primeras obras sobre quiromancia, han sido escogidas preferentemente, como patrones y tipos generales para entregárselas al tornero. Puntas de bastones (vergajos y rompehachas), tacones de goma hervida, herrados con fuertes clavos, están disimulados en cada asiento; accionados por muelles en espiral y destinados a golpear, alternativa y rápidamente, el suelo en las ovaciones, llamadas y pataleos. A la menor interrupción de la corriente electromagnética, la sacudida pondrá todo en movimiento en un conjunto tal que nunca, en la memoria de la Claque, habrá oído nada parecido; ¡La sala se hundirá en aplausos! Y la Máquina es tan potente que si es necesario podría hacer que la misma sala se derrumbase. El autor sería sepultado en su triunfo, como el joven capitán de Buch tras el asalto de Rávena por quien lloraron todas las mujeres. Es un trueno, una salva, una apoteosis de aclamaciones, de gritos, de bravi, de opiniones, de «Ua–uau», de ruidos de todo tipo, incluso inquietantes, de espasmos, de convicciones, de trepidaciones, de ideas y de gloria, que estalla por todas partes a la vez, en los pasajes más aburridos o más bellos de la obra, sin distinción. No hay incertidumbre posible.

Ocurre entonces el magnético fenómeno innegable que sanciona tal alboroto y le otorga su absoluta validez; ese fenómeno es la justificación de la Máquina de Gloria, y sin él, sería casi una mistificación. Helo aquí: es el gran punto, el rasgo excepcional, el cegador

y genial rayo del invento de Bottom.

Recordemos ante todo, para captar mejor la idea de este genio, que a los particulares no les gusta criticar a la opinión pública. Lo propio de cada una de sus almas es estar convencidas, a pesar de todo, desde la cuna, de este axioma: «Ese hombre TRIUNFA: por tanto, a despecho de tontos y envidiosos, es un espíritu glorioso y capaz. Imitémosle si podemos, y estemos a su lado, por si acaso, aunque no sea más que para que no se nos tenga por imbéciles.»

Este es el oculto razonamiento, ¿no es cierto?, en la atmósfera de la sala.

Ahora bien, hoy día, si con la infantil Claque que disfrutamos es suficiente, para obtener los resultados entusiastas que hemos señalado, ¿qué pasará con la Máquina, ya que existe ese sentimiento general? Sufriéndola ahora el público, aunque sabe muy bien el engaño de esa máquina humana, la Claque los padecerá tanto más cuanto que le vendrán inspirados, esta vez, por una VERDADERA máquina: no olvidemos que el Espíritu del siglo pertenece a las máquinas.

El espectador, pues, por más frío que sea, al oír lo que ocurre en su entorno, se deja llevar fácilmente por el entusiasmo general. Es la fuerza de las cosas. Muy pronto le vemos aplaudir a rabiar y con confianza. Forma parte, como siempre, de la opinión de la Mayoría. Y haría entonces más ruido que la misma Máquina, si pudiera, por temor a hacerse notar.

¡De manera –y ésta es la solución del problema: un medio físico que alcanza un objetivo intelectual– que el éxito se convierte en una realidad!… ¡que la GLORIA está verdaderamente en la sala! ¡Y que el aspecto ilusorio de la Máquina Bottom desaparece, fusionándose, positivamente, con el resplandor de la Verdad!

Para prevenir cualquier incertidumbre, si la obra fuera un simple agota, o de algún patán baboso, cuya audición, hasta de una sola escena, fuera imposible, los aplausos no cesarían desde el alzado hasta la caída del telón.

¡Sin resistencia posible! Si fuera necesario, habría sillones preparados para los poetas comprobados y convencidos de su talento, para los recalcitrantes, en una palabra, y para la Claque: la pila, al enviar su descarga a los brazos de las butacas sospechosas, haría aplaudir a la fuerza a sus ocupantes. Se diría: «¡Parece que esto es bueno porque Ellos mismos se ven OBLIGADOS a aplaudir!»

Es ocioso añadir que si éstos representasen algún día (gracias a la intempestiva intervención –hay que preverlo todo– de algunos imprudentes jefes de Estado) sus obras sin cortes, sin ilustres colaboradores, ni intromisiones de directores, la Máquina, por una retroversión debida a la inagotable y verdaderamente providencial invención de Bottom, sabría vengar a las honestas gentes. Es decir, que, en lugar de cubrirla de gloria, esta vez, ella abuchearía, berrearía, silbaría, patearía, croaría, chillaría y aullaría de tal manera que sería imposible entender una sola palabra de la «obra». Nunca, desde la famosa noche de Tannhauser en la Opera de París, se habría escuchado cosa semejante. De esa forma, la buena fe de las personas de bien y sobre todo de la Burguesía, se vería sorprendida, como sucede, desgraciadamente, muy a menudo. La alerta sería dada en seguida, como antaño, en el Capitolio, cuando atacaron los Galos. Veinte Andreidos salidos de los talleres de Edison, con bellos rostros, con una sonrisa discreta y entendida, con la condecoración elegida en la solapa, van agregados a la Máquina: en ausencia o indisposición de sus modelos, se les distribuiría en los palcos, con actitudes de profundo desprecio que darían el tono a los espectadores. Si, extraordinariamente, estos últimos intentaran rebelarse y quisieran oír, los autómatas gritarían: «¡Fuego!», lo que provocaría un mortal barullo de ahogo y de clamores reales. La «obra» no levantaría cabeza.

En cuanto a la Crítica, no hay por qué preocuparse. Cuando la obra dramática fuera escrita por gente recomendable, por personas serias e influyentes, por notabilidades consecuentes y de peso, la Crítica –excepto algunos, insociables puros y cuyas voces, perdidas en el tumulto, no harían más que reforzar el estrépito–, estaría totalmente conquistada: rivalizaría en energía con la Máquina Bottom.

Además, los artículos críticos, confeccionados de antemano, son también competencia de la Máquina: su redacción está simplificada por una selección de todos los viejos clichés, revestidos y barnizados nuevamente, que son lanzados por empleados Bottom a semejanza del Molino de oración de los Chinos, nuestros precursores en todo lo referente al Progreso.

La Máquina Bottom reduce, más o menos de la misma manera, el trabajo de la Crítica: ahorra muchos sudores, muchas faltas de Gramática elemental, muchos despropósitos y frases vacías que se lleva el viento. Los folletinistas, amantes del dolce far niente, podrán negociar con el Barón a su llegada. Se asegura el más inviolable secreto, en caso de algún pueril amor propio. Hay un precio fijo, marcado en conocidas cifras, en el encabezamiento de los artículos; tanto por palabra de más de tres caracteres. Cuando el artículo es glorioso para el firmante, la gloria se paga aparte.

Por su regularidad de líneas, por su vista, por su estricta lógica y por su mecánica hilazón de ideas, estos artículos tienen, sobre los escritos a mano, la misma e incontestable superioridad que, por ejemplo, tienen los trabajos de una máquina de coser sobre los hechos con la antigua aguja.

¡No hay comparación! ¿Qué son, hoy, las fuerzas del hombre ante las de una máquina?

¡Será, sobre todo, tras el fracaso del drama de un gran poeta, cuando los bienhechores efectos de esos artículos Bottom se podrán apreciar!

¡Ese sería el golpe de gracia!… Como selecto surtido de las más decrépitas, tortuosas, nauseabundas, calumniosas y babosas vilezas, celebradas al salir de su cloaca natal, los artículos Bottom no dejarían al Público nada que desear. ¡Están totalmente preparados! ¡Producen una ilusión completa!

Por una parte, creeríamos leer artículos humanos sobre grandes personajes vivos; y, por otra, ¡qué venenoso acabado!, ¡que quintaesencia de abyección!

Su aparición será, ciertamente, uno de los grandes éxitos del siglo. El Barón ha sometido algunos de los ejemplares a varios de nuestros más sutiles críticos. ¡Suspiraban con ellos y dejaban caer su pluma de admiración! Emana de ellos, en cada coma, esa impresión de quietud que produce, por ejemplo, aquella deliciosa frase que –mientras se abanicaba deliciosamente con su pañuelo de encaje–, el marqués de D… , director de la Gazette du Roi, decía a Luis XIV: «Sire, ¿y si enviásemos un caldo al gran Corneille que se está muriendo… ?»

La cámara central del Gran Teclado de la Máquina está situada bajo el hueco llamado, en teatro, la Concha del apuntador. Allí se sitúa el Encargado, que debe ser un hombre seguro, de una probada honorabilidad, y tener la apariencia de un guardia, por ejemplo. Bajo su mano tiene los interruptores y los conmutadores eléctricos, los reguladores, las probetas, las llaves de los tubos de gas proto y bióxido de azote, efluvios amoniacales y otros, los botones de resorte de las palancas, de las bielas y de los aparejos. El manómetro marca tanta presión, tantos kilogramos de inmortalidad. El contable suma y el Autor dramático paga la factura que le presenta una joven belleza, vestida de Fama y rodeada por una gloria de trompetas. Entonces, ella entrega al Autor, sonriendo, en nombre

de la Posteridad, y con los resplandores de un fuego de Bengala oliva, color de Esperanza, le entrega, decíamos, como ofrenda, un busto que se le asemeja, garantizado, aureolado y laureado, todo ello en hormigón armado (sistema Coignet). ¡Todo esto puede hacerse por anticipado! ¡¡Antes de la representación!!

Incluso si el Autor pretendiera que su gloria fuese, no solamente presente y futura, sino también pasada, el Barón ha previsto todo: la Máquina puede obtener resultados retroactivos. En efecto, unos conductos de gas hilarante, hábilmente distribuidos por los cementerios de primera categoría, deben, cada noche, hacer reír, a la fuerza, a nuestros abuelos en sus tumbas.

Por lo que se refiere al lado práctico e inmediato de la invención, los presupuestos han sido calculados escrupulosamente. El precio de la transformación del Grand–Théâtre de Nueva York, en sala seria, no excede de los quince mil dólares; el de La Haya, el Barón lo efectuaría por unas dieciséis mil coronas; Moscú y San Petersburgo se podrían acondicionar por unos cuarenta mil rublos. Los precios para los teatros de París no se han fijado todavía, ya que Bottom quiere estar presente para hacerse una idea.

En suma, podemos afirmar que el enigma de la Gloria dramática moderna –tal y como la conciben las gentes de simple y buen sentido– ya está resuelto. La Gloria está, ahora, A SU ALCANCE. Tal Esfinge ha encontrado su Edipo.

El duque de Portland

Al señor Henry de Luberne

Gentleman, yo are welcome to Elsinore.
Shakespeare, Hamlet

Espérame allá, no faltaré, confía,
me reuniré contigo en aquel profundo valle.
El obispo Hall

En estos últimos años, a su vuelta de levante, Ricardo, duque de Portland, el joven lord célebre antaño en toda Inglaterra por sus fiestas nocturnas, sus victoriosos purasangre, su ciencia de boxeador, sus cacerías de zorros, sus castillos, su fabulosa fortuna, sus viajes de aventuras y sus amores, no se había dejado ver.

Una sola vez, al oscurecer, se había visto su secular carroza dorada atravesando Hyde-Park con las cortinillas cerradas, a plena carrera y rodeada de jinetes portando antorchas.

Después –reclusión tan brusca como extraña–, el Duque se había retirado a su casa solariega, haciéndose habitante solitario de aquel macizo castillo construido en viejas edades, en medio de sombríos jardines y campos con árboles, y situado en el cabo de Portland.

Por toda vecindad, un rojo fulgor que iluminaba día y noche, a través de la bruma, los pesados barcos que cabeceaban a lo lejos, cruzando sus penachos de humo en el horizonte.

Una especie de sendero en pendiente hacia el mar, una sinuosa galería excavada en las rocas y bordeada de pinos salvajes, que abre sus pesadas verjas doradas sobre la misma arena de la playa, sumergida a las horas de la marea alta.

Bajo el reinado de Enrique VI se forjaron leyendas de este castillo fortaleza, cuyo

interior resplandecía de riquezas feudales.

En la plataforma que une las siete torres veían aún, esculpidos en piedra, entre las almenas, un grupo de arqueros y algunos caballeros del tiempo de las Cruzadas; todos en actitudes de combate.

En la noche, estas estatuas –cuyas figuras aparecen ahora borradas por las lluvias tempestuosas y los hielos de varios centenares de inviernos y las expresiones de sus rostros muchas veces cambiadas por los retoques del rayo–, ofrecen un vago aspecto que se presta a las más supersticiosas visiones. Y cuando, levantadas en masas multiformes por una tempestad, se estrellan las olas, en la oscuridad, contra el promontorio de Portland, a la imaginación del paseante perdido –ayudada por la iluminación de la luna entre las sombras graníticas–, se puede presentar, frente al castillo, algún antiguo asalto sostenido por una heroica guarnición de soldados fantasmas contra una legión de malos espíritus.

¿Qué significaba este aislamiento del despreocupado señor inglés? ¿Padecía alguna crisis? ¡Un corazón tan naturalmente alegre!… ¡Imposible! ¿Alguna mística influencia sufrida en su viaje por Oriente? Quizás. En la Corte se inquietaban por esta desaparición. Un mensaje de Westminster, de la propia Reina, había sido dirigido al lord invisible.

Acodada cerca de un candelabro, la reina Victoria estaba atareada aquella tarde de audiencia extraordinaria. A su lado, sentada en un taburete de marfil, una joven lectora, miss Elena H.

Llegó la respuesta, sellada en negro, de lord Portland.

La muchacha, habiendo abierto el pliego ducal, recorrió con sus ojos azules –sonrientes pedazos de cielo– las pocas líneas que contenía. Bruscamente, sin una palabra, con los ojos cerrados, la presentó a Su Majestad.

También la Reina leyó en silencio.

A las primeras palabras, su rostro, generalmente impasible, pareció ensombrecerse con extraña tristeza. Incluso se estremeció. Después, en silencio, aproximó el papel a las bujías encendidas. Inmediatamente dejó caer sobre las losas la carta que se consumía.

–Milords –dijo a los pares, agrupados a escasa distancia–, no volverán a ver a nuestro querido duque de Portland. Ya no acudirá más al Parlamento. Lo dispensaremos de ello mediante un privilegio. Su secreto debe ser respetado. No se preocupen más por él y que ninguno de sus huéspedes intente jamás dirigirle la palabra.

Después, despidiendo con un gesto al viejo correo del castillo:

–Le dirás al duque de Portland lo que acabas de ver y de oír –agregó lanzando una mirada a las cenizas negras de la carta.

Tras estas palabras misteriosas, la Reina se había levantado para retirarse a sus habitaciones. Sin embargo, al ver a su lectora que se había quedado inmóvil y como dormida, con la mejilla apoyada en su brazo joven y blanco, sobre el muaré purpúreo de la mesa, la Reina, sorprendida aún, murmuró dulcemente:

–¿Me sigues, Elena?

Como la muchacha persistiera en su actitud, todos los presentes corrieron hacia ella.

Sin que palidez alguna revelara su emoción –¿cómo iba a palidecer una flor de lis?–, se había desvanecido.

Un año después de las palabras pronunciadas por Su Majestad –durante una tormentosa noche de otoño– los navíos que pasaban a algunas leguas del cabo Portland vieron el castillo iluminado.

¡Oh, no era la primera de las fiestas nocturnas ofrecidas a comienzos de cada estación del año por el lord ausente!

Y daban que hablar, pues su sombría excentricidad alcanzaban lo fantástico y el Duque no asistía jamás a ellas.

No era en las habitaciones del castillo donde se daban las fiestas. Nadie había vuelto a entrar allí; el mismo lord Ricardo, que habitaba un solitario un torreón, parecía haberlas olvidado.

Desde su vuelta, había mandado cubrir, con inmensos espejos de Venecia, los muros y las bóvedas de los vastos subterráneos de su mansión. El suelo estaba ahora enlosado de mármoles y de brillantes mosaicos. Cortinas de trama vertical, entreabiertas por franjas de cadeneta, separaban una serie de salas maravillosas, donde bajo magníficas balaustradas de oro iluminadas, aparecía un conjunto de muebles orientales con arabescos preciosos, en medio de vegetaciones tropicales fuentes de agua perfumada sobre pórfido y hermosas estatuas.

Allí, con la amable invitación del castellano de Portland, que "lamentaba estar siempre ausente", se reunía una multitud elegante, lo más escogido de la joven aristocracia inglesa, los más seductores artistas y las más bellas despreocupadas de la gentry.

Lord Ricardo estaba representado por uno de sus amigos de antes. Y comenzaba entonces una noche principescamente libre.

Sólo, en el sitio de honor del festín, el sillón del joven lord quedaba vacío, y el escudo ducal del respaldo siempre aparecía velado por un amplio crespón de duelo.

Las miradas, muy pronto encendidas por la embriaguez, se volvían gustosamente a presencias más encantadoras.

¡Así, a medianoche, se ahogaban bajo tierra, en Portland, en maravillosas salas, entre aromas de flores exóticas, las risas, el tintineo de las copas, las canciones ebrias y la música!

Pero si a aquella hora se hubiera levantado de la mesa alguno de los convidados y, para respirar el aire del mar, se hubiese aventurado al exterior, en la oscuridad, por la playa, entre las ráfagas de desolados vientos, quizás hubiera percibido un espectáculo capaz de turbar su humor optimista, al menos para el resto de la noche.

En efecto, frecuentemente y a aquella misma hora, por las vueltas del sendero que conducía hacia el mar, un caballero envuelto en amplia capa, cubierto el rostro por una máscara de seda negra a la que estaba adaptada una capucha circular que ocultaba toda la cabeza, se encaminaba, la lumbre de un cigarro en la mano enguantada, hacia la playa. Como en fantasmagoría de gusto anticuado, le precedían dos servidores de cabellos blancos; a algunos pasos, le seguían otros dos con humeantes antorchas rojizas.

Delante de ellos caminaba un niño, también con librea de duelo, y este paje agitaba una vez por minuto el corto batir de una campana, para advertir a lo lejos que se apartaran del camino del paseante. Y el aspecto de este pequeño grupo producía una impresión tan glacial como si fuera el cortejo de un condenado.

Se abría ante ese hombre la verja de la ribera; la escolta lo dejaba solo y avanzaba entonces hacia el borde del agua. Allí, como perdido en una pensativa desesperación, embriagándose en la desolación del espacio, permanecía taciturno, semejante a los espectros de piedra de la plataforma, bajo el viento, la lluvia y los relámpagos, ante el mugir del océano. Tras una hora de meditación, el tétrico personaje, acompañado siempre de las antorchas y precedido del sonar de la campana, volvía por el sendero hacia la torre. Y, frecuentemente, vacilando, se agarraba a las asperezas de las rocas.

La mañana que había precedido a esta fiesta, la joven lectora de la Reina, siempre en gran duelo desde el primer mensaje, rezaba en el oratorio de Su Majestad cuando le fue

entregado un billete escrito por uno de los secretarios del Duque.

Sólo contenía estas dos palabras, que leyó con un estremecimiento: "Esta noche".

Esta fue la de su arribada a Portland en una de las embarcaciones reales. Una forma juvenil y femenina, con sombrío manto, descendió sola. La visión, tras de orientarse por la playa nocturna, se apresuró corriendo hacia las antorchas, hasta el sonido de campana que traía el viento.

En la arena, apoyado en una piedra y agitado a cada momento por un temblor mortal, el hombre de la máscara misteriosa estaba tendido sobre su capa.

–¡Desgraciado! –exclamó en un sollozo, y ocultando el rostro con las manos, la joven aparición, cuando llegó a su lado.

–¡Adiós! –respondió él.

Se escuchaban a lo lejos canciones y risas, procedentes de los subterráneos de la mansión feudal, cuya iluminación se reflejaba ondulada en el agua.

–Eres libre –agregó él, dejando caer su cabeza en la piedra.

–¡Y tú estás liberado! –respondió la blanca aparición, elevando una pequeña cruz de oro hacia los cielos plenos de estrellas, ante la mirada del hombre silencioso.

Después de un gran silencio, y como ella permaneciera así ante él, inmóvil, con los ojos cerrados:

–¡Hasta luego, Elena! –murmuró. Cuando, tras una hora de espera, se aproximaron los servidores, vieron a la muchacha de rodillas sobre la arena y rezando, cerca de su dueño.

–El duque de Portland ha muerto –les dijo.

Y, apoyándose en el hombro de uno de los viejos, volvió a la embarcación que la había traído.

Tres días después se leía esta noticia en el Diario de la Corte: "Miss Elena H… , la prometida del duque de Portland, convertida a la religión ortodoxa, ha tomado ayer el hábito de las Carmelitas de L… "

¿Cuál era el secreto por el cual el potente lord acababa de morir?

Un día, en sus lejanos viajes por Oriente, habiéndose alejado de su caravana por los alrededores de Antioquía, el joven Duque, charlando con los guías del país, oyó hablar de un mendigo ante el cual todo el mundo se alejaba con horror y que vivía solo, en medio de unas ruinas.

Se le ocurrió la idea de visitar a este hombre, pues nadie escapa a su destino.

Ahora bien; ese Lázaro fúnebre era el último depositario de la gran lepra, de la lepra seca y sin remedio, del mal inexorable del cual sólo Dios podía resucitar.

Solo, pues, Portland, a pesar de los ruegos de sus aterrados guías, se atrevió a desafiar el contagio en la especie de caverna donde respiraba aquel paria de la Humanidad.

Y allí, por una fanfarronada de gran gentilhombre, intrépido hasta la locura, dándole un puñado de oro a ese agonizante miserable, el pálido señor le había dado la mano.

En el mismo instante pasó una nube por sus ojos. Al oscurecer, sintiéndose perdido, abandonó la ciudad y las tierras del interior, para ganar el mar e intentar una curación en su castillo o morir en él.

Pero, ante los terribles progresos que se declararon durante la travesía, el Duque comprendió que no podía conservar otra esperanza que la de una rápida muerte.

¡Todo había terminado! ¡Adiós, juventud, brillo de un nombre ilustre, prometida amada, posteridad de la raza! ¡Adiós, fuerzas, alegrías, fortuna incalculable, belleza, porvenir! Todas las esperanzas se habían sepultado en el hueco de aquella mano terrible. El

lord había heredado del mendigo. Un segundo de arrogancia –un momento demasiado noble, más bien– había arrebatado esta existencia luminosa y llevado al secreto de una muerte desesperada…

Así pereció el duque Ricardo de Portland, el último leproso del mundo.

Virginia y Pablo

A la señorita Augusta Holmes

Per árnica silentia lunae.
Virgilio.

La verja de los antiguos jardines del pensionado.

A lo lejos se oye dar las diez. Es una noche de abril, clara, azul y profunda. Las estrellas parecen de plata. Las débiles ráfagas de viento han pasado por entre las jóvenes rosas; las hojas susurran, el chorro de agua de la fuente cae blanco al final de la gran avenida de acacias. En medio de un gran silencio, un ruiseñor, alma de la noche, hace brillar una lluvia de notas mágicas.

¿Habéis amado a una joven muchacha cuando los dieciséis años os rodeaban con su cielo de ilusiones? ¿Os acordáis de ese guante olvidado sobre un silla, en el cenador? ¿Habéis experimentado la turbación ante una súbita e inesperada presencia? ¿Habéis sentido arder vuestras mejillas cuando, durante las vacaciones, vuestros padres se sonreían por vuestra timidez al estar el uno junto al otro? ¿Habéis conocido la infinita dulzura de dos ojos puros que os miraban con una pensativa ternura? ¿Habéis rozado con vuestros labios los de una joven temblorosa y bruscamente pálida, cuyo seno, oprimido por la alegría, latía contra vuestro corazón? ¿Habéis guardado, en el fondo del relicario, las azules flores recogidas al atardecer, cerca del río, cuando volvíais juntos?

Escondido en lo más profundo de vuestro corazón, tras el paso de los años, un recuerdo así es como una gota de esencia del Oriente encerrada en un precioso frasco. Esa gota de perfume es tan potente que, si se lanzase el frasco en vuestra tumba, su aroma, vagamente inmortal, duraría más que vuestro polvo.

¡Oh! ¡Si hay algo dulce en un atardecer solitario, ese algo es respirar, una vez más, el adiós de ese recuerdo encontrado!

Es la hora del aislamiento: los ruidos del trabajo en el barrio han cesado; mis pasos, al azar, me han conducido hasta aquí. Este edificio fue, en otro tiempo, una vieja abadía. Un rayo de luna permite ver, tras la verja, la escalera de piedra, e ilumina a medias las antiguas estatuas de santos que obraron milagros y que, sin duda, golpearon sus humildes frentes iluminadas por la oración contra las losas. Hace ya tiempo, resonaron aquí los pasos de los caballeros de Bretaña, cuando el Inglés aún ocupaba nuestras ciudades angevinas. Ahora, unas celosías verdes y alegres rejuvenecen las sombrías piedras de las ventanas y de las paredes. La abadía se ha convertido en un internado de señoritas. Durante el día ellas deben de gorjear como pájaros en unas ruinas. Entre las que duermen allí, hay más de una chica que, en las próximas vacaciones de Pascua, despertará esa gran impresión sagrada en el corazón de algún joven y puede ocurrir que ya… ¡Silencio! ¡Alguien ha hablado! Una dulce voz acaba de llamar: «¡Pablo!… ¡Pablo!» Junto a ese pilar ha flotado, un instante, un vestido de muselina blanca con un lazo azul. Una muchacha se asemeja, a veces, a una aparición. Ésta acaba de bajar. Es una de ellas; distingo la esclavina del internado y la cruz plateada en su cuello. Veo su rostro. ¡La noche se funde con sus rasgos bañados de poesía!

¡Rubios cabellos de juventud aún teñidos de infancia! ¡Mirada azul cuyo azur es tan pálido que parece pertenecer todavía al éter primitivo!

Pero, ¿quién es ese joven que se desliza entre los árboles? Tiene prisa; toca el pilar de la verja.

–¡Virginia! ¡Virginia, soy yo!

–¡Más bajo!, ¡ya estoy aquí, Pablo!

¡Ambos tienen quince años!

¡Su primera cita! Es una página más del eterno idilio. ¡Cómo deben temblar de gozo! ¡Saludos, inocencia divina, recuerdos, flores reavivadas!

–¡Pablo, querido primo!

–Dadme vuestra mano a través de la verja, Virginia. ¡Es bonita, al menos! Tomad, un ramo que he cogido del jardín de papá. No cuesta dinero, pero es de corazón.

–Gracias, Pablo. Pero, ¡qué sofocado estáis! ¡Cómo habéis corrido!

–Es que papá ha culminado hoy un negocio. ¡Un buen negocio! Ha comprado un bosquecillo a mitad de precio. Unas personas que necesitaban vender rápidamente; una buena ocasión. Entonces, como estaba contento de su jornada, me he quedado con él para que me diera un poco de dinero; y luego me he apresurado para llegar a la hora.

–Nos casaremos dentro de tres años, Pablo, si superáis vuestros exámenes.

–Sí. Seré abogado. Cuando se es abogado hay que esperar algunos meses hasta ser conocido. Y después, también se gana un poco de dinero.

–¡A menudo, mucho dinero!

–Sí. ¿Sois feliz en el internado, prima?

–¡Oh!, sí, Pablo. Sobre todo desde que la señora Pannier se decidió a ampliarlo. Antes, no se estaba tan bien; pero, ahora, hay aquí chicas ricas. Soy amiga de todas ellas. Tienen muchas cosas bonitas. Y desde su llegada, nosotras estamos mucho mejor, mucho mejor, porque la señora Pannier puede gastarse un poco más de dinero.

–Es igual, con estas viejas paredes… No debe de ser muy divertido estar aquí.

–Sí. Estamos acostumbradas a no mirarlas. Pero veamos, Pablo, ¿habéis ido a ver a nuestra querida tía? Su fiesta será dentro de seis días; habrá que escribirle una *felicitación.* ¡Es tan buena!

–¡Yo no la quiero mucho! La otra vez, me dio bombones viejos en lugar de, en fin, de un verdadero regalo; o una bonita cartera, o algunas monedas para meter en mi hucha.

–Pablo, Pablo, eso no está bien. Hay que ser muy amable con ella y tratarla con consideración. Es vieja, y nos dejará también un poco de dinero…

–Es cierto. ¿Oyes, Virginia, ese ruiseñor?

–Pablo, procura no tutearme cuando no estemos solos.

–Prima mía, puesto que vamos a casarnos… de todas formas tendré cuidado. Pero, ¡qué bonito es el ruiseñor!, ¡qué trino más puro y argentino!

–Sí, es bonito, pero no nos deja dormir. Es una noche muy agradable, la luna plateada, ¡qué bella!

–Ya sabía yo que os gustaba la poesía.

–¡Ah, sí! ¡La Poesía!… Estudio piano.

–En el colegio he aprendido todo tipo de versos hermosos para recitároslos, prima: me sé casi todo Boileau de memoria. Si queréis, iremos a menudo al campo cuando estemos casados, ¿qué os parece?

–¡Naturalmente, Pablo! Además, mamá me dará como dote su casita de campo en la que hay una granja: iremos allí, muchas veces, a pasar el verano. Y lo agrandaremos un

poco, si es posible.

También la granja puede producirnos algo de dinero.

–Tanto mejor. Por otro lado, en el campo se puede vivir por mucho menos dinero que en la ciudad. Mis padres me lo han dicho. Me gusta cazar y mataré muchas piezas. ¡Con la caza se puede economizar algo de dinero!

–¡Después de todo, es el campo, Pablo! ¡Y me gusta tanto todo lo que es poético!

–Oigo ruidos ahí arriba.

–¡Silencio! Es preciso que vuelva: la señora Pannier podría despertarse. Hasta pronto, Pablo.

–Virginia, ¿estaréis en casa de mi tía dentro de seis días?… ¿en la cena?… Tengo miedo de que papá se dé cuenta de que me he escapado, y entonces no me dará más dinero.

–Vuestra mano, deprisa.

Mientras yo escuchaba encantado el celeste rumor de un beso, los dos ángeles se han ido; el retardado eco de las ruinas repetía vagamente: «… ¡dinero!, ¡un poco de dinero!»

¡Oh juventud, primavera de la vida!, ¡benditos seáis, jóvenes, en vuestro éxtasis!, ¡vosotros, cuya alma es sencilla como una flor, y cuyas palabras, al evocar otros recuerdos *más o menos* parecidos a esta primera cita, hacen derramar lágrimas a un paseante!

El convidado de las últimas fiestas

A la señora Nina de Villard

Lo Desconocido es la parte del león.
François Arago.

La Estatua del Comendador puede venir a cenar con nosotros; ¡puede tendernos la mano! Se la estrecharemos. Quizás sea él quien tenga frío.

Una noche de carnaval del año 186… , C… , uno de mis amigos, y yo, por una circunstancia absolutamente debida a los azares del tedio «ardiente y vago», estábamos solos en un palco, en el baile de la Opera.

Desde hacía algunos instantes admirábamos, entre el polvo, el tumultuoso mosaico de máscaras que aullaban bajo las arañas y se agitaban bajo la sabática batuta de Strauss.

De golpe, se abrió la puerta del palco: tres damas, con un rumor de seda, se aproximaron por entre las pesadas sillas y, tras haberse despojado de sus máscaras, nos dijeron:

–¡Buenas noches!

Eran tres jóvenes de un encanto y una belleza excepcionales. Algunas veces las habíamos encontrado en el mundillo artístico de París. Se llamaban: Clío la Cendrée, Antonie Chantilly y Annah Jackson.

–¿Vienen ustedes aquí para esconderse, señoras? –preguntó C… rogándoles que se sentasen.

–¡Oh! Pensábamos cenar solas, porque la gente de esta fiesta, tan horrible y aburrida, ha entristecido nuestra imaginación –dijo Clío la Cendrée.

–¡Sí, ya nos íbamos cuando os hemos visto! –dijo Antonie Chantilly.

–Así pues, venid con nosotras, si no tenéis nada mejor que hacer –concluyó Annah Jackson.

–¡Luz y alegría!, ¡viva! –respondió tranquilamente C… – ¿Tienen algo en contra de

la Maison Dorée?

–¡En absoluto! –dijo la deslumbrante Annah Jackson desplegando su abanico.

–Entonces, amigo –continuó C… volviéndose hacia mí–, toma tu tarjeta, reserva el salón rojo y envía al criado de miss Jackson para que lleve el recado. Es, creo yo, lo más indicado, a menos que tengas algo organizado de antemano en tu casa.

–Señor –me dijo miss Jackson– si os sacrificáis por nosotras llegando incluso hasta moveros, encontraréis a esa persona disfrazada de ave fénix –o mosca– descansando cómodamente en el vestíbulo. Responde al transparente seudónimo de Baptiste o de Lapierre. ¿Tendréis esa amabilidad?; y volved rápidamente para amarnos sin cesar.

Hacía unos momentos que yo no escuchaba a nadie. Observaba a un extranjero situado en un palco, frente al nuestro: un hombre de unos treinta y cinco o treinta y seis años, de una palidez oriental; tenía unos binóculos y me dirigía un saludo.

–¡Eh! ¡Ese es mi desconocido de Wiesbaden! –me dije en voz baja, tras recordar un poco.

Como ese señor me había hecho, en Alemania, uno de esos pequeños favores que la costumbre permite intercambiar entre viajeros (creo que fue a propósito de unos cigarros que me recomendó en el salón), yo le devolví el saludo.

Instantes después, en el vestíbulo, mientras buscaba al fénix en cuestión, vi venir hacia mí al extranjero. Al ser su saludo de lo más amable, me pareció de buena educación proponerle nuestra compañía en el caso de que estuviera muy solo en tal tumulto.

–¿Y a quién debo tener el honor de presentar a nuestra graciosa compañía? –le pregunté, sonriendo, cuando hubo aceptado.

–Al barón Von H… –me dijo–. Sin embargo, visto el aspecto despreocupado de esas señoritas, las dificultades de pronunciación y esta bella noche de carnaval, déjeme tomar, por una hora, otro nombre, el primero que se me ocurra –añadió–: ya está… –se echó a reír–: el barón *Saturno,* si os parece.

Esta rareza me sorprendió un poco, pero como se trataba de una locura general, así lo anuncié, fríamente, a nuestras elegantes, según la denominación mitológica a la que aceptaba reducirse.

Tal fantasía las predispuso a su favor: quisieron creer que era un rey de *Las mil y una noches* que viajaba de incógnito. Clío la Cendrée, juntando las manos, mencionó incluso el nombre de un tal Jud, célebre entonces, una especie de criminal a quien diferentes asesinatos parecen que habían hecho famoso y enriquecido excepcionalmente, y al que aún no habían capturado.

Una vez intercambiados los cumplidos:

–¿Querría el barón cenar con nosotros, por una deseable simetría? –pidió la siempre previsora Annah Jackson, entre dos irresistibles bostezos.

Él quiso resistirse.

–Susannah nos ha dicho esto como don Juan a la estatua del Comendador –repliqué bromeando–: ¡estos Escoceses son de una solemnidad!

–¡Habría que proponer al señor Saturno que viniera a matar el Tiempo con nosotros! –dijo C… , que, frío, deseaba invitarle «de una manera formal».

–¡Lamento mucho rehusar! –respondió el interlocutor–. Compadézcame porque una circunstancia de un interés verdaderamente *capital* me ocupa, mañana, muy temprano.

–¿Un falso duelo?, ¿una variedad de vermouth? –preguntó Clío la Cendrée poniendo mala cara.

–No, señora, un… *encuentro,* puesto que os habéis dignado preguntar al respecto

–dijo el barón.

–¡Bueno! ¡Apuesto que es por alguna disputa de pasillo en la Ópera! –exclamó la bella Annah Jackson–. Vuestro sastre, envanecido por el corte de un traje militar, os habrá tratado de artista o de demagogo. Querido señor, esas observaciones carecen de importancia: sois extranjero, eso se nota.

–Lo soy un poco en todas partes, señora– respondió el barón Saturno inclinándose.

–¡Vamos!, ¿se hace usted de rogar?

–*¡Raramente, se lo aseguro!…* –murmuró el singular personaje, con un aire a la vez galante y equívoco.

C… y yo intercambiamos una mirada: no entendíamos nada: ¿qué quería decir este hombre? Sin embargo, esta distracción nos parecía bastante divertida.

Pero como los niños que se encaprichan con aquello que se les niega:

–¡Nos pertenecéis hasta el amanecer! –exclamó Antoine, y le tomó del brazo.

Se rindió y abandonamos la sala.

Había hecho falta todo ese ramillete de inconsecuencias para llegar a este final; íbamos a encontrarnos en una intimidad bastante relativa con un hombre del que desconocíamos todo, salvo que había jugado en el casino de Wiesbaden y que había estudiado los diferentes sabores de los cigarros de la Habana.

¡Qué importaba! ¿Lo más normal, hoy en día, *no es dar la mano a todo el mundo?*

Ya en el bulevar, Clío la Cendrée se recostó, riendo, al fondo de la calesa y a su tigre mestizo, que le esperaba como un esclavo:

–¡A la Maison Dorée! –le dijo.

Luego, inclinándose hacia mí:

–No conozco a vuestro amigo: ¿quién es? Me intriga muchísimo. ¡Tiene una *extraña* mirada!

–¿Mi *amigo?* –respondí–: apenas lo he visto dos veces, durante la temporada última en Alemania.

Me miró con aire sorprendido.

–¡Qué! –añadí–, ¡viene a saludarnos a nuestro palco y le invitáis a cenar con la credencial de un baile de disfraces como única referencia! Aun admitiendo que hayáis cometido una imprudencia digna de mil muertes, es ya un poco tarde para que os alarméis en lo tocante a nuestro convidado. Si los invitados están poco dispuestos mañana a continuar su amistad, se saludarán como la víspera: eso es todo. Una cena no significa nada.

Nada hay más divertido que simular comprender ciertas artificiales susceptibilidades.

–¡Cómo! ¿Pretendéis no conocer perfectamente a las personas? Y si fuera un…

–¿No os he dado su nombre?, ¿el barón *Saturno?* ¿Teméis comprometerle, señorita? – añadí con un tono severo.

–¡Sabéis, sois un hombre intolerable!

–No tiene el tipo de un griego: por lo tanto nuestra aventura es bien simple. ¡Un millonario divertido! ¿No es lo ideal?

–Me parece bien, este señor Saturno –dijo C…

–Y, al menos en época de carnaval, un hombre muy rico tiene siempre derecho a la estimación –concluyó, con voz calmada, la bella Susannah.

Los caballos se pusieron en marcha: la pesada carroza del extranjero nos siguió. Antonie Chantilly (más conocida por su nombre de guerra, un poco empalagoso, de Isolda) había aceptado sus misteriosa compañía.

Una vez instalados en el salón rojo, rogamos a Joseph que no dejase entrar allí a ningún ser viviente, exceptuando a las ostras, a él, Joseph, y a nuestro ilustre amigo, el fantástico pequeño doctor Florian Les Eglisottes, si, por casualidad, venía a tomar su proverbial ración de cangrejos.

Un ardiente leño se consumía en la chimenea. A nuestro alrededor se extendían insulsos olores de telas, de pieles abandonadas, de flores de invierno. Las luces de los candelabros abrazaban, en una consola, las plateadas cubetas en las que se helaba el vino de Ai. Las camelias, cuyos troncos se hinchaban en el extremo de sus tallos de latón, sobresalían de los jarrones colocados en la mesa.

Fuera, caía una lluvia tenue y fina, mezclada con nieve; una noche glacial; ruido de coches, gritos de máscaras, la salida de la Opera. Eran las alucinaciones de Gavarni, de Deveria, de Gustave Doré.

Para apagar esos ruidos, los cortinones estaban cuidadosamente echados ante las cerradas ventanas.

Así pues, los convidados eran el barón sajón Von H… , el rubio y ensortijado C… y yo; además de Annah Jackson, la Cendrée y Antonie.

Durante la cena, animada con brillantes locuras, me abandoné, muy lentamente, a mi inocente manía de observación y, debo decirlo, no fue sin que muy pronto me diese cuenta de que mi conocido merecía toda mi atención.

¡No, no era un frívolo, nuestro circunstancial invitado!… Sus rasgos y su apostura no carecían de esa conveniente distinción que nos hace tolerar a las personas: su acento no era molesto como el de algunos extranjeros –únicamente, su palidez cobraba, por momentos, unos tonos particularmente descoloridos, e incluso macilentos–; sus labios eran más delgados que una pincelada; siempre tenía el ceño un poco fruncido, incluso cuando sonreía.

Advirtiendo estos detalles y algunos otros, con esa inconsciente atención de la que algunos escritores están dotados, lamenté haberlo introducido tan a la ligera en nuestra compañía y me prometí borrarlo, al amanecer, de nuestra lista de amigos. Hablo de C… y de mí, naturalmente; porque el buen azar que nos había traído, esa noche, a nuestras huéspedes femeninas, se las volvería a llevar, como a fantasmas, al finalizar la noche.

Y además el extranjero no tardó en cautivar nuestra atención por una especial rareza. Su charla, sin estar fuera de lugar por el valor intrínseco de sus ideas, nos mantenía alerta por un sobreentendido muy vago que el sonido de su voz parecía deslizar intencionadamente.

Este detalle nos sorprendía tanto más cuanto que nos era imposible, al examinar lo que él decía, descubrir otro sentido que no fuera el de una frase banal. Y dos o tres veces nos hizo estremecer, a C… y a mí, por la forma en que subrayaba las palabras y por la impresión de ocultas intenciones, totalmente imprecisas, que ellas no producían.

De repente, en medio de una carcajada, debida a alguna broma de Clío la Cendrée –¡que era, realmente, divertida!– tuve la oscura impresión de haber visto a este caballero en una *circunstancia muy diferente* que la de Wiesbaden.

En efecto, esa cara tenía unos rasgos inolvidables, y sus ojos, al parpadear, mostraban en su rostro la idea de una luz interior.

¿Cuál era esa circunstancia? En vano me esforzaba por concretarla en mi mente. ¿Cedería a la tentación de enunciar las confusas nociones que despertaba en mí?

Eran las de un acontecimiento semejante a los que se ven en los sueños.

¿Dónde *podía* haber ocurrido? ¿Cómo armonizar mis habituales recuerdos con esas

intensas y lejanas ideas de crimen, de silencio profundo, de bruma, de rostros espantados, de antorchas y de sangre, que surgían en mi conciencia, con una insoportable sensación de *realismo,* a la vista de este personaje?

–¡Ah! –balbucí por lo bajo–. ¿Estaré alucinando esta noche?

Bebí un vaso de champagne.

Las ondas sonoras del sistema nervioso tienen esas misteriosas vibraciones. Ensordecen, por así decirlo, con la diversidad de sus ecos, el análisis del golpe inicial que las ha producido. La memoria distingue el medio ambiente del hecho en sí, y el *hecho* mismo se sumerge en esa sensación general, hasta permanecer tercamente indiscernible.

Ocurre con esto como con esos rostros antaño familiares que, vistos de nuevo de improviso, turban, con una tumultuosa evocación de impresiones todavía dormidas, y que *entonces* es imposible nombrar.

Pero los altivos modales, la amena reserva, la extraña dignidad del desconocido –especie de velo que cubre seguramente la sombría realidad de su naturaleza–, me indujeron a considerar (por el momento, al menos) esa comparación como imaginaria, como una especie de perversión visual nacida de la fiebre y de la noche.

Decidí poner buena cara al festín, según mi deber y mi placer.

Nos levantamos de la mesa jovialmente, y las carcajadas se mezclaron con las melodías tocadas al azar, en el piano, por unos dedos ligeros.

Olvidé, pues, todas mis preocupaciones. Muy pronto hubo destellos de ingenio, ligeras declaraciones, besos vagos (parecidos al ruido de esos pétalos de flor que las bellas distraídas hacen chasquear entre las palmas de sus manos), hubo fuegos de sonrisas y de diamantes: la magia de los profundos espejos reflejaba silenciosamente, hasta el infinito, en largas filas azuláceas, las luces y los gestos.

C… y yo nos abandonamos al ensueño a través de la conversación.

Los objetos se transfiguran según el magnetismo de las personas que se les acercan, sin tener otro significado, para cada uno, que el que cada cual *pueda* prestarle.

Así, lo moderno de esos dorados violentos, de esos muebles pesados y de esos cristales lisos era rechazado por la mirada de mi lírico amigo C… y por la mía.

Para nosotros, esos candelabros *eran* necesariamente de oro puro, y sus cincelados estaban firmados por un auténtico Quinze–Vingt, orfebre de nacimiento. Realmente, esos muebles sólo podían provenir de un tapicero luterano que se había vuelto loco a causa de sus terrores religiosos, reinando Luis XIII, ¿De quién vendrían estos cristales sino de un vidriero de Praga, depravado por algún amor pentesileo? Los cortinones de Damasco eran aquellas antiguas púrpuras, encontradas finalmente en Herculano, en el cofre de las velaria sagradas de los templos de Esculapio o de Palas. La crudeza, verdaderamente singular, del tejido se explicaba, si acaso, por la acción corrosiva de la tierra y de la lava, y –¡preciosa imperfección!–, lo hacía único en el mundo.

En cuanto a la mantelería, nuestra alma conservaba una duda sobre su origen. Existían motivos para pensar que eran muestras de sayales lacustres. Al menos no desesperábamos en encontrar, en los signos bordados en el hilo, los indicios de su origen acadio o troglodita. Quizás estábamos en presencia de los innumerables paños del sudario de Xisouthros, lavados y vendidos, por piezas, como manteles. Sin embargo, tras examinarlos debimos contentarnos con sospechar que tenían inscripciones cuneiformes de un menú redactado en el reinado de Nemrod; disfrutábamos ya de la sorpresa y de la alegría del señor Oppert, cuando se enterara de este reciente descubrimiento.

Luego, la Noche esparcía sus sombras, sus extraños efectos y sus medios tonos

sobre los objetos, reforzando la buena voluntad de nuestras convicciones y ensueños.

El café humeaba en las transparentes tazas;

C… consumía con deleite un habano y se envolvía en copos de humo blanco, como un semidiós en una nube.

El barón H… , con los ojos medio cerrados, tendido sobre un sofá, con un aire banal, un vaso de champagne en su pálida mano que caía sobre la alfombra, parecía escuchar con atención las prestigiosas cadencias del dúo nocturno (del *Tristán e Isolda* de Wagner), que Susannah interpretaba con mucho sentimiento, acentuando las modulaciones incestuosas. Antonie y Clío la Cendrée, abrazadas y radiantes, permanecían en silencio mientras sonaban los acordes lentamente ejecutados por esta buena intérprete.

Yo, encantado hasta el insomnio, también la escuchaba, junto al piano.

Esa noche, cada una de nuestras blancas acompañantes había elegido el terciopelo.

La entrañable Antonie, de ojos violetas, vestía de negro, sin un encaje. Pero al no estar orlada de línea de terciopelo de su vestido, sus hombros y su cuello destacaban duramente sobre la tela, como verdadero mármol.

Lucía un fino anillo de oro en su dedo meñique y tres engastes de zafiros brillaban en sus cabellos castaños, que caían, muy por debajo de su cintura, en dos rizadas trenzas.

Al preguntarle una augusta persona, una noche, si ella era «honesta»:

–Sí, Monseñor –había respondido Antonie–, honesta, en Francia, sólo es sinónimo de educada.

Clío la Cendrée, una exquisita rubia de ojos negros, ¡la diosa de la Impertinencia! (una joven desencantada que el príncipe Solt… había bautizado, a la rusa, vertiendo espuma de Roederer en sus cabellos), estaba vestida con un traje de terciopelo verde, bien ceñido, y un collar de rubíes le cubría el pecho.

Se citaba a esta joven criolla de veinte años como modelo de todas las virtudes reprendibles. Ella hubiera embriagado a los más austeros filósofos de Grecia y a los más profundos metafísicos de Alemania. Muchos dandys se habían prendado de ella hasta llegar a los duelos, a la letra de cambio o al ramo de violetas.

Volvía de Badén, donde había dejado cuatro o cinco mil luises en la mesa de juego, mientras reía como un niño.

Una vieja dama germana, por lo demás escuálida, escandalizada ante ese espectáculo, le había dicho, en el Casino:

–Señorita, tenga cuidado: a veces es necesario comer un trozo de pan, y usted parece olvidarlo.

–Señora –había respondido enrojeciendo la bella Clío–, gracias por el consejo. En cambio, aprenda que, para algunos, el pan siempre fue un prejuicio.

Annah, o más bien Susannah Jackson, la Circe escocesa, de cabellos más negros que la noche, de una mirada aguda como una sarisa, de pequeñas y ácidas frases, resplandecía, indolente, en su terciopelo rojo.

¡A ésta, no os la encontréis, joven extranjero! Se asegura que es como las arenas movedizas: desequilibra el sistema nervioso. Destila deseo. Una larga crisis enfermiza, irritante y loca sería vuestra suerte. Cuenta con diversos duelos entre sus recuerdos. Su tipo de belleza, del que está segura, enfebrece a los simples mortales hasta el frenesí.

Su cuerpo, aunque virginal, es como un oscuro lirio. Justifica su nombre que en antiguo hebreo significa, creo, esa flor.

Por muy refinado que te consideres (¡en una edad quizás aún tierna, joven extranjero!), si vuestra mala estrella permite que os encontréis en el camino de Susannah

Jackson, para tener vuestro retrato a la quincena siguiente, sólo tendremos que imaginarnos a un joven que, después de haberse alimentado durante veinte años consecutivos de huevos y leche, se ve sometido, de golpe, sin vanos preámbulos, a un régimen exasperante (¡continuado!) de especias muy picantes y de condimentos cuyo sabor ardiente y fino le estraga el gusto, lo rompe y lo enloquece.

La sabia encantadora se divertía, a veces, arrancando lágrimas de desesperación a viejos y hastiados lords, porque sólo el placer la seducía. Su proyecto, según algunos comentarios, es el de recluirse en una finca de un millón, a orillas del Clyde, con un hermoso joven al que irá matando, lánguidamente, para distraerse a su gusto.

El escultor C. B… , un día, bromeaba sobre un lunar que tiene junto a uno de sus ojos.

–El desconocido artista que ha tallado vuestro mármol –le decía– ha olvidado esa piedrecita.

–No habléis mal de tal piedrecita –respondió Susannah–: es la que hace caer en desgracia.

Era semejante a una pantera.

Cada una de estas mujeres llevaba, en la cintura, un antifaz de terciopelo, verde, rojo o negro, con dobles cintas de acero.

En cuanto a mí (si hay que hablar de este convidado), yo llevaba también una máscara; menos visible, eso es todo.

Como en el teatro, cuando desde un palco central se asiste, para no molestar a los vecinos –por cortesía, en una palabra–, a un drama de estilo fatigoso y cuyo tema os desagrada, así me comportaba yo por educación.

Lo cual no me impedía lucir alegremente una flor en la solapa, como buen caballero de la orden de la Primavera.

En aquel momento, Susannah abandonó el piano. Yo cogí un ramo de flores de la mesa y fui a ofrecérselo con ojos burlones.

–¡Sois una *diva!* –dije–. Llevad una de estas flores como homenaje a los amantes desconocidos.

Ella cogió un capullo de hortensia que colocó, con amabilidad, en su corsé.

–¡No leo cartas anónimas! –respondió poniendo el resto de mi *sélam* en el piano.

La profana y brillante criatura juntó sus manos en el hombro de uno de nosotros para retornar a su lugar, seguramente.

–¡Ah!, fría Susannah –le dijo C… riendo–, habéis venido, parece, al mundo con el único fin de recordarnos que la nieve quema.

Era, creo yo, uno de esos alambicados cumplidos que el final de una cena inspira y que, si tienen un significado real, es tan fino *como un cabello.* Nada está más cerca de la estupidez y, a veces, la diferencia es absolutamente invisible. Ante tan elegiaco propósito, comprendí que la llama de los cerebros comenzaba a apagarse y que era necesario reaccionar.

Como una chispa basta a veces para reavivar el fuego, resolví hacerla brotar, a toda costa, de nuestro taciturno convidado.

En ese momento, Joseph entró trayéndonos (¡rareza!) ponche helado, porque habíamos decidido emborracharnos como cubas.

Desde hacía un minuto, observaba al barón Saturno. Parecía impaciente, inquieto. Le vi mirar su reloj, dar un brillante a Antonie y levantarse.

–Por ejemplo, señor de lejanas regiones – exclamé, sentado a horcajadas en una silla

y entre dos bocanadas de humo del cigarro–, ¿no pensaréis dejarnos antes de una hora? ¡Parecería misterioso, y como usted sabe, eso es de mal gusto!

–Mil disculpas –me respondió–, pero se trata de un deber que no puede posponerse y que, por lo demás, no admite demora. Reciban ustedes mi agradecimiento por estos instantes tan agradables que acabo de pasar.

–¿Es entonces, realmente, un duelo? –preguntó, inquieta, Antonie.

–¡Bah! –exclamé yo, creyendo, efectivamente, en alguna querella de carnaval–, estoy seguro que exageráis la importancia de ese asunto. Vuestro hombre está bajo alguna mesa, dormido. Antes de realizar un cuadro semejante al de Géróme, en el que tendréis el papel de vencedor, el de Arlequín, enviad a la cita a un criado en lugar vuestro para que sepa si se os espera y, si es así, vuestros caballos sabrán recuperar el tiempo perdido.

–¡Cierto! –manifestó C… tranquilamente–. Cortejad a la hermosa Sussanah que se muere por vos, os ahorraréis un resfriado, y os consolaréis dilapidando uno o dos millones. Observad, escuchad y decidios.

–Señores, les confesaré que soy ciego y sordo tan a menudo como Dios me lo permite –dijo el barón Saturno.

Y acentuó esta ininteligible enormidad de manera que nos sumió en las más absurdas conjeturas. ¡A punto estuve de olvidar la chispa en cuestión! Estábamos mirándonos con una molesta sonrisa, sin saber qué pensar de esta «broma» cuando, de repente, no pude reprimir una exclamación: ¡acababa de recordar *dónde* había visto a este hombre por primera vez!

Y de pronto me pareció que los cristales, las caras, los cortinajes, y el festín nocturno se iluminaban con una luz maligna, una rojiza luz que surgía de nuestro invitado, semejante a algunos efectos teatrales.

–Señor –susurré a su oído–, perdonadme si me equivoco… pero, me parece haber tenido el *placer* de encontraros, hace cinco o seis años, en una gran ciudad del Mediodía –en Lyon, creo–, hacia las cuatro de la mañana, en una plaza pública.

Saturno levantó lentamente la cabeza y, observándome con atención:

–¡Ah! –dijo–, es posible.

–¡Sí! –continué mirándole fijamente–. ¡Esperad!, también había, en esa plaza, un objeto muy melancólico, a cuyo espectáculo me había dejado llevar por dos amigos estudiantes y que prometí no volver a contemplar nunca más.

–¡Cierto! –dijo el señor Saturno–. ¿Y cuál era ese objeto, si no es indiscreción?

–A fe mía, si no recuerdo mal, señor, era como un cadalso, ¡una guillotina! ¡Ahora estoy seguro!

Estas palabras fueron intercambiadas en voz baja, muy baja, entre ese señor y yo. C… y las señoras charlaban en la sombra muy cerca del piano.

–¡Eso es!, ya me acuerdo –añadí levantando la voz–. ¿Eh?, ¿qué piensa usted?, ¿lo recuerda? Aunque pasasteis muy rápidamente ante mí, vuestro carruaje, rebasado durante un instante por el mío, me permitió veros a la luz de las antorchas. La circunstancia grabó vuestro rostro en mi mente. Tenía, entonces, exactamente la misma expresión que observo ahora en vuestro semblante.

–¡Ah! ¡Ah! –respondió Saturno–, ¡es cierto! ¡Es, a fe mía, de una exactitud sorprendente, os lo confieso!

La estridente risa de este señor me sugirió la sensación de un par de tijeras cortando el cabello.

–Entre otros –continué–, un detalle me llamó la atención. Os vi desde lejos,

descender hacia el lugar en el que estaba situado el cadalso… y, a no ser que me haya equivocado en el parecido…

–No os habéis equivocado, *querido* señor, efectivamente, era yo –respondió.

Al decir esto, sentí que la conversación se había tornado glacial y que, por consiguiente, tal vez yo faltaba a la estricta cortesía que un verdugo de tan extraña índole tenía derecho a exigirnos. Buscaba, pues, una banalidad para cambiar de pensamiento que nos envolvían a ambos, cuando la bella Antonie se apartó del piano diciendo con indolencia:

–A propósito, señoras y señores, ¿saben que hay, esta mañana, una ejecución?

–¡Ah!… –exclamé, extrañamente agitado por estas palabras.

–Se trata del pobre doctor de la P… –continuó tristemente Antonie–; hace tiempo me curó. Por mi parte, solamente lo censuro por haberse defendido ante los jueces, le creí con más estómago. Cuando la suerte está echada de antemano, me parece que hay que reírse, en la nariz de esos golillas. El señor de la P… se olvidó de ello.

–¡Cómo! ¿Es hoy? ¿Definitivamente? –pregunté esforzándome en hablar con voz indiferente.

–¡A las seis, hora fatal, señoras y señores!… –respondió Antonie–. Ossian, el hermoso abogado, el preferido de Saint–Germain, vino ayer por la noche, a anunciármelo, para cortejarme a su manera. Lo había olvidado. Parece que han traído a un extranjero (!) para ayudar al Verdugo de París, habida cuenta de la solemnidad del proceso y de la distinción del culpable.

Sin percibir lo absurdo de estas últimas palabras, me volví hacia el señor Saturno. Estaba de pie ante la puerta, envuelto en un gran abrigo negro, sombrero en mano, con aspecto oficial.

¡El ponche me había embotado el cerebro! Para decirlo todo, yo tenía ideas belicosas. Temiendo haber cometido, al invitarle, lo que creo se llama en estilo parisiense una «pifia», la persona del intruso (fuera quien fuera) se me hacía insoportable y a duras penas podía contener mi deseo de hacérselo saber.

–Señor barón –le dije sonriendo–, ante vuestras singulares sugerencias, ¿no tendríamos derecho a preguntaros si no sois, en cierto modo, como la Ley, «ciego y sordo tan a menudo como Dios os lo permite»?

Se acercó a mí, se inclinó con un aire agradable y me respondió en voz baja:

–¡Pero cállese, hay señoras!

Saludó a todos y salió, dejándome mudo, un tanto tembloroso y sin poder dar crédito a mis oídos.

Permítame, lector, unas palabras. Cuando Stendhal quería escribir una historia de amor un tanto sentimental, tenía la costumbre, como ya es sabido, de releer antes una media docena de páginas del Código penal para –decía él– coger el tono. Por mi parte, al metérseme en la cabeza escribir algunas historias, yo encontré más práctico, tras una madura reflexión, frecuentar lisa y llanamente, por la noche, uno de los cafés del paseo de Choiseul, donde el difunto señor X… , antiguo verdugo de París, iba a jugar de incógnito, casi todos los días, su partida de imperial. Me parecía un hombre tan bien educado como cualquier otro; hablaba en voz muy baja, pero muy clara, con una benigna sonrisa. Yo me sentaba en una mesa cercana y me divertía un poco con él cuando, llevado por la pasión del juego, exclamaba bruscamente: «¡Corto!» sin malicia alguna. Recuerdo que allí escribí mis más *poéticas* inspiraciones, utilizando una expresión burguesa. Por tanto, yo estaba cargado de la intensa sensación de convenido horror que provocan en los transeúntes esos señores

vestidos con un traje corto.

Era extraño que me sintiera, en ese momento, bajo la impresión de un sobrecogimiento tan intenso, puesto que nuestro convidado casual acababa de declararse uno de ellos.

C… , que se había aproximado a nosotros mientras nos dirigíamos las últimas palabras, me golpeó levemente en el hombro.

–¿Has perdido la cabeza? –me preguntó.

–¡Habrá recibido una gran herencia y solamente ejerce mientras espera un sustituto… ! –murmuraba yo, muy excitado por los vapores del ponche.

–¡Vamos! –dijo C… –. ¿Acaso supones que él tenga, realmente, algo que ver con la ceremonia?

–Entonces, ¿has captado el significado de nuestra charla? –le dije en voz muy baja–: ¡corta pero instructiva! ¡Este señor es un simple verdugo!, belga probablemente. Es el extranjero que Antonie mencionaba hace un momento. Sin su presencia de ánimo, yo hubiera sufrido tal contrariedad que habría aterrado a estas jóvenes.

–¡Venga ya! –exclamó C… –, ¿un verdugo con una indumentaria de treinta mil francos?, ¿que regala diamantes a su acompañante?, ¿que cena en la Maison Dorée la víspera de prodigar sus cuidados a un cliente? Desde tus visitas al café de Choiseul ves verdugos por todas partes. ¡Bebe una copa de ponche! Tu señor Saturno es un pésimo bromista, ¿sabes?

Ante estas palabras, me pareció que la lógica, sí, que la fría razón estaba del lado de este querido poeta. Muy contrariado, tomé a toda prisa mis guantes y mi sombrero y me dirigí rápidamente al umbral, murmurando:

–Bien.

–Tienes razón –dijo C…

–Esta pesada broma ha durado demasiado tiempo –añadí mientras abría la puerta del salón–. Si alcanzo a ese fúnebre mistificador, juro que…

–Un momento: juguemos a ver quién *pasará primero* –dijo C…

Yo iba a responder adecuadamente y a desaparecer cuando, a mis espaldas, una voz alegre y muy conocida exclamó bajo la levantada cortina:

–¡Inútil! Quedaos, mi buen amigo.

En efecto, nuestro ilustre amigo, el pequeño doctor Florian Les Eglisottes, había entrado mientras pronunciábamos nuestras últimas palabras: estaba delante de mí, dando saltitos, con su witchoura cubierta de nieve.

–Querido doctor –le dije–, en un momento estoy con usted, pero…

Él me retuvo.

–Cuando le haya contado la historia del hombre que salía de este salón al llegar yo –continuó–, le apuesto que no se preocupará ya en pedirle cuentas de sus ocurrencias. Por otra parte, es demasiado tarde, su coche le ha llevado ya muy lejos de aquí.

Pronunció estas palabras en un tono tan extraño que me detuvo definitivamente.

–Veamos esa historia, doctor –dije sentándome tras un momento de duda–. Pero, pensadlo, Les Eglisottes: respondéis de mi inactividad y asumís la responsabilidad.

El príncipe de la Ciencia posó en un rincón su bastón con empuñadura de oro, besó galantemente, con la punta de sus labios, los dedos de nuestras tres bellas desconcertadas, se sirvió un poco de madeira y, en medio de un silencio fantástico provocado por el incidente –y por su propia entrada–, comenzó a hablar en estos términos:

–Comprendo toda la aventura de esta noche. ¡Estoy tan al corriente de todo lo que

acaba de suceder como si hubiera estado con ustedes… ! Lo que les ha ocurrido, sin ser precisamente alarmante, es, a pesar de todo, algo que hubiera podido serlo.

–¿Cómo? –dijo C…

–Este señor es, efectivamente, el barón de H… ; él pertenece a una importante familia alemana; es millonario, pero…

El doctor nos miró:

–¡Pero el prodigioso caso de alienación mental que le aqueja, constatado por las Facultades de Medicina de Munich y de Berlín, representa la más extraordinaria y más incurable de todas las monomanías registradas hasta hoy! –terminó el doctor con el mismo tono que hubiese empleado en un curso de fisiología comparada.

–¡Un loco! ¿Qué significa eso, Florián, qué quieres decir? –murmuró C… yendo a echar el cerrojo de la puerta.

Las damas, ante esta revelación, dejaron de sonreír.

En cuanto a mí, creía en realidad estar soñando, desde hacía unos minutos.

–¡Un loco! –exclamó Antonie–; pero me parece que a esas personas se las encierra. ¿No?

–Creía haber explicado que nuestro caballero es varias veces millonario –replicó muy serio Les Eglisottes–. Es él, pues, mal que os pese, quien hace encerrar a los demás.

–Y ¿cuál es su manía? –preguntó Susannah–. Les prevengo que a mí me parece muy simpático.

–¡Quizá dentro de unos momentos, señora, su opinión no sea la misma! –continuó el doctor después de encender un cigarrillo.

El lívido amanecer teñía los cristales, las velas amarilleaban, el fuego se extinguía; lo que escuchábamos nos producía la sensación de una pesadilla. El doctor no era dado a la mistificación: lo que él decía debía ser tan fríamente real como la máquina levantada lejos, en la plaza.

–Parece –continuó entre dos sorbos de madeira– que en cuanto llegó a la mayoría de edad, este joven se embarcó hacia las Indias orientales; viajó mucho por los países asiáticos. Allí comienza el profundo misterio que esconde el origen de su accidente. El asistió, durante algunas revueltas en Extremo Oriente, a los rigurosos suplicios que las leyes que rigen esos países, aplican a los rebeldes y a los culpables. Al principio, sin duda, debió de asistir por simple curiosidad de viajero. Pero, ante aquellos suplicios, se podría decir que surgieron en él los instintos de una crueldad que supera las capacidades de comprensión conocidas, y turbaron su cerebro, envenenaron su sangre y finalmente lo transformaron en el ser singular en que se ha convertido. Figuraos que gracias al dinero, el barón H… penetró en las viejas prisiones de las principales ciudades de Persia, de Indochina y del Tibet y que obtuvo varias veces de los gobernadores el derecho a sustituir a los ejecutores orientales para ejercer por sí mismo las funciones de verdugo. ¿Conocen el episodio de las cuarenta libras de ojos arrancados que llevaron, en dos bandejas de oro, al sha Nasser–Eddin, el día que entró solemnemente en una ciudad que se había sublevado? El barón, vestido como los hombres de la región, fue uno de los más ardientes ejecutores de tamaña atrocidad. El ajusticiamiento de los dos jefes de la rebelión fue de un horror aún mayor. Primero fueron condenados a que se les arrancaran sus dientes con tenazas, y luego que les incrustasen esos mismos dientes en sus cabezas, rasuradas para tal fin, y todo esto de manera que formasen las iniciales persas del glorioso nombre del sucesor de Feth–Ali–sha. Fue también nuestro aficionado quien, por un saco de rupias, consiguió ejecutarlos él mismo con la acompasada torpeza que le caracteriza. [Una simple pregunta:

¿quién es más insensato, el que ordena tales suplicios o aquél que los lleva a cabo? ¿Se escandalizan? ¡Bah! Si el primero de estos dos hombres se dignase a venir a París, nos honraríamos en preparar fuegos artificiales y ordenaríamos que las banderas de nuestros ejércitos se inclinasen a su paso, todo en nombre de los «Inmortales principios del 89». Así pues, sigamos.] Si hay que creer en los informes de los capitanes Hobbs y Egginson, los refinamientos que su creciente monomanía le inspiró en esas ocasiones sobrepasaron, con toda la altura del Absurdo, las de Tiberio y de Heliogábalo, y todas aquéllas que se mencionan en los falsos humanos. Porque –añadió el doctor– no se puede igualar *en perfección* a un loco en aquello en que desvaría.

El doctor Les Eglisottes se detuvo y nos contempló, uno a uno, con un aire burlón.

Prestábamos tanta atención a este discurso que habíamos dejado apagar nuestros cigarros.

– Una vez de regreso a Europa –continuó el doctor–, el barón H… , cansado ya hasta el punto de pensar en su curación, cayó de nuevo en su calenturienta fiebre. Sólo tenía un sueño, uno solo, más mórbido, más glacial que todas las abyectas imaginaciones del marqués de Sade: era, sencillamente, el de recibir el nombramiento de Verdugo GENERAL de todas las capitales de Europa. Pensaba que las buenas tradiciones y la habilidad periclitaban en esta rama artística de la civilización; que, como se dice, había peligro en la espera, y, valiéndose de los servicios que había prestado en Oriente (escribía en las peticiones que a menudo ha enviado), esperaba (si los soberanos se dignaban honrarle con su confianza) arrancar a los prevaricadores los chillidos más modulados que jamás hayan escuchado los oídos de un magistrado bajo las bóvedas de un calabozo. (¡Mire!, cuando se habla de Luis XVI delante de él, su ojo se ilumina y refleja un extraordinario odio de ultratumba: Luis XVI fue, ciertamente, el soberano que creyó en la abolición de la tortura previa, y probablemente sea este monarca la única persona que el señor H… haya odiado.)

«Como os figuráis, siempre fracasó en sus peticiones, y sólo gracias a las gestiones de sus herederos no se le ha encerrado como merece. En efecto, unas cláusulas del testamento de su padre, el difunto barón de H..,, obligan a la familia a evitar su muerte civil a causa de los enormes perjuicios económicos que tal muerte produciría a sus parientes. Viaja, pues, libremente. Mantiene excelentes relaciones con todos esos señores de la Justicia capital. Por todas las ciudades por donde pasa, su primera visita es para ellos. Con frecuencia les ha ofrecido enormes sumas de dinero para que lo dejen operar, en su lugar, y yo creo, entre nosotros –añadió el doctor guiñando un ojo–, que en Europa, ha decapitado a algunos.

»Aparte de estas actividades, se puede decir que su locura es inofensiva, puesto que sólo la ejerce sobre personas designadas por la Ley. Exceptuando su alienación mental, el barón de H… tiene fama de ser un hombre de costumbres apacibles e, incluso, agradables. De vez en cuando, su ambigua mansedumbre produce, quizás, escalofríos en la espalda, como suele decirse, a los íntimos que están al corriente de su terrible manía, pero eso es todo.

»Sin embargo, habla a menudo de Oriente con pena y debe de volver constantemente, la privación del diploma de Torturador en jefe del globo lo ha sumido en una negra melancolía. Imagínense los ensueños de Torquemada o de Arbuez, de los duques de Alba o de York. Su monomanía empeora de día en día. Igualmente, cuando se presenta una ejecución, emisarios secretos le advierten de ello; ¡antes incluso que a los mismos verdugos! Corre, vuela, devora la distancia, su lugar está reservado al pie de la máquina. Allí debe de estar en este momento en que os hablo: no dormiría tranquilo si no hubiera

obtenido la última mirada del condenado.

»Este es, señoras y señores, el caballero con el que habéis tenido la suerte de compartir esta noche. Añadiré que, alejado de su demencia y en sus relaciones con la sociedad, es un hombre de mundo verdaderamente irreprochable y el más agradable conversador, el más divertido, el más… »

–¡Basta, doctor!, ¡por favor! –exclamaron Antonie y Clío la Cendrée, a quienes la estridente y sardónica jovialidad de Florián había impresionado extraordinariamente.

–¡Pero es el chichisbeo de la Guillotina – murmuró Susannah–: es el *dilettante* de la Tortura!

–Realmente, si no os conociera, doctor… – balbuceó C…

–¿No lo creeríais? –interrumpió Les Eglisottes–. Tampoco yo lo creí durante largo tiempo; pero, si queréis, podemos ir allí. Justamente tengo mi tarjeta; podremos llegar hasta él a pesar de la barrera de la caballería. Sólo les pediría que observasen su rostro durante el cumplimiento de la sentencia, tras lo cual no dudarán más.

–¡Muchas gracias por la invitación! –exclamó C… –; prefiero creeros, a pesar del absurdo verdaderamente misterioso del hecho.

–¡Ah!, ¡es que vuestro barón es un tipo!… –continuó el doctor mientras atacaba una pirámide de cangrejos que milagrosamente había permanecido intacta.

Luego, al vernos a todos taciturnos: –¡No hay que extrañarse ni afectarse en modo alguno por mis confidencias sobre este tema! –dijo–. Lo que constituye el horror del asunto es la *particularidad* de la monomanía. En cuanto al resto, un loco es un loco, nada más. Lean a los alienistas: encontrarán allí casos de una rareza casi sorprendente; y les juro que nos codeamos durante el día, a cada momento, sin sospechar nada, con enfermos semejantes.

–Mis queridos amigos –concluyó C… tras un momento de general estupor–, confieso que yo no sentiría, ninguna repugnancia en chocar mi copa con la que me tendiera un brazo secular, como se decía en aquel tiempo en que los ejecutores podían ser religiosos. No buscaría la ocasión, pero si se me presentara, os diría sin exagerar (y Les Eglisottes me comprenderá) que el aspecto o la compañía de quienes ejercen las funciones capitales no me impresionaría en absoluto. Nunca he comprendido muy bien los efectos de los melodramas a este respecto.

»Pero contemplar a un hombre que cae en la demencia, porque no puede realizar *legalmente* este oficio, ¡ah!, esto, por ejemplo, sí me impresiona. Y no dudo en declararlo: si hay, en la Humanidad, almas escapadas del Infierno, la de nuestro convidado de esta noche es una de las peores que se pudiera encontrar. Aunque le llaméis loco, esto no explica su original naturaleza. Un verdugo real me resultaría indiferente; ¡nuestro horrible maniaco me hace temblar con un indefinible terror!»

El silencio que acogió las palabras de C… fue tan solemne como si la Muerte hubiera dejado entrever, repentinamente, su calva cabeza entre los candelabros.

–Me siento algo indispuesta –dijo Clío la Cendrée con una voz entrecortada por el frío de la aurora y por la sobreexcitación nerviosa–. No me dejéis sola. Venid a mi casa. Intentemos olvidar esta aventura, señores y amigos; vengan: hay baños, caballos y habitaciones para dormir. (Apenas sabía lo que decía.) Está situada en medio del Bois, llegaremos en veinte minutos. ¡Compréndanme, se lo ruego! La imagen de ese hombre me pone enferma y, si estuviera sola, temería verle entrar repentinamente, con una lámpara en la mano, iluminando su insulsa y terrorífica sonrisa.

–¡Ésta ha sido, en verdad, una noche enigmática! –dijo Susannah Jackson.

Les Eglisottes se limpiaba los labios, satisfecho, tras haber terminado el plato de cangrejos.

Llamamos: Joseph apareció. Mientras arreglábamos cuentas con él, la Escocesa, acariciándose las mejillas con una pequeña pluma de cisne, murmuró, tranquilamente, cerca de Antonie:

–¿No tienes nada que decir a Joseph, pequeña Isolda?

–Sí, cierto –respondió la bonita y pálida criatura–, ¡lo has adivinado, loca! Luego, volviéndose al encargado: –Joseph –continuó ella–, tomas este anillo: el rubí es demasiado intenso para mí. ¿No es así, Suzanne? Todos esos brillantes dan la impresión de que lloran alrededor de esta gota de sangre. Haréis que la vendan y entregaréis lo que os den por ella a los mendigos que pasen por delante de esta casa.

Joseph cogió el anillo, se inclinó con ese saludo sonámbulo del que sólo él posee el secreto y salió para llamar a los coches mientras las damas terminaban de arreglarse, se envolvían en sus largos dóminos de raso negro y se ponían nuevamente sus máscaras. Dieron las seis.

–Un momento –dije señalando el péndulo–: esta hora nos hace a todos un poco cómplices de la locura de ese hombre. Seamos más indulgentes con ella. ¿No somos, en este mismo momento, de una barbarie casi tan tétrica como la suya?

Ante tales palabras, permanecimos todos de pie, en un gran silencio.

Susannah me miró tras su máscara: tuve la sensación de una luz acerada. Volvió la cabeza y abrió rápidamente una ventana.

A lo lejos, todos los campanarios de París daban la hora.

A la *sexta* campanada, todo el mundo se estremeció profundamente, y yo miré, pensativo, la cabeza de un demonio, de rasgos crispados, que sostenía, en un alzapaño, las sangrientas ondulaciones de los cortinones rojos.

La impaciencia de la multitud

Al señor Víctor Hugo

Hombre, ve a decir a Lacedemonia
que aquí hemos muerto
por obedecer sus santas leyes.
Simonides

La gran puerta de Esparta, con su batiente pegado a la muralla como un escudo de bronce apoyado en el pecho de un guerrero, se abría ante el Taygeto. La polvorienta pendiente del monte enrojecía con fríos fuegos un atardecer de los primeros días del invierno, y la árida ladera enviaba a las murallas de la ciudad de Heracles la imagen de un sacrificio ofrecido en una profunda noche cruel.

Por encima del cívico portal, el muro se erguía pesadamente. En la nivelada cumbre había una multitud, roja por el atardecer. Las luces de hierro de las armaduras, las jabalinas, los carros, las puntas de las lanzas brillaban con la sangre del astro. Únicamente los ojos de esa multitud estaban sombríos: contemplaban fijamente, con miradas agudas como jabalinas, la cima del monte, de donde se esperaba alguna gran noticia.

La víspera, los Trescientos habían marchado con el rey. Coronados con flores, partieron al festín de la Patria. Quienes tenían que cenar en los infiernos habían peinado sus cabelleras por última vez en el templo de Licurgo. Después, los jóvenes, tras coger los

escudos y golpearlos con sus espadas, entre los aplausos de las mujeres, habían desaparecido en la aurora mientras cantaban versos de Tirteo… Ahora, sin duda, las altas hierbas del Desfiladero rozaban sus desnudas piernas, como si la tierra que iban a defender quisiera todavía acariciar a sus hijos antes de recogerlos en su verdadero seno.

Por la mañana, el fragor de las armas, traído por el viento, y los gritos triunfales, habían confirmado los informes de los desperdigados pastores. Los Persas habían retrocedido dos veces, en una inmensa derrota, dejando a diez mil Inmortales sin sepultura. ¡La Lócrida había visto tales victorias! Tesalia se sublevaba. Tebas misma se había despertado ante tal ejemplo. Atenas había enviado sus legiones y se armaba bajo las órdenes de Milcíades; siete mil soldados reforzaban la falange laconiana.

Pero he aquí que entre los cantos de gloria y las plegarias en el templo de Diana, los cinco Eforos se miraron, después de haber escuchado a los mensajeros llegados de improviso. Inmediatamente, el Senado había dado órdenes de defender la Ciudad. De ahí esos apresurados atrincheramientos, porque la orgullosa Esparta tenía a sus ciudadanos como única fortificación.

Una sombra había desvanecido todas las alegrías. Ya no daban crédito a los discursos de los pastores; de golpe, olvidaron las sublimes noticias como si fueran fábulas. Los sacerdotes se habían estremecido. Iluminados por la llama de los trípodes, los brazos de los augures se habían alzado invocando a las divinidades infernales. Inmediatamente, se dijeron breves y terribles palabras. Y se hizo salir a las vírgenes porque se iba a pronunciar el nombre de un traidor. Sus largos vestidos pasaron sobre los Ilotas, tumbados, borrachos de vino negro, y cuando atravesaron las escalinatas de los pórticos, caminaron por encima de ellos sin percibirlos.

Entonces resonó la desesperada noticia.

Alguien había mostrado a los enemigos un paso secreto en la Fócida. Un pastor mesenio había vendido la tierra de Hélade. Efialtes[1] había vendido la madre patria a Jerjes. Y la caballería persa, a cuyo frente resplandecían las armaduras de oro de los sátrapas, invadían ya el suelo de los dioses, hollaban los pies de la nodriza de los héroes. ¡Adiós, templos, moradas de los antepasados, llanuras sagradas! Ellos, los pálidos y afeminados, vendrán con cadenas, y escogerán a sus esclavos entre tus hijas, ¡oh Lacedemonia!

Cuando los ciudadanos se dirigieron a la muralla, al ver el aspecto de la montaña, creció la consternación.

El viento se lamentaba en los rocosos barrancos, entre los pinos que se plegaban y se rompían, confundiendo sus desnudas ramas, semejantes a los cabellos de una cabeza inclinada hacia atrás con horror. La Gorgona, cuyos velos parecían moldear su rostro, corría por entre las nubes. Y la multitud, color de incendio, se amontonaba en los huecos para contemplar la áspera desolación de la tierra bajo la amenaza del cielo. Sin embargo, este gentío de severas bocas se condenaba al silencio a causa de las vírgenes. No había que agitar su seno ni angustiar su sangre con acusadoras impresiones hacia un hombre de la Hélade. Pensaban en los futuros niños.

La impaciencia, la decepcionante espera, la incertidumbre del desastre aumentaban la angustia. Cada uno intentaba empeorar aún más su futuro, y la proximidad de la destrucción les parecía inminente.

¡Seguramente, la vanguardia de los ejércitos aparecería al atardecer! Algunos creían ver en los cielos y cortando el horizonte, el reflejo de la caballería de Jerjes, incluso su carro. Los sacerdotes, aguzando el oído, distinguían unos clamores venidos del norte

–decían–, a pesar del viento de los mares meridionales que agitaba sus mantos.

Las balistas rodaban, tomando posiciones; se tensaban sus escorpiones y los montones de dardos eran depositados junto a las ruedas. Las niñas preparaban las brasas para hacer hervir la pez; los veteranos, revestidos con sus armaduras, calculaban, con los brazos cruzados, el número de enemigos que abatirían antes de morir; iban a fortificar las puertas, pues Esparta no se rendiría, ni siquiera si era tomada al asalto; se calculaban los víveres, se aconsejaba el suicidio a las mujeres, se consultaba unas entrañas abandonadas que humeaban aquí y allá.

Como había que pasar la noche en la muralla por temor a un posible ataque sorpresa de los Persas, el llamado Nogacles, el cocinero de los guardias, una especie de magistrado, preparaba, en la misma muralla, el público sustento. De pie, junto a un enorme tonel, manejaba su pesada maza de piedra y, mientras aplastaba distraídamente el grano en la leche salada, también él miraba, preocupado, la montaña.

Todos esperaban. Ya se insinuaban infames sugerencias sobre los combatientes. La desesperación de la masa es calumniosa; y los hermanos de aquéllos que desterrarían un día a Arístides, Temístocles y a Milcíades no soportaban, sin furor, su preocupación. Pero entonces, unas mujeres muy viejas sacudían la cabeza mientras trenzaban sus grandes cabelleras blancas. Ellas estaban seguras de sus hijos y guardaban la orgullosa tranquilidad de las lobas que han dejado de amamantar.

Una brusca oscuridad invadió el cielo; no eran las sombras de la noche. Una inmensa bandada de cuervos apareció, surgida de las profundidades del sur, y pasó sobre Esparta con terribles gritos de alegría; cubrían el espacio ensombreciendo la luz. Se posaron en todas las ramas de los árboles sagrados que rodeaban el Taygeto. Allí permanecieron, vigilantes, inmóviles, con el pico orientado hacia el norte y los ojos encendidos.

Se oyó una clamorosa y estruendosa maldición que los persiguió. Las catapultas retumbaron al enviar una andanada de piedras cuyos choques sonaron tras mil silbidos y restallaron al penetrar en los árboles.

Intentaron asustarlos tendiéndoles el puño o elevando los brazos al cielo. Ellos permanecieron impasibles, como si un divino olor de héroes muertos les hubiera fascinado, y no abandonaron las ramas, que se doblaban bajo su peso.

Ante esta aparición, las madres se estremecieron en silencio.

Ahora las vírgenes se preocuparon. Les habían entregado las hojas santas, colgadas desde hacía siglos en los templos. «¿Para quién estas espadas?» –preguntaban. Y sus miradas, aún tiernas, iban del reflejo de las armas a los fríos ojos de quienes las habían engendrado. Les sonreían por respeto, les dejaban en la incertidumbre de las víctimas; en el último momento les dirían que esas espadas eran para ellas.

De repente, los niños gritaron. Sus ojos habían distinguido algo en la lejanía. Allá, en la ahora azulada cima del desierto monte, un hombre, impulsado por el viento de una fuga anterior, se dirigía hacia la Ciudad.

Todas las miradas convergieron en él.

Venía con la cabeza baja, con el brazo extendido hacia una especie de bastón ramoso –cortado apresuradamente, sin duda–, que sostenía su carrera hacia la puerta espartana.

Ahora, cuando llegó a la zona en que el sol lanzaba sus últimos rayos hacia el centro del monte, se podía distinguir su gran manto enrollado alrededor de su cuerpo; el hombre debía de haberse caído en el camino, porque su manto y su bastón estaban completamente manchados de fango. No podía ser un soldado: no tenía escudo.

Un triste silencio acogió esta visión.

–¿De qué horrible lugar huía? ¡Mal presagio!

–Tal carrera no era digna de un hombre. ¿Qué querría?

–¿Refugio?… ¿Lo perseguían? ¿El enemigo? ¡Ya! ¡ya!…

En el momento en que la oblicua luz del agonizante astro lo iluminó de la cabeza a los pies, pudieron ver las canilleras.

Una oleada de furor y de vergüenza trastornó los pensamientos. Olvidaron la presencia de las vírgenes, que se tornaron siniestras y más blancas que auténticos lirios.

Resonó un nombre, escupido por el terror y el estupor general. ¡Era un Espartano!, ¡uno de los Trescientos! Lo reconocían. ¡Él!, ¡era él! ¡Un soldado de la ciudad que había arrojado su escudo! ¡Qué huía! ¿Y los otros? ¿También ellos, los valientes, se habían dado a la fuga? Y la ansiedad crispaba los rostros. Ver a ese hombre equivalía a contemplar la derrota. ¡Ah!, ¡por qué esconder por más tiempo tan inmensa desgracia! ¡Habían huido! ¡Todos!… ¡Lo seguían! ¡Aparecerían de un momento a otro!… ¡Perseguidos por los jinetes persas! Y el cocinero, poniéndose la mano sobre los ojos, exclamó que los veía en la bruma…

Un grito acalló todos los rumores. Acababa de ser lanzado por un viejo y una anciana. Ambos, escondiendo sus prohibidos rostros, habían pronunciado esas horribles palabras: «¡Mi hijo!»

Entonces se elevó un huracán de alaridos. Los puños se alzaron hacia el fugitivo.

–Te equivocas. Aquí no está el campo de batalla.

–No corras tanto. Cuídate.

–¿Compran a buen precio los Persas los escudos y las espadas?

–Efialtes es rico.

–¡Ten cuidado a tu derecha! Los huesos de Pelops, de Heracles y, de Pólux están bajo tus pies. ¡Maldición! Vas a despertar a los manes del Antepasado, pero él estará orgulloso de ti.

–¡Mercurio te ha prestado las alas de sus pies! ¡Por la laguna Estigia, que ganarás el premio en las Olimpíadas!

El soldado parecía no oír y seguía corriendo hacia la Ciudad.

Y como no respondía ni se detenía, se exasperaron aún más. Las injurias fueron espantosas. Las muchachas observaban con estupor.

Y los sacerdotes:

–¡Cobarde! ¡Estás manchado de barro! ¡Tú no has abrazado a la tierra natal; tú la has mordido!

–¡Viene hacia la puerta! ¡Ah! ¡Por los dioses infernales! ¡No entrarás!

Millares de brazos se levantaron.

–¡Atrás! ¡Te espera el báratro![2] Si no… ¡Atrás! ¡No queremos tu sangre en nuestros abismos!

–¡Al combate! ¡Vuelve!

–Teme las sombras de los héroes a tu alrededor.

–¡Los Persas te darán coronas y liras! ¡Vete a amenizar sus festines, esclavo!

Ante tal palabra, las jóvenes Lacedemonias inclinaron sus frente sobre el pecho, y, apretando en sus brazos las espadas portadas por los reyes libres en remotas épocas, vertieron silenciosas lágrimas.

Ellas enriquecían, con sus heroicos llantos, la ruda empuñadura de las espadas. Por la patria, todo lo comprendían y se consagraban a la muerte.

De pronto, una de ellas, esbelta y pálida, se aproximó a la muralla: le abrieron paso. Era la que iba a ser, un día, la esposa del fugitivo.

–¡No mires, Semeis!… –le gritaron sus compañeras.

Pero ella observó al hombre y, tras coger una piedra, la lanzó contra él.

La piedra alcanzó al desgraciado: éste alzó los ojos y se detuvo. Y entonces pareció que un temblor lo agitaba. Su cabeza volvió a caer sobre su pecho después de haberla levantado un momento.

Dio la impresión de que soñaba. ¿En qué?

Los niños lo observaban; las madres, mientras se lo señalaban, les hablaban en voz baja.

El enorme y belicoso cocinero interrumpió su labor y abandonó su maza. Una especie de cólera sagrada le hizo olvidarse de sus deberes. Se alejó del tonel y se colgó de un vano de la muralla. Luego, juntando todas sus fuerzas e hinchando sus carrillos, el veterano escupió al tránsfuga. Y el viento que soplaba llevó, cómplice de tan santa indignación, la infame espuma hasta la frente del miserable.

Resonó una exclamación aprobando tan enérgica muestra de ira.

Se habían vengado.

El soldado, pensativo, apoyado en su bastón, contemplaba fijamente la abierta entrada de la Ciudad.

A la señal de un jefe, la pesada puerta se interpuso entre él y el interior de las murallas y se encajó entre las dos masas de granito.

Entonces, ante la puerta cerrada que lo proscribía para siempre, el fugitivo cayó hacia atrás, estirado, tendido en la montaña.

En ese mismo instante, con el crepúsculo y ocaso del sol, los cuervos se precipitaron hacia ese hombre; esta vez los aplaudieron y su velo criminal lo ocultó súbitamente de los ultrajes de la masa humana.

Luego cayó el rocío de la noche que humedeció el polvo a su alrededor.

Al amanecer, sólo quedaban del hombre algunos huesos dispersos.

Así murió, con el alma loca por la única gloria que los dioses envidian y con los párpados piadosamente cerrados para que el aspecto de la realidad no estropease con alguna vana tristeza la sublime concepción que tenía de la Patria; así murió, sin palabras, apretando en su mano la palma fúnebre y triunfal y solamente separado de su barro natal por el manto púrpura de su sangre, el augusto guerrero elegido, a causa de sus mortales heridas, como mensajero de la Victoria por los Trescientos, quienes, tras haber lanzado su escudo y su espada a los torrentes de las Termópilas, lo empujaron hacia Esparta, lejos del Desfiladero, persuadiéndolo de que debía utilizar sus últimas fuerzas para salvar a la República; así desapareció en la muerte, aclamado o no por aquellos por quienes él perecía, EL ENVIADO DE LEONIDAS[3].

[1] Efialtes: Pastor que comunicó a los persas el paso secreto secreto, gracias al cual pudieron atacar por la espalda a los espartanos de Leónidas que defendían el paso de las Termópilas.

[2] Báratro: La ejecución.

[3] El autor mezcla dos acontecimientos históricos: por un lado, la gesta del soldado ateniense que corrió hasta dicha ciudad para comunicar el triunfo de Maratón sobre el ejército persa. Por el otro, la heroica resistencia de Leónidas, rey de Esparta, y sus trescientos hoplitas en el desfiladero de las Termópilas ante el ejército del persa Jerjes.

El secreto de la antigua música

Al señor Richard Wagner

Era día de audición en la Academia nacional de Música. En las altas instancias se habla decidido el estudio de una obra de cierto compositor alemán (cuyo nombre, olvidado desde entonces, felizmente se nos escapa); y tal maestro extranjero, si había que creer en diversos memoranda publicados por la Revue de Deux Mondes, ¡era nada menos que el creador de una música «nueva»!

Así pues, los músicos de la Ópera se encontraban reunidos para poner, como suele decirse, las cosas en claro y descifrar la partitura del presuntuoso innovador.

El momento era grave. El director de la Academia apareció en escena y entrego al director de orquesta la voluminosa partitura en litigio. Éste la abrió, la leyó, se estremeció y declaró que la obra le parecía inejecutable en la Academia de Música de París.

–Explíquese –dijo el director de la Academia.

–Señores –respondió el director de orquesta–, Francia no podría responsabilizarse de truncar, por una defectuosa interpretación, el pensamiento de un compositor… sea cual sea su nacionalidad. Sin embargo, en las partituras de orquesta especificadas por el autor figura… un instrumento militar caído ya en desuso y que no tiene intérprete entre nosotros; ese instrumento, que hizo las delicias de nuestros padres tenía antaño un nombre: el chinesco. Creo que la radical desaparición del chinesco en Francia nos obliga a declinar, muy a pesar nuestro, el honor de esta interpretación.

Tal discurso había sumido al auditorio en ese estado que los fisiologistas llaman comatoso. ¡El Chinesco! Los más viejos apenas recordaban haberlo oído en su infancia. Pero les hubiera resultado muy difícil, hoy en día, poder precisar su forma. De repente, una voz pronunció estas inesperadas palabras:

–Con su permiso, creo que yo conozco uno –todas las cabezas se volvieron; el director de orquesta se levantó de un salto.

–¿Quién ha hablado?

–Yo, los platillos –respondió la voz.

Un instante después, los platillos estaban en el escenario rodeados, adulados y asediados con impacientes preguntas.

–Sí –continuaban–, conozco a un viejo profesor de chinesco, maestro en su arte y sé que aún vive.

Todos exhalaron un grito. ¡Los platillos aparecieron como un salvador! El director de orquesta abrazó a su joven satélite (porque los platillos eran todavía jóvenes). Los trombones enternecidos le animaban con sus sonrisas; un contrabajo le envió un envidioso guiño; el tambor se frotaba las manos: «¡Llegará lejos!», gruñía. En fin, en ese rápido instante, los platillos conocieron la gloria.

A continuación, una comisión, precedida por los platillos, salió de la Ópera hacia Batignolles, a cuyas profundidades se había retirado, lejos del ruido, el austero virtuoso. Llegaron.Preguntar por el viejo, subir los nueve pisos, tirar del pelado cordón de su llamador y esperar, jadeando, en el descansillo, fue para nuestros embajadores cuestión de un segundo.

De pronto, todos se descubrieron: un hombre de aspecto venerable, con el rostro rodeado de plateados cabellos que caían en largos rizos sobre sus hombros, una cabeza a lo Béranger, un personaje de romanza, estaba en pie en el umbral y parecía invitar a los visitantes a penetrar en su santuario. ¡Era él! Entraron.

La ventana, enmarcada por plantas trepadoras, estaba abierta al cielo, en ese purpúreo momento del maravilloso crepúsculo. Los asientos eran escasos: la litera del profesor sustituyó, para los delegados de la Ópera, a las otomanas, a los poufs, que abundan demasiado a menudo en las casas de los músicos modernos. En los rincones se veían viejos chinescos; aquí y allá yacían varios álbumes cuyos títulos llamaban la atención. El primero era: ¡Primer amor!, melodía para chinesco solo, seguido de Variaciones brillantes sobre la Coral de Lutero, concierto para tres chinescos. Después, un septeto de chinescos (gran unisón), titulado LA CALMA. Luego una obra de juventud (un poco empañada de romanticismo): Danza nocturna de jóvenes Moriscos en la campiña de Granada, en el peor momento de la Inquisición, gran bolero para chinesco; finalmente, la obra del maestro: El Ocaso de un bello día, obertura para ciento cincuenta chinescos. Los platillos, muy emocionados, tomaron la palabra en nombre de la Academia nacional de Música.

–¡Ah! dijo con amargura el viejo maestro–, ¿ahora se acuerdan de mi? Debería… Mi país ante todo. Señores, iré. Al haber insinuado el trombón que la partitura parecía difícil contestó el profesor tranquilizándolos con una sonrisa:

–No importa.

Y tendiéndoles sus pálidas manos, curtidas en las dificultades de tan ingrato instrumento, dijo:

–Hasta mañana, señores, a las ocho, en la Ópera.

Al día siguiente, en los pasillos, en las galerías, en la concha del inquieto apuntador, hubo una terrible emoción: se había propagado la noticia. Todos los músicos, sentados ante sus atriles, esperaban, con el arma en la mano. La partitura de la nueva música no tenía, ahora, sino un interés secundario. De repente, la puerta trasera dio paso al hombre de antaño. ¡Estaban dando las ocho! Ante el aspecto del representante de la antigua música, todos se pusieron en pie, rindiéndole homenaje como señal de posteridad. El patriarca llevaba en su brazo, cubierto con un humilde forro de sarga, el instrumento de los tiempos pasados, que tomaba, de ese modo, las proporciones de un símbolo. Tras atravesar por entre los atriles y encontrar, sin dudar, su camino, se sentó en su antiguo sitio, a la izquierda del tambor. Después de afianzar en su cabeza un gorro de lustrina negra y una visera sobre sus ojos, descubrió el chinesco y la obertura comenzó.

Pero, con los primeros compases y desde la primera mirada a la partitura, la serenidad del viejo virtuoso pareció ensombrecerse; en seguida, un angustioso sudor perló su frente. Se inclinó, como para leer mejor y, con el ceño fruncido, sus ojos pegados al manuscrito que hojeó enfebrecidamente, apenas respiraba…

¿Era tan extraordinario, lo que el viejo leía, para turbarle de ese modo?¡En efecto! El maestro alemán, por unos celos tudescos, se había complacido, con aspereza germánica, con maldad rencorosa, en erizar la parte del Chinesco de dificultades casi insuperables. Se sucedían rápidas, ingeniosas, repentinas, ¡era un desafío! Juzguen ustedes: la partitura se componía, solamente, de silencios. Sin embargo, incluso para aquellas personas que no son del oficio, ¿qué hay más difícil de interpretar, para el Chinesco, que el silencio?… ¡Y era un CRESCENDO de silencios lo que tenía que interpretar el viejo artista!

Al ver eso se puso tieso; un movimiento febril se le escapó… Pero nada, en su instrumento, traicionó las emociones que le agitaban. No se movió ni una campanilla. ¡Ni un cascabel! Nada de nada. Se notaba que lo dominaba a fondo. ¡Él también era un maestro! Tocó. ¡Sin vacilar! Con un dominio, una seguridad, un brío, que llenó de admiración a toda la orquesta. Su interpretación, siempre sobria, pero llena de matices, era de un estilo tan matizado, de un acabado tan puro que, cosa extraña, por momentos,

¡parecía que se le oía!

Los bravos estaban a punto de estallar por todas partes cuando un inspirado furor se encendió en el alma clásica del viejo virtuoso. Con los ojos llenos de ira y agitando ruidosamente su instrumento vengador que parecía como un demonio suspendido sobre la orquesta:

–Señores –vociferó el digno profesor–, ¡renuncio! No comprendo nada. ¡No se escribe una obertura para un solo! ¡yo no puedo tocar!, es demasiado difícil. ¡Protesto!, ¡en nombre del Sr. Clapisson! Aquí no hay melodía. ¡Es una cencerrada! ¡El Arte está perdido! Caemos en el vacío.

Y, fulminado por su propio delirio, cayó.

En su caída, agujereó el bombo y desapareció en su interior como cuando se desvanece una visión!

¡Lástima!, él se llevaba, al sepultarse en los profundos flancos del monstruo, el secreto de los encantos de la antigua música.

La más bella cena del mundo

¡Un golpe del Comendador!,
¡Una puñalada trapera!
Antiguo refrán

Xanthus, el maestro de Esopo, declaró, por sugerencia del fabulista, que, si él había apostado que se bebería el mar, no había apostado beber también los ríos que «entran en su interior», para utilizar el gracioso francés de nuestros traductores universitarios.

Ciertamente, tal escapatoria era muy sagaz; pero, con la ayuda del Espíritu del progreso, ¿no sabríamos encontrar, hoy en día, otras semejantes? Por ejemplo:

«Retiren de antemano los peces, ya que no están comprendidos en la apuesta; ¡filtren! Una vez hecha esta reducción, la cosa es fácil.»

O mejor aún:

«Yo he apostado que me beberé el mar, de acuerdo; ¡pero no de un solo trago! El sabio no debe nunca precipitarse en sus acciones: bebo lentamente. Por lo tanto, será una gota cada año, ¿no es verdad?»

Resumiendo, pocos compromisos hay que no puedan ser mantenidos de alguna manera… y esta manera podría calificarse de filosófica.

–«¡La más bella cena del mundo!»

Tales expresiones utilizó, formalmente, el letrado Percenoix, el ángel de la Enfiteusis, para definir, de un modo conciso, la comida que se proponía ofrecer a los notables de la pequeña ciudad de D… , en la que tenía su despacho desde hacía treinta años o más.

Sí. Fue en el círculo –la espalda al fuego, los faldones de su levita bajo los brazos, las manos en los bolsillos, los hombros estirados y sin relieve, los ojos en el cielo, las cejas levantadas, los lentes de oro en las arrugas de su frente, el birrete hacia atrás, la pierna derecha plegada sobre la izquierda y la punta de su zapato embetunado que apenas tocaba tierra–, donde pronunció esas palabras.

Su viejo rival, el letrado Lecastelier, el ángel del Parafernal, sentado frente al letrado Percenoix, contemplándolo con ojos venenosos, protegido por una ancha tulipa verde, anotó cuidadosamente en su memoria tal afirmación.

Entre estos dos colegas existía una guerra sorda desde lejanos tiempos. La comida

se convertía en el campo de batalla largamente estudiado por el letrado Percenoix y propuesto por él para terminar la querella. Por el momento, el letrado Lecastelier, obligando a sonreír al deslustrado acero de su rostro de cuchillo–puñal, no respondió nada. Él era el mayor: dejaba a Percenoix, más joven, hablar y comprometerse como un pequeño tonto. Seguro de sí mismo (pero prudente), él prefería conocer perfectamente las posiciones y las fuerzas del enemigo, antes de aceptar la lucha.

Al día siguiente, toda la pequeña ciudad de D… era un rumor. Se preguntaban cuál sería el menú de la cena.

Evocando olvidadas salsas, el recaudador particular se perdía en conjeturas. El subprefecto calculaba y profetizaba unas supremas de fénix servidas en sus cenizas; desconocidos fenicópteros volaban en su imaginación. Citaba a Apicius.

El consistorio municipal releía a Petronio, lo criticaba. Los notables decían: «Hay que esperar», y tranquilizaban un poco la general efervescencia. Todos los invitados, por sugerencia del subprefecto, tomaron licores amargos con ocho días de antelación.

Finalmente, el gran día llegó.

La casa del letrado Percenoix estaba situada cerca del Paseo, a tiro de fusil de la de su rival.

Desde las cuatro de la tarde, se había formado una doble hilera de gente delante de la puerta, para ver llegar a los convidados. Cuando daban las seis los divisaron.

Se habían encontrado en el Paseo, como por casualidad, y llegaban juntos.

Venía primero el subprefecto, que daba el brazo a la señora Lecastelier; luego el recaudador particular y el director de correos; después tres personas de alta influencia; luego el doctor, dando el brazo al banquero; luego una celebridad, el Introductor de la filoxera en Francia; luego el director del Instituto, y algunos propietarios rentistas. El letrado Lecastelier cerraba la marcha, mostrando, a veces, un aire meditabundo.

Estos señores llevaban traje negro, corbata blanca, y una flor en la solapa: la señora Lecastelier, delgada, llevaba un vestido de seda de color rata–que–trota, un tanto fuerte.

Una vez llegados a la puerta, y ante el aspecto de los letreros que brillaban con los rayos de la puesta de sol, los convidados se tornaron hacia el horizonte mágico: los lejanos árboles se iluminaban; los pájaros se apaciguaban en los huertos vecinos.

Seres con alas de fénix.

–¡Qué sublime espectáculo! –exclamó el Introductor de la filoxera, mientras abarcaba, con su mirada, el Occidente.

Los convidados compartieron dicha opinión, y aspiraron, un instante, las bellezas de la Naturaleza, como para dorar el festín.

Entraron. Cada cual, por dignidad, moderó su paso en el vestíbulo.

Por fin, las puertas del comedor se abrieron. Percenoix, que era viudo, estaba solo, de pie, afable. Con un aire a la vez modesto y vencedor, hizo un gesto circular para que tomaran asiento. Unas tarjetas que tenían el nombre de los invitados estaban colocadas, como copetes, en las servilletas plegadas en forma de mitra. La señora Lecastelier contó con la mirada los comensales, esperando que fueran trece: eran diecisiete. Una vez terminados los preliminares, la comida comenzó, al principio en silencio; parecía que los invitados se recogían y tomaban, como suele decirse, impulso.

La sala era alta, agradable, y bien iluminada; todo estaba bien adornado. La cena era sencilla, dos sopas, tres entradas, tres asados, tres entremeses dulces, vinos irreprochables, una media docena de platos variados, y luego el postre.

¡Todo era exquisito!

De manera que, reflexionando sobre ello y teniendo en cuenta la naturaleza de los convidados, la cena era, precisamente, para ellos, «¡la más bella cena del mundo!» Otra cosa hubiera sido fantasiosa, ostentosa, hubiera chocado. Una cena diferente hubiera sido calificada de atelana, hubiera suscitado ideas de inconveniencia, de orgía… , y la señora Lecastelier se hubiera marchado. ¿La más bella cena del mundo no es aquélla que es del total agrado de sus invitados?

Percenoix triunfaba. Todos lo felicitaban calurosamente.

De pronto, tras haber tomado el café, el letrado Lecastelier, a quien toda la gente miraba y compadecía sinceramente, se levantó, frío y austero, y, lentamente, pronunció estas palabras en medio de un silencio mortal:

–Yo daré una más bella el próximo año.

Después de haberse despedido, salió con su mujer.

El letrado Percenoix se había levantado. Tranquilizó, con su digno aspecto, la inexpresable agitación de los invitados y el murmullo que se había producido tras la marcha de los Lecastelier.

Por todas partes se cruzaban las preguntas:

–¿Cómo haría para dar una más bella el año próximo, puesto que LA del letrado Percenoix era la cena más bella del mundo?

–¡Absurdo proyecto!

–¡Equívoco!

–¡Incalificable!

–Sin valor…

–¡Irrisorio!

–Pueril.

–¡Indigno de un hombre sensato!

–¡La pasión lo había cegado; la edad, quizás!

Se rieron mucho. El Introductor de la filoxera, que, durante el festín, había estado haciendo carantoñas a la señora Lecastelier, prodigaba los epigramas:

–¡Ah! ¡Ah! ¡Realmente!… ¡Una más bella! ¿Y, cómo? Sí, ¿como?… ¡La cosa es de lo más divertida!

No paraba.

El letrado Percenoix se desternillaba de risa.

Con este incidente terminó alegremente el banquete. Poniendo por las nubes al anfitrión, los invitados, del brazo, se lanzaron en desbandada fuera de la casa, precedidos por las linternas de sus domésticos. Ya no podían reír más ante la idea ridícula, incluso presuntuosa, y que no podía discutirse, de querer dar «una cena más bella que la más bella cena del mundo».

Así pasaron, fantásticos e hilarantes, por entre la doble hilera que les había esperado a la puerta de la casa para saber lo ocurrido.

Luego cada uno volvió a su hogar.

El letrado Lecastelier tuvo una espantosa indigestión. Se temió por su vida y Percenoix, que no «deseaba la muerte del pecador», y que, ante todo, esperaba disfrutar, al año próximo, del fiasco que necesariamente iba a sufrir su colega, mandaba que le comunicasen diariamente el estado de salud del digno escribano. Ese informe era publicado en el boletín departamental, pues todo el mundo estaba interesado en el imprudente desafío: sólo se hablaba de la cena. Los invitados se encontraban únicamente para intercambiar palabras en voz baja. Era grave, muy grave; el honor de la localidad estaba en juego.

Durante todo el año, el letrado Lecastelier se sustrajo a todas las preguntas. Ocho días antes del aniversario, envió sus invitaciones. Dos horas después del recorrido del cartero, hubo un extraordinario tráfago en el pueblo. El subprefecto creyó que su deber era renovar inmediatamente su dieta de aperitivos, por razones de equidad.

Cuando llegó el atardecer del gran día, los corazones latían. Igual que el año anterior, los convidados se encontraron en el Paseo, como por casualidad. La avanzadilla fue señalada en el horizonte por los gritos de la entusiasta hilera.

Y el mismo cielo teñía de púrpura, al Occidente, la línea de hermosos árboles, que eran magníficos ejemplares de hayas y que pertenecían, por mejora y fuera parte, al letrado Percenoix.

De nuevo, los invitados admiraron todo esto. Luego entraron en casa del señor y la señora Lecastelier, y penetraron en el comedor. Una vez sentados, tras la ceremonias, los convidados, al observar atentamente el menú, se percataron, con amenazador asombro, de que ¡era la MISMA cena!

¿Era una burla? Ante tal idea, el subprefecto frunció el entrecejo y guardó, para sí, sus reservas.

Cada cual bajó la mirada, no queriendo (por este sentimiento de cortesía, de perfecto tacto, que distingue a la gente de provincias) dejar entrever al anfitrión y a su esposa la impresión del profundo desprecio que sentían hacia ellos.

Percenoix ni siquiera intentó disimular la alegría de un triunfo que creyó asegurado, desde entonces. Y desplegaron las servilletas.

¡Sorpresa! Cada uno encontró en su plato –¿qué?… – eso que se llama una pieza de asistencia, una moneda de veinte francos.

Al instante, como si un hada buena hubiera dado un golpe con su varita, hubo una especie de «¡Abracadabra!» general, y todos los «amarillos» desaparecieron con el encantamiento de una asombrosa rapidez.

Únicamente el Introductor de la filoxera, preocupado con un madrigal, no percibió el napoleón de su plato hasta un buen rato después que los demás. Hubo un retraso. Así, con aire torpe, azorado, y con sonrisa de niño, murmuró hacia su vecina algunas vagas palabras que sonaron como una pequeña serenata.

–¡Qué atolondrado soy!, ¡qué descuido! He estado a punto de perder… maldito bolsillo… Sin embargo, es el que ha introducido en Francia… A menudo se pierde, por falta de precaución… mete uno el dinero en el bolsillo, descuidadamente; luego, al menor movimiento –al desplegar la servilleta, por ejemplo–, ¡plam!, ¡crac!. ¡pum! y ¡adiós!

La señora Lecastelier sonrió con finura.

–Distracción de elevados espíritus!… –dijo ella.

–¿No son los bellos ojos los que la causan? –respondió galante el célebre sabio, volviendo a poner en el bolsillo del reloj, con una jovial negligencia, la hermosa moneda de oro que había estado a punto de perder.

Las mujeres comprenden todo lo que es delicadeza; teniendo en cuenta la intención que había tenido el Introductor de la filoxera, la señora Lecastelier tuvo la amabilidad de enrojecer dos o tres veces durante la cena, mientras el sabio, inclinándose hacia ella, le hablaba en voz baja.

–¡Calma, señor Redoubté! –murmuraba ella.

Percenoix, como buen cabeza de chorlito, no se había dado cuenta de nada y no había encontrado nada; en ese momento, charlaba como una cotorra tuerta, y se escuchaba a sí mismo con los ojos en el techo.

La cena fue brillante, muy brillante. Analizaron la política de los gobiernos de Europa: el subprefecto tuvo incluso que contemplar silenciosamente, en varias ocasiones, a los tres personajes de elevada influencia, y éstos, para quienes la Diplomacia, desde hacía tiempo, no tenía el menor secreto, desviaron la conversación con una bandada de retruécanos que hicieron el efecto de petardos. La alegría de los invitados tuvo su momento culminante cuando sirvieron el nougat, que representaba, como el año anterior, la pequeña ciudad de D…

Hacia las nueve de la noche, cada invitado, mientras revolvía discretamente el azúcar en su taza de café, se volvió hacia su vecino. Todas las cejas estaban alzadas y los ojos tenían esa expresión átona propia de las personas que, tras un banquete, van a emitir su opinión.

–¿Es la misma cena?

–Sí, la misma.

Después, tras un suspiro, un silencio y una mueca meditativa:

–Absolutamente la misma.

–Sin embargo, ¿no había alguna cosa?

–Sí, sí, ¡había algo!

–En fin –entonces–, ¡ha sido más bella!

–Sí, es curioso. Es la misma… ¡y, sin embargo, es más bella!

–¡Ah! Esto sí que es especial.

Pero, ¿por qué era más bella? Cada cual se perforaba inútilmente el cerebro.

De pronto, creían haber puesto el dedo en el punto preciso que legitimaba la indefinible impresión de diferencia que todos sentían y la idea, rebelde, se escapaba como una Galatea que no quisiera ser vista.

Luego se separaron, para meditar el problema más libremente.

Y, desde entonces, toda la pequeña ciudad de D… es presa de la más lamentable incertidumbre. ¡Es como una desgracia!… Nadie puede desentrañar el misterio que pesa aún hoy sobre el victorioso festín del letrado Lecastelier.

El letrado Percenoix, algunos días después, sumido en esa misma preocupación, resbaló en su escalera y sufrió una caída que le provocó la muerte. Lecastelier lo lloró muy amargamente.

Hoy, durante las largas tardes de invierno, bien en la subprefectura, bien en las reuniones particulares, se habla, se discute, se preguntan, se sueña, y el eterno tema es de nuevo puesto sobre el tapete. ¡Renuncian!… Cuando con la ayuda de la ciento sesenta y ochoava decimal, llegan al filo de la solución, la x del problema retrocede indefinidamente, entre las dos afirmaciones que confunden al Espíritu humano, pero que constituyen el Símbolo de las indiscutibles preferencias de la Conciencia pública, bajo la bóveda de los cielos:

–¡LA MISMA… Y, SIN EMBARGO, MÁS BELLA!

El deseo de ser un hombre

Al señor Catulle Mendès

Uno de esos hombres ante quienes
la Naturaleza puede alzarse y decir:
«¡He aquí un Hombre!»
Shakespeare, Julio César

Daban las doce en el reloj de la Bolsa, bajo un cielo estrellado. En aquella época, aún pesaban sobre los ciudadanos las exigencias de una ley militar y, siguiendo las instrucciones relativas al toque de queda, los sirvientes de los establecimientos todavía iluminados se apresuraban a cerrar.

En los bulevares, en el interior de los cafés, los quemadores de gas de los candelabros desaparecían, uno a uno, en la oscuridad. Se oía desde fuera el ruido de las sillas puestas de cuatro en cuatro sobre las mesas de mármol; era el momento psicológico en que cada camarero juzgaba oportuno indicar, con un brazo que terminaba en un trapo, las horcas caudinas de la puerta trasera a los últimos consumidores.

Aquel domingo silbaba el triste viento de octubre. Escasas hojas amarillentas, polvorientas y ruidosas, llevadas por ráfagas de aire, chocaban con las piedras, rozaban el asfalto; luego, como murciélagos, desaparecían en la sombra, despertando la imagen de unos días banales vividos para siempre. Los teatros del bulevar del Crimen donde, durante la noche, se habían apuñalado a placer todos los Médicis, los Salviati, y los Montefeltre, se erguían, guaridas del Silencio, con las puertas cerradas guardadas por sus cariátides. Por momentos, coches y peatones se hacían más escasos; aquí y allá lucían ya los escépticos faroles de los traperos, fosforescencias liberadas por los montones de basura entre los que erraban.

A la altura de la calle Hauteville, bajo un farol, en la esquina de un café de apariencia bastante lujosa, un gran transeúnte de fisonomía saturnina, de mentón lampiño, andar sonambulesco, largos cabellos grises bajo un sombrero Luis XIII, guantes negros, bastón con empuñadura de marfil y envuelto en una vieja y regia hopalanda azul, forrada de un dudoso astracán, se había detenido como si dudase maquinalmente en cruzar la calzada que lo separaba del bulevar Bonne–Nouvelle.

¿Regresaba a su domicilio este anacrónico personaje? ¿Lo había conducido hasta esta esquina el azar de un paseo nocturno? Por su aspecto, hubiera sido difícil precisarlo. Al ver, de repente, a su derecha, uno de esos espejos estrechos y largos como él mismo –especie de espejos públicos contiguos, a veces, a los escaparates de los cafetines famosos–, se detuvo bruscamente, se plantó, de cara, frente a su imagen y se miró, deliberadamente, desde las botas al sombrero. Luego, repentinamente, levantando su sombrero con un gesto que denotaba su anacronismo, se saludó con una cierta cortesía.

Su cabeza, de improviso al descubierto, permitió entonces reconocer al ilustre trágico Esprit Chaudval, apellidado Lepeinteur, llamado Monanteuil, vástago de una muy digna familia de pilotos de Saint–Malo y a quien los misterios del Destino habían llevado a convertirse en primer actor en provincias, cabecera de cartel en el extranjero y rival (a menudo afortunado) de nuestro Frédérick Lemaître[1].

Mientras se contemplaba con cierto estupor, los camareros del café cercano ponían los abrigos a los últimos clientes habituales, les entregaban los sombreros; otros sacaban ruidosamente el contenido de las huchas de níquel y amontonaban en un platillo la recaudación de la jornada. Esta prisa, esta turbación provenía de la amenazadora y repentina presencia de dos agentes que, de pie en la entrada y con los brazos cruzados, hostigaban con su fría mirada al retrasado patrón.

Muy pronto colocaron los tableros de madera en sus bastidores de hierro, salvo el del espejo que por extraño descuido fue olvidado en medio de la confusión general.

Después el bulevar quedó muy silencioso. Chaudval, solo, indiferente a toda esta desaparición, había permanecido en su estática actitud en la esquina de la calle Hauteville,

en la acera, ante el olvidado espejo.

El lívido y lunar espejo parecía dar al artista la sensación que éste hubiera sentido al bañarse en un estanque; Chaudval temblaba.

¡Ay!, digámoslo, en ese cristal cruel y sombrío, el actor acababa de descubrir que envejecía.

Constataba que su cabello, ayer todavía entrecano, se tornaba de una blancura lunar. ¡Se acababa! ¡Adiós aplausos y coronas, adiós rosas de Talía, laureles de Melpómene! ¡Tenía que despedirse para siempre, con apretones de manos y lágrimas, de los Ellevious y de las Laruettes, de las libreas de gala y elegancias, de las Duzagons y de las ingenuas!

Había que bajar a toda prisa del carruaje de Tespis y verlo alejarse, llevando a sus compañeros. Luego, contemplar cómo desaparecían en un lejano recodo del camino, en el crepúsculo, los estandartes y banderolas que por la mañana flotaban al sol sobre las ruedas, juguetes del alegre viento de la Esperanza.

Chaudval, repentinamente consciente de su cincuentena (era un hombre excelente), suspiró. Una neblina cruzó ante sus ojos; una especie de fiebre invernal se apoderó de él y la alucinación dilató sus pupilas.

La feroz fijeza con que contemplaba el providencial espejo terminó por dar a sus pupilas esa facultad de agrandar los objetos y de saturarlos de solemnidad, que los fisiologistas han constatado en aquellos individuos afectados por una emoción muy intensa.

El largo espejo se deformó bajo sus ojos, cargados de ideas confusas y átonas. Recuerdos de la infancia, de playas y olas plateadas le bailaron en el cerebro. Y ese espejo, sin duda a causa de las estrellas que penetraban su superficie, le produjo, al principio, la sensación del agua dormida de un golfo. Luego, hinchándose más, gracias a los suspiros del viejo, el espejo adquirió el aspecto del mar y de la noche, esos dos viejos amigos de los corazones solitarios.

Durante algún tiempo esta visión lo embriagó, pero detrás de él, el farol que encima de su cabeza enrojecía la fría llovizna, le pareció, al verlo reflejado al fondo del terrible espejo, como la luz de un faro, de color sanguinolento, que señalaba el camino del naufragio al navío perdido de su futuro.

Sacudió su vértigo y enderezó su elevada estatura, con una carcajada nerviosa, falsa y amarga, que hizo estremecer a los dos guardias, bajo los árboles. Felizmente para el artista, éstos, creyendo que sería un borracho despistado, o algún enamorado decepcionado, continuaron su paseo oficial sin dar mayor importancia al desdichado Chaudval.

–¡Bien, renunciemos! –dijo simplemente en voz baja, como el condenado a muerte que, despertado bruscamente, dice al verdugo: «Estoy a su disposición, amigo.»

El viejo actor se aventuró, entonces, en un monólogo, con embrutecida postración.

–He obrado prudentemente –continuó–, cuando encargué la otra noche a la señorita Pinson, mi buena amiga (que es dueña de la oreja del ministro y también de su almohada), que me proporcionase, entre dos declaraciones ardientes, el puesto de farero que ocuparon mis padres en las costas de poniente. ¡Claro! ¡Ahora comprendo el extraño efecto que me ha producido ese farol en el espejo!… Era mi subconsciente. Pinson enviará mi nombramiento, seguro. Y me retiraré al faro como un ratón en el queso. Iluminaré a los barcos en la lejanía, en el mar. ¡Un faro! Eso tiene siempre el aire de un decorado. Estoy solo en el mundo: ese es el asilo que, decididamente, más conviene a mis últimos días.

De pronto, Chaudval interrumpió su ensoñación.

–¡Ah! –dijo, palpándose el pecho bajo su levita–, pero… esa carta que me entregó el cartero en el momento en que salía, ¿será la respuesta?… ¡Cómo! ¡Iba yo a entrar al café

para leerla y me olvido de hacerlo! ¡Verdaderamente, estoy perdiendo facultades! ¡Bueno! ¡Aquí está!

Chaudval acababa de extraer de su bolsillo un ancho sobre, de donde sacó, tan pronto como lo hubo roto, un pliego ministerial que recogió febrilmente y leyó, de un vistazo, bajo la roja luz del farol.

–¡Mi faro!, ¡mi nombramiento! –exclamó–. ¡Estoy salvado, Dios mío! –añadió como por una vieja manía mecánica y con una voz de falsete tan brusca, tan diferente a la suya, que miró a su alrededor, creyendo que había otra persona.

–Vamos, calma y… ¡seamos un hombre! –repuso en seguida.

Pero, ante esta palabra, Esprit Chaudval, apellidado Lepeinteur, llamado Monanteuil, se detuvo como convertido en una estatua de sal; esa palabra parecía haberlo inmovilizado.

–¿Qué? –continuó tras un momento de silencio–. ¿Qué es lo que acabo de desear? ¿Ser un Hombre?… Después de todo, ¿por qué no?

Se cruzó de brazos mientras reflexionaba.

Hace ya cerca de medio siglo que represento, que interpreto las pasiones de los demás sin sentirlas nunca, puesto que en el fondo nunca he sentido nada. ¿Sólo para hacer reír, soy semejante a los otros? ¿Acaso soy una sombra? ¡Las pasiones!, ¡los sentimientos!, ¡los hechos reales! ¡REALES!, eso, eso es lo que caracteriza al HOMBRE propiamente dicho. Por lo tanto, puesto que la edad me fuerza a entrar en la Humanidad, debo procurarme una pasión, o algún sentimiento real… porque es la condición sine qua non, sin la que no podría aspirar al apelativo de Hombre. Este es un razonamiento sólido; está lleno de sentido común. Así pues, elegiré aquélla que esté más relacionada con mi resucitada naturaleza.

Meditó y luego prosiguió con melancolía:

–¿E1 amor?… demasiado tarde. ¿La Gloria?… ¡ya la he conocido! ¿La Ambición?… ¡Dejemos esa quimera para los políticos!

Repentinamente, lanzó una exclamación:

–¡Ya lo tengo! –dijo–: ¡EL REMORDIMIENTO!… es lo que mejor se corresponde con mi temperamento dramático.

Se contempló en el espejo adoptando un rostro convulso, contraído, como por un horror sobrehumano:

–¡Eso es! –concluyó–: ¡Nerón! ¡Macbeth! ¡Orestes! ¡Hamlet! ¡Erostato! ¡Los espectros!… ¡Oh, sí! ¡Yo también quiero ver verdaderos espectros!, como todos aquéllos que tenían la suerte de no poder dar un solo paso sin espectros.

Se golpeó la frente.

–Pero, ¿cómo?… ¿Soy tan inocente como un cordero que duda en nacer?

Y tras una nueva pausa:

–¡Ah! ¡Que no quede por eso! –añadió–: ¡para conseguir un resultado no hay que escatimar esfuerzos!… Tengo perfecto derecho a convertirme, a cualquier precio, en lo que yo debería ser. ¡Tengo derecho a la Humanidad! ¿Es preciso cometer crímenes para sentir remordimientos? Pues bien, vengan los crímenes: ¿qué importa si es por… por un buen motivo? Sí… ¡Sea! –y se puso a dialogar–: Voy a perpetrar horrores. ¿Cuándo? Inmediatamente. ¡No lo dejemos para mañana! ¿Cuáles? ¡Uno solo!… ¡Pero grande! ¡De extravagante atrocidad! ¡Que haga salir del infierno a todas las Furias! ¿Cuál? ¡Diablo, el más brillante!… ¡Bravo! ¡Ya está! ¡UN INCENDIO! Así pues, sólo tengo tiempo de incendiar, de hacer mis maletas, de volver, debidamente guarecido tras el cristal de algún

coche, para gozar de mi triunfo entre la multitud espantada, de recoger las maldiciones de los moribundos, y coger el tren del Noroeste con suficientes remordimientos para el resto de mi vida. Después, ¡me esconderé en mi faro!, ¡en la luz!, ¡en pleno Océano! Donde la policía no podrá descubrirme nunca, al ser mi crimen desinteresado. Y allí agonizaré solo–. En ese momento, Chaudval se irguió, improvisando este verso de corte absolutamente cornelliano:

–¡Libre de sospecha por la grandeza del crimen!

–Está todo dicho. Y ahora –terminó el gran artista recogiendo una piedra tras haber observado en torno suyo para asegurarse de la soledad que lo rodeaba– y ahora, tú ya no reflejarás a nadie.

Y lanzó la piedra contra el cristal que se rompió en mil brillantes pedazos.

Una vez cumplido este primer deber y huyendo a toda prisa –como satisfecho por esa primera, pero enérgica proeza–, Chaudval se precipitó hacia los bulevares donde, algunos minutos después y a su señal, se detuvo un coche en el que subió y desapareció.

Dos horas después, las llamaradas de un inmenso siniestro, que surgían de unos grandes almacenes de petróleo, de aceite y de cerillas, se reflejaban en todos los cristales del barrio del Temple. Muy pronto, las escuadras de bomberos, rodando y empujando sus aparatos, acudieron de todos lados, y sus trompetas, al enviar lúgubres gritos, despertaban sobresaltados a los habitantes del populoso barrio. Innumerables y precipitados pasos resonaban en las aceras: la multitud se agolpaba en la plaza del Chateau–d'Eau y calles vecinas. Pronto se organizaron en cadena. En menos de un cuarto de hora, un destacamento de tropas formaba un cordón alrededor del incendio. Los policías, con el sanguinolento resplandor de las antorchas, impedían la afluencia humana a las cercanías.

Los coches, detenidos, ya no circulaban. Toda la gente vociferaba. Se distinguían gritos alejados entre el crepitar terrible del fuego. Las víctimas, cercadas por este infierno, aullaban y los tejados de las casas se desplomaban sobre ellas. Un centenar de familias, las de los obreros de los talleres que ardían, se quedaban sin recursos y sin asilo.

Allá lejos, un solitario carruaje, cargado con dos gruesas maletas, permanecía detenido detrás de la masa reunida en Chateau–d'Eau. Y en ese vehículo estaba Esprit–Chaudval, apellidado Lepeinteur, llamado Monanteuil que, de vez en cuando, descorría la cortinilla y contemplaba su obra.

–¡Oh! –se decía en voz baja–. ¡Me siento lleno de horror ante Dios y ante los hombres! Sí, sí, ¡ésta es la obra de un réprobo!…

El rostro del viejo actor resplandecía.

–¡Oh, infeliz! –murmuraba–, ¡qué vengadores insomnios voy a padecer entre los fantasmas de mis víctimas! ¡Siento surgir en mí el alma de Nerón, quemando Roma por exaltación artística!, ¡de Erostato, incendiando el templo de Efeso por amor a la gloria!… , ¡de Rostopskin, incendiando Moscú por patriotismo!, ¡de Alejandro, quemando Persépolis por galantería hacia su Thais inmortal! Pero yo, yo incendio por DEBER, al no tener otro modo de existencia. ¡Incendio porque me debo a mí mismo!… ¡Me desquito! ¡Qué Hombre voy a ser! ¡Cómo voy a vivir! Sí, al fin sabré lo que se siente cuando se está atormentado. ¡Qué noches de magníficos horrores voy a pasar tan deliciosamente!… ¡Ah!, ¡respiro!, ¡renazco!, ¡existo!… ¡Cuando pienso que he sido actor! Ahora, como sólo soy, para los groseros ojos humanos, carne de cadalso, ¡huyamos con la rapidez del rayo! Vamos a encerrarnos en nuestro faro, para gozar allí en paz de nuestros remordimientos.

Al atardecer del día siguiente, Chaudval, después de llegar a su destino sin obstáculos, tomaba posesión de su viejo faro desolado, situado en las costas

septentrionales: desusada llama sobre una construcción en minas, y que una merced ministerial había resucitado para él.

Apenas si la señal podía ser de alguna utilidad: no era sino una redundancia, una sinecura, un alojamiento con fuego sobre la cabeza y del cual todo el mundo podía prescindir, salvo Chaudval.

Así pues, el digno actor, tras haber transportado allí su lecho, víveres y un gran espejo para estudiar sus efectos de fisionomía, se encerró inmediatamente, al abrigo de toda sospecha humana.

Alrededor de él se quejaba el mar, en el que el viejo abismo de los cielos bañaba sus estelares claridades. Observaba cómo las olas asaltaban su torre bajo las ráfagas de viento, al igual que el Estilita contemplaba cómo las arenas chocaban contra su columna cuando soplaba el siroco.

A lo lejos seguía, con una mirada perdida, el humo de los barcos o las velas de los pescadores.

A cada instante, este soñador olvidaba su incendio. Subía y bajaba la escalera de piedra.

Al atardecer del tercer día, Lepeinteur, llamémoslo así, sentado en su habitación, a sesenta pies de altura sobre las olas, releía un periódico de París en el que se contaba la historia del gran incendio ocurrido la antevíspera.

Un desconocido malhechor había lanzado algunas cerillas en las cubas de petróleo. Un monstruoso incendio que había tenido en pie, toda la noche, a los bomberos y al pueblo de los barrios vecinos, se había declarado en el barrio del Temple.

Cerca de cien victimas habían perecido: desgraciadas familias quedaban sumidas en la más negra miseria.

La plaza entera estaba en duelo y humeaba aún.

Se ignoraba el nombre del miserable que había cometido el delito y, sobre todo, el móvil del criminal.

Ante esto, Chaudval saltó de alegría y, frotándose las manos febrilmente, exclamó:

–¡Qué éxito! ¡Qué maravilloso criminal soy! ¿Estaré bastante atormentado? ¡Qué de espectros veré! ¡Ya sabía yo que me convertiría en un Hombre! ¡Ah! El medio utilizado ha sido duro, estoy de acuerdo; pero, era preciso… ¡necesario!

Al releer el diario parisino, como allí se mencionase que se iba a dar una representación extraordinaria a beneficio de los damnificados, Chaudval murmuro:

–¡Vaya! Hubiera debido prestar la colaboración de mi talento en beneficio de mis víctimas! Sería mi función de despedida. Declamaría Orestes. Habría estado tan natural…

Chaudval comenzó a vivir en su faro.

Las tardes pasaron, se sucedieron, y las noches.

Ocurría una cosa que dejaba estupefacto al artista. ¡Una cosa atroz!

Contrariamente a sus esperanzas y previsiones, su conciencia no le reprochaba remordimiento alguno. ¡No se le aparecía ningún espectro! No sentía nada, ¡pero absolutamente nada!…

No podía creer en el Silencio. No salía de su asombro.

¡A veces, al contemplarse en el espejo, se daba cuenta de que su cabeza bonachona no había cambiado nada! Entonces, furioso, se abalanzaba sobre las señales y las falseaba, con la radiante esperanza de hacer naufragar a lo lejos, alguna embarcación, con el fin de ayudar, activar, estimular el rebelde remordimiento ¡para excitar a los espectros!

¡Todo era en vano!

¡Estériles atentados! ¡Inútiles esfuerzos! No sentía nada. No veía ningún fantasma amenazador. La desesperación y la vergüenza lo ahogaban de tal manera que, ya no dormía. Tanto que una noche, habiéndosele declarado una congestión cerebral en su luminosa soledad, sufrió una agonía en la que gritaba al ruido del océano y mientras los grandes vientos de mar adentro azotaban su torre perdida en el infinito:

–¡Espectros!… ¡Por amor de Dios!… ¡Que vea aunque sólo sea uno! ¡Me lo he ganado!

Pero el Dios que invocaba no le otorgó tal favor, y el viejo histrión expiró, declamando siempre, en su vano énfasis, su gran deseo de ver espectros… sin comprender que era él, él mismo, lo que buscaba.

[1] Frédérick Lemaître: Famoso actor romántico.

Flores de las tinieblas

Al señor Léon Dierx

Gentes de bien, ustedes que pasan:
¡Recen por los muertos!
Inscripción al borde de una carretera

¡Oh, los bellos atardeceres! Ante los brillantes cafés de los bulevares, en las terrazas de las horchaterías de moda, ¿qué de mujeres con trajes multicolores, qué de elegantes "callejeras" dándose tono!

Y he aquí las pequeñas vendedoras de flores, que circulan con sus frágiles canastillas.

Las bellas desocupadas aceptan esas flores perecederas, sobrecogidas, misteriosas…

–¿Misteriosas?

–¡Sí, sí las hay!

Existe, –sépanlo, sonrientes lectoras–, existe en el mismo París cierta agencia que se entiende con varios conductores de los entierros de lujo, incluso con enterradores, para despojar a los difuntos de la mañana, no dejando que se marchiten inútilmente en las sepulturas todos esos espléndidos ramos de flores, esas coronas, esas rosas que, por centenares, el amor filial o conyugal coloca diariamente en los catafalcos.

Estas flores casi siempre quedan olvidadas después de las fúnebres ceremonias. No se piensa más en ello; se tiene prisa por volver. ¡Se concibe!

Es entonces cuando nuestros amables enterradores se muestran más alegres. ¡No olvidan las flores estos señores! No están en las nubes; son gente práctica. Las quitan a brazadas, en silencio. Arrojarlas apresuradamente por encima del muro, sobre un carretón propicio, es para ellos cosa de un instante.

Dos o tres de los más avispados y espabilados transportan la preciosa carga a unos floristas amigos, quienes gracias a sus manos de hada, distribuyen de mil maneras, en ramitos de corpiño, de mano, en rosas aisladas inclusive, estos melancólicos despojos.

Llegan luego las pequeñas floristas nocturnas, cada una con su cestita. Pronto circulan incesantemente, a las primeras luces de los reverberos, por los bulevares, por las terrazas brillantes, por los mil y un sitios de placer.

Y jóvenes aburridos y deseosos de hacerse agradables a las elegantes, hacia las cuales sienten alguna inclinación, compran estas flores a elevados precios y las ofrecen a sus damas.

Estas, todas con rostros empolvados, las aceptan con una sonrisa indiferente y las conservan en la mano, o bien las colocan en sus corpiños.

Y los reflejos del gas empalidecen los rostros.

De suerte que estas criaturas–espectros, adornadas así con flores de la Muerte, llevan, sin saberlo, el emblema del amor que ellas dieron y el amor que reciben.

Los bandidos

Al señor Henri Roujon

¿Qué es el Tercer Estado? Nada.
¿Qué debe ser? Todo.
Sully, después Sieyes

Pibrac, Nayrac, dos subprefecturas gemelas unidas por un camino vecinal construido bajo el régimen de los Orleáns, testimoniaban, bajo un cielo maravilloso, una perfecta unión de costumbres, negocios y maneras de ver.

Como en cualquier lugar, el pueblo se caracterizaba por sus pasiones; como en todas partes, la burguesía conciliaba el aprecio general con el suyo propio. Todos, pues, vivían en paz y alegría en estas afortunadas localidades, hasta que una tarde de octubre ocurrió que el viejo violinista de Nayrac, hallándose corto de fondos, abordó, en el camino real, al sacristán de Pibrac y, aprovechándose de la oscuridad, le pidió con tono perentorio algún dinero.

Asustado, el hombre de las Campanas, sin reconocer al violinista, accedió graciosamente; pero, de vuelta a Pibrac, contó su aventura de tal manera que, en las imaginaciones enfebrecidas por su relato, el viejo músico de Nayrac se convirtió en una banda de ávidos ladrones que infestaban el Midi y asolaban el camino real con sus crímenes, incendios y depredaciones.

Astutos, los burgueses de los dos pueblos habían exagerado los rumores, de la misma manera que cualquier buen propietario se ve obligado a aumentar los defectos de las personas que tienen aspecto de ansiar sus capitales. ¡No porque hubieran sido engañados! Ellos habían consultado las fuentes. Habían interrogado al sacristán tras haber bebido. Este se contradijo, y ahora ellos sabían la verdad del asunto mejor que nadie… Sin embargo, burlándose de la credulidad de las masas, nuestros dignos ciudadanos se guardaban el secreto para ellos solos, como les gusta guardar todo lo que tienen; tenacidad que, ante todo, es el signo distintivo de las gentes sensatas e instruidas.

A mediados de noviembre siguiente, mientras daban las diez en el reloj del Juzgado de Paz de Nayrac, cada cual entró en su casa con un aire más arrogante que de costumbre y con el sombrero, ¡palabra!, inclinado sobre la oreja, de tal forma que su esposa, saltándole a las patillas, lo llamó «mosquetero», lo que aduló sus respectivos corazones.

–Sabes, señora N… , mañana, al alba, partiré.

–¡Ay! ¡Dios mío!

–Es la época de cobro: es preciso que vaya, yo mismo, a casa de nuestros colonos…

–No irás.

–¿Y por qué no?

–Por los bandidos.

–¡Bah! ¡En otras peores me he visto!

–¡No irás!… –concluía cada esposa, como ocurre entre gente que se adivina.

–Vamos, pequeña, vamos… Previendo tu angustia y para que estés segura, hemos acordado partir todos juntos, con nuestras escopetas de caza, en una gran carreta alquilada para tal ocasión. Nuestras tierras son convecinas y volveremos al anochecer. Así pues, seca tus lágrimas y, con la invitación de Morfeo, permite que anude apaciblemente en mi frente los dos extremos de mi pañuelo.

–¡Ah! Si van todos juntos, ya es otra cosa: debes hacer como los demás –murmuró cada esposa, tranquilizada de repente.

La noche fue exquisita. Los burgueses soñaron con asaltos, carnicerías, abordajes, torneos y laureles. Se despertaron, pues, frescos y dispuestos, con el alegre sol.

–¡Vamos!… –murmuraba cada uno de ellos, mientras se ponía las medias, tras un gesto de gran preocupación y de forma que la frase fuese oída por su esposa–, ¡vamos!, ha llegado el momento. ¡Sólo se muere una vez!

Las señoras, admiradas, contemplaban a estos modernos paladines y les llenaban los bolsillos de cataplasmas, porque estaban en otoño.

Estos, sordos a los llantos, se apartaban de los brazos que querían, en vano, retenerlos…

–¡Un último beso!… –dijo cada uno desde el descansillo de su escalera.

Y llegaron, desembocando de sus calles respectivas, a la gran plaza, donde ya algunos (los solteros) esperaban a sus colegas, alrededor del carruaje, haciendo sonar, con los rayos matutinos, la batería de sus escopetas, cuyas cargas renovaban mientras fruncían el entrecejo.

Dieron las seis: la tartana se puso en marcha a los varoniles sones de La Parisienne, cantada por los catorce hacendados que la ocupaban. Mientras en las lejanas ventanas febriles manos agitaban locos pañuelos, se oía el heroico canto:

En avant, marchons
Contre leurs canons!
A travers le fer, le feu des bataillons!

Luego, con el brazo derecho en el aire y con una especie de mugido:

Courons a la victoire!

Todo ello acompasado, en cierta medida, por los grandes latigazos que el propietario conductor daba, con cada brazo, a los tres caballos.

Fue una buena jornada.

Los burgueses son alegres vividores, claros en los negocios. Pero en cuanto a la honestidad, ¡alto ahí!, por ejemplo: son capaces de hacer colgar a un niño por una manzana.

Cada cual cenó en casa de su deudor, pellizcó el mentón de la niña, en los postres se embolsó el dinero de la renta y, tras haber intercambiado con la familia algunos proverbios llenos de buen sentido, como: «Las cuentas claras hacen buenos amigos», o «Donde las dan las toman», o «A Dios rogando y con el mazo dando», o «No hay oficio pequeños», o «Quien paga sus deudas, se enriquece», y otros proverbios habituales, cada propietario, escapándose de las acostumbradas bendiciones, retomó su lugar, uno a uno, en el carruaje recolector que vino a recogerlos de granja en granja, y al oscurecer, se pusieron en marcha

hacia Nayrac.

Sin embargo, ¡una sombra había descendido sobre sus almas! En efecto, ciertos relatos de los labradores habían indicado a los propietarios que el violinista había creado escuela. Su ejemplo había sido contagioso. El viejo bandido se había rodeado, al parecer, de una horda de verdaderos ladrones y –sobre todo en la época de cobrar la renta– el camino no era demasiado seguro. De manera que, a pesar de los vahos del clarete, disipados enseguida, nuestros héroes ponían, ahora, una sordina a La Parisienne.

Caía la noche. Los chopos alargaban sus oscuras siluetas en el camino, el viento removía los setos. Entre los mil ruidos de la naturaleza y alternando con el trote regular de los tres mecklemburgueses, se oyó, a lo lejos, el aullido de mal agüero de un perro espantado. Los murciélagos volaban alrededor de los pálidos viajeros a quienes el primer rayo de la luna iluminó tristemente… ¡Brrr!… Apretaban los fusiles entre sus rodillas con un convulsivo temblor; se aseguraban, de vez en cuando, de que aún tenían consigo el saco de dinero. No se oía una palabra. ¡Qué angustia para estas honestas gentes!

Repentinamente, en la bifurcación del camino, ¡terror!, aparecieron unas espantosas y contraídas figuras; unos fusiles relucieron; se oyó el pisoteo de caballos y un terrible «¡Quién vive!» resonó en las tinieblas pues, en ese mismo instante, la luna se ocultó entre dos negras nubes.

Un gran vehículo, repleto de hombres armados, obstruía el camino.

¿Quiénes eran esos hombres? ¡Evidentemente unos malhechores! ¡Bandidos! ¡Evidente!

¡Lástima! No. Era la tropa gemela de los buenos burgueses de Pibrac. ¡Eran los de Pibrac!, quienes habían tenido la misma idea, exactamente, que los de Nayrac.

Sencillamente, acabados sus negocios, los apacibles rentistas de ambos pueblos se cruzaban en el camino, mientras volvían a sus casas.

Pálidos, se observaron. El intenso terror que se causaron, dada la obsesión que había invadido sus cerebros, al haber hecho aparecer en cada uno de los rostros los verdaderos instintos –de la misma manera que un soplo de viento tras pasar por un lago, y formando un torbellino, hace subir las aguas del fondo a la superficie–, provocó que se tomasen por esos mismos bandidos que, recíprocamente, ambos temían.

En un solo instante, sus cuchicheos, en la oscuridad, los enloquecieron hasta tal punto que, con la temblorosa precipitación de los de Pibrac por tomar, por precaución, sus armas, la culata de una de las escopetas se enganchó en el banco, se disparó sola y la bala fue a dar a uno de los de Nayrac, rompiéndole en el pecho una terrina de excelente foie–gras que le servía, maquinalmente, como un escudo.

¡Ay, este disparo! Fue la chispa fatal que incendió la pólvora. El miedoso paroxismo que sintieron los hizo delirar. Una descarga cerrada y furiosa comenzó. El instinto de conservación de sus vidas y su dinero los cegaba. Ponían los cartuchos en sus fusiles con manos temblorosas y rápidas y disparaban al bulto. Los caballos cayeron; uno de los carros volcó, vomitando al azar heridos y sacos de dinero. Los heridos, en el pasmo de su pavor, se levantaron como leones y siguieron disparándose unos contra otros, ¡sin poder reconocerse en ningún momento, en medio de la humareda!… En tal furiosa demencia, si unos gendarmes hubieran llegado bajo las estrellas, nadie duda que hubiesen pagado con la vida su dedicación. En resumen, fue una masacre, porque la desesperación les transmitía una energía más asesina: en una palabra, ¡aquélla que caracteriza a la gente honorable, cuando se les empuja hasta el final!

Mientras tanto, los verdaderos bandidos (es decir, la media docena de pobres

diablos, culpables, todo lo más, de haber robado algunos mendrugos, algunos pedazos de tocino o algún dinero, aquí y allá) temblaban espantosamente en una alejada cabaña, mientras oían, llevado por el viento del camino, el creciente y terrible fragor de las detonaciones y los espantosos gritos de los burgueses.

Imaginándose, en su pavor, que una monstruosa batida se había organizado contra ellos, habían interrumpido su inocente partida de cartas alrededor de una barrica de vino y se habían levantado, lívidos, mirando a su jefe. El viejo violinista parecía a punto de desmayarse. Sus piernas temblaban. Cogido de improviso, el valiente hombre estaba despavorido. Lo que oía sobrepasaba su entendimiento.

Sin embargo, al cabo de algunos minutos de espanto, como seguían las descargas, los buenos bandidos vieron que de repente se estremecía y se ponía un meditabundo dedo en la punta de la nariz.

Levantando la cabeza, dijo:

–¡Muchachos, es imposible! No se trata de nosotros… Hay una equivocación… Es un quidproquo… Corramos, con nuestras linternas, para socorrer a los pobres heridos… El ruido proviene del camino real.

Llegaron, con mil precauciones, apartando las malezas, al lugar del siniestro, en el que la luna, ahora, iluminaba el horror.

El último burgués viviente, en su prisa por recargar su ardiente arma, acababa de saltarse la tapa de los sesos, sin querer, por descuido.

A la vista de tan formidable espectáculo, de todos esos muertos, que cubrían la ensangrentada carretera, los bandidos, consternados, permanecieron en silencio, ebrios de estupor, sin dar crédito a sus ojos. Una oscura comprensión del acontecimiento comenzó, entonces, a entrar en sus mentes.

De pronto, el jefe silbó y, a una señal, las linternas hicieron un círculo en torno al músico.

–¡Mis buenos amigos! –masculló con voz horrorosamente baja (y sus dientes castañeteaban de un miedo que parecía aún más terrorífico que el primero)–, ¡oh amigos míos!… Recojamos, rápidamente, el dinero de estos dignos burgueses! ¡Alcancemos la frontera! ¡Huyamos a toda prisa! ¡Y no volvamos a poner nunca los pies en este país!

Y como sus acólitos los observaban boquiabiertos y sin entender nada, señaló con un dedo los cadáveres, añadiendo, con un estremecimiento, estas palabras absurdas, ¡pero eléctricas!, que provenían, seguramente, de una profunda experiencia, de un eterno conocimiento de la vitalidad, del Honor del Tercer Estado:

–ELLOS PROBARÁN… QUE FUIMOS NOSOTROS…

La reina Isabel

Al señor conde d’Osmoy

El Guardián del Palacio de los Libros dijo:
«La reina Nitocris, la Bella de rosadas mejillas,
viuda de Papi I, de la décima dinastía, para
vengar el asesinato de su hermano, invitó
a los conjurados a cenar con ella en
una sala subterránea de su palacio de Aznac,
luego, tras desaparecer de la sala, hizo que
entraran en ella, súbitamente, las aguas del Nilo.

Manethon

Hacia 1404 (me remonto tan atrás para no ofender a mis contemporáneos), Isabel, esposa del rey Carlos VI, regente de Francia, vivía, en París, en el antiguo palacio Montagu, una especie de residencia más conocida por el nombre de la mansión Barbette.

Allí se proyectaban las famosas justas a la luz de las antorchas a orillas del Sena; eran noches de gala, de conciertos, de festines, encantadores tanto por la belleza de las mujeres y de los jóvenes señores como por el inaudito lujo que la corte desplegaba.

La reina acaba de innovar esos vestidos à la gore en los que se vislumbraba el seno a través de un entramado de lazos adornados con pedrerías y unos peinados que obligaron a elevar en varios codos el arco de las puertas feudales. Durante el día, el lugar de encuentro de los cortesanos (que estaba cerca del Louvre) era la gran sala y la terraza de naranjos del platero del rey, maese Escabala. Allí jugaban sin medida y, a veces, los cubiletes de passe–dix arrojaban los dados en apuestas capaces de arruinar a toda una provincia. Dilapidaban un poco los enormes tesoros amasados, tan penosamente, por el económico Carlos V. Si las finanzas disminuían, se aumentaban a voluntad los diezmos, tallas, servicios, ayudas, subsidios, secuestros, exacciones y gabelas. La alegría reinaba en los corazones. Era en esos días, también, cuando, sombrío, manteniéndose apartado y comenzando por abolir en sus Estados todos aquellos odiosos impuestos, Jean de Nevers, caballero, señor de Salins, conde de Flandes y de Artois, conde de Nevers, barón de Rethel, palatino de Malines, dos veces par de Francia y decano de los pares, primo del rey, soldado que sería designado por el Concilio de Constanza como jefe único de los ejércitos al cual debían obediencia ciega bajo pena de excomunión, primer gran feudatario del reino, primer súbdito del rey (quien no es sino el primer súbdito de la nación), duque hereditario de Borgoña, futuro héroe de Nicépolis y de la victoria de l’Hesbaie, en la que, tras la deserción de los Flamencos, adquirió el sobrenombre de Sin Miedo ante todo el ejército al librar a Francia de su primer enemigo; fue en esos días, decíamos, cuando el hijo de Felipe el Atrevido y de Margarita II, cuando Juan sin Miedo, para salvar la Patria, soñaba ya con desafiar, a fuego y sangre, a Henry de Derby, conde de Hereford y de Lancaster, quinto de ese nombre, rey de Inglaterra, y que, cuando este rey puso precio a su cabeza, sólo consiguió que Francia lo declarase traidor.

Se probaban torpemente los primeros juegos de cartas importados, desde hacía algunos días, por Odette de Champ-d’Hiver.

Se hacían apuestas de cualquier clase; se bebían vinos que provenían de las mejores viñas del ducado de Borgoña. Se oían los nuevos Tensones, los Virelais del duque de Orleáns (uno de los señores de los Fleurs-de-Lys que han creado las más bellas rimas). Se discutía de modas y de armaduras; a menudo se cantaban disolutas canciones.

La bija de tal rico-hombre, Bérénice Escabala, era una joven amable y de las más bonitas. Su virginal sonrisa atraía el brillante enjambre de los gentilhombres. Era notorio que dispensaba su graciosa acogida a todos por igual.

Un día, ocurrió que un joven señor, el vídamo de Maulle, que entonces era el favorito de Isabel, empeñó su palabra (después de haber bebido, naturalmente) afirmando que triunfaría sobre la inflexible inocencia de la hija de maese Escabala; resumiendo, que sería suya en un corto plazo.

Ese reto fue lanzado en medio de un grupo de cortesanos. Alrededor suyo zumbaban las risas y coplas de la época; pero este alboroto no ocultó la imprudente frase del joven. La apuesta, aceptada en un brindis, llegó a oídos de Louis de Orleáns.

Louis de Orleáns, cuñado de la reina, había sido distinguido por ella, desde el primer momento de la regencia, con un apasionado afecto. Era un príncipe brillante y frívolo, pero de los más siniestros. Había, entre Isabel de Baviera y él, ciertas paridades de naturaleza que asemejaban su adulterio a un incesto. Aparte de los caprichosos brotes de una ternura marchita, él siempre supo conservar, en el corazón de la reina, un bastardo afecto que tenía más de pacto que de simpatía.

El duque vigilaba a los favoritos de su cuñada. Cuando la intimidad de los amantes parecía que podría llegar a ser peligrosa para la influencia que pretendía mantener sobre la reina, era muy poco escrupuloso en los medios utilizados para provocar entre ellos una ruptura casi siempre trágica; aunque fuese incluso la delación.

Esa conversación en cuestión fue narrada, por encargo suyo, a la real amiga del vídamo de Maulle.

Isabel sonrió, bromeó sobre el asunto y pareció no darle mayor importancia.

La reina tenía médicos que le vendían los secretos de Oriente apropiados para exasperar la llama de los deseos concebidos por ella. Moderna Cleopatra, era una gran disoluta, más indicada para presidir unas cortes de amor al fondo de una casa de campo o dictar la moda en provincias que para pensar en liberar del inglés el suelo de su país. Sin embargo, en esta ocasión, ella no consultó a nadie, ni siquiera a Arnault Guilhem, su alquimista.

Una noche, algún tiempo después, el señor de Maulle estaba con la reina, en la mansión Barbette. Era una hora avanzada; la fatiga del placer adormilaba a los dos amantes.

Repentinamente, el señor de Maulle creyó oír, en París, el sonido de campanas que repicaban con tañidos aislados y lúgubres.

Se enderezó:

–¿Qué es eso? –preguntó.

–Nada. ¡Déjalo!… –respondió Isabel, risueña y sin abrir los ojos.

–¿Nada, mi bella reina? ¿No es el toque de alarma?

–Sí… quizás. ¿Y bien, amigo?

–¿Se habrá incendiado alguna casa?

–Justamente soñaba con eso –dijo Isabel.

Una perlada sonrisa entreabrió los labios de la bella durmiente.

–Además, en mi sueño –continuó ella–, eras tú quien lo había provocado. Te veía echar una antorcha en el almacén de aceite y de forraje, querido.

–¡Sí! –Ella arrastraba las sílabas, lánguidamente–. Tú quemabas la casa de maese Escabala, mi platero, como bien sabes, para ganar tu apuesta del otro día.

El señor de Maulle reabrió sus ojos a medias, preso de una vaga inquietud.

–¿Qué apuesta? ¿Aún no estás dormida, mi bello ángel?

–Pues… la apuesta de ser el amante de su hija, la pequeña Berenice, ¡qué bellos ojos tiene!… ¡Oh!, qué buena y hermosa muchacha, ¿no es así?

–¿Qué decías, mi querida Isabel?

–¿No me has comprendido, mi señor? Yo soñaba, te decía, que habías prendido fuego a la casa de mi platero para raptar a su hija durante el incendio y hacerla tu amante, para poder ganar tu apuesta.

El vídamo miró alrededor suyo, en silencio.

En efecto, el resplandor de un lejano siniestro iluminaba los cristales de la habitación; reflejos de púrpura hacían sangrar los armiños del lecho real; ¡las flores de lis de los escudos y las que acababan de vivir en los jarrones de esmalte enrojecían! Y rojas

también eran las dos copas, sobre un velador cargado de frutas y vinos.

–¡Ah!… ya me acuerdo… –dijo a media voz el joven–; es cierto; pretendía atraer las miradas de los cortesanos sobre la pequeña para apartarlos de nuestro goce. ¡Pero mira, Isabel: realmente es un gran incendio, y las llamaradas se elevan por la zona del Louvre!

Ante estas palabras la reina se recostó en el lecho, observó muy fijamente, sin hablar, al vídamo de Maulle y sacudió la cabeza; después, indolente y risueña, puso en los labios del joven un largo beso.

–¡Uno de estos días, le contarás eso a maese Cappeluche cuando seas sometido a la rueda, en la plaza de Grève! ¡Eres un vil incendiario, mi amor!

Y como los perfumes que salían de su cuerpo oriental aturdían y abrasaban los sentidos hasta quitar la capacidad para pensar, ella se apretó contra él.

El toque de alarma continuaba; se distinguían a lo lejos los gritos de la multitud.

El respondió, bromeando:

–Habría que probar el crimen.

Y le devolvió el beso.

–¿Probarlo, malvado?

–Naturalmente.

–¿Podrías tú probar el número de besos que has recibido mí? ¡Es tanto como pretender contar las mariposas que vuelan en una tarde de verano!

Él contemplaba a la ardiente amante –¡tan pálida!– que acababa de prodigarle delicias y éxtasis de la más maravillosa voluptuosidad.

Le tomó la mano.

–Por otra parte, será muy fácil –continuó la joven–. Porque, ¿quién tendría interés en aprovecharse de un incendio para secuestrar a la hija de maese Escabala? Solamente tú. ¡Comprometiste tu palabra en la apuesta! Y, puesto que no podrías decir nunca dónde estabas cuando se inició el fuego… Lo ves, eso ya es suficiente como causa de procesamiento, en Chatélet. Primero se instruye y luego… –ella bostezó dulcemente– la tortura hace el resto.

–¿No podría decir dónde estaba? –preguntó el señor de Maulle.

–Sin duda, porque, estando vivo el rey Carlos VI, estabas, a esa hora, en brazos de la reina de Francia. ¡Qué niño eres!

La muerte, horrible, se alzaba a ambos lados de la acusación.

–¡Es cierto! –dijo el señor de Maulle, bajo el encanto de la dulce mirada de su amiga.

Se embriagaba al rodear con su brazo ese joven talle acostado sobre una tibia cabellera, rojiza como el oro fundido.

–Eso son sólo sueños –dijo él–. ¡Oh, vida mía!…

Durante aquella velada habían tocado algo de música; su cítara estaba posada sobre un cojín; una cuerda se rompió sola.

–¡Duérmete, ángel mío! ¡Tienes sueño! –dijo Isabel atrayendo con dulzura la frente del joven hacia su seno.

El ruido del instrumento le había hecho estremecerse; los enamorados son supersticiosos.

Al día siguiente, el vídamo de Maulle fue arrestado y arrojado a un calabozo del Gran Chatélet. El proceso comenzó tras la prevista inculpación. Los hechos sucedieron exactamente como se lo había anunciado la augusta encantadora, «cuya belleza era tal que sobreviviría a sus amores».

El vídamo de Maulle no pudo encontrar lo que en términos jurídicos se denomina una coartada.

Tras sufrir tortura, ordinaria y extraordinaria, durante los interrogatorios, se le condenó a la rueda.

La pena de los incendiarios, el velo negro, etc., no se omitió nada.

Solamente se produjo un extraño incidente en el Gran Chatélet.

El abogado del joven le había tomado un profundo cariño; éste le había contado todo.

Ante la inocencia del señor de Maulle, el defensor se convirtió en culpable de una acción heroica.

La víspera de la ejecución fue al calabozo del condenado y lo hizo escapar con el disfraz de su ropa. En resumen: lo sustituyó.

¿Fue un noble corazón? ¿Fue un ambicioso que jugaba una terrible partida? ¡Quién lo sabrá!

Todavía roto y quemado por la tortura, el vídamo de Maulle atravesó la frontera y murió en el exilio.

Pero el abogado fue retenido en su lugar.

La bella amiga del vídamo de Maulle, al enterarse de la evasión del joven, únicamente sintió una excesiva contrariedad.

Ella no quiso reconocer al defensor de su amigo. Para que el nombre del señor de Maulle fuera borrado de la lista de los vivos, ordenó, a pesar de todo, el cumplimiento de la sentencia.

De tal manera que el abogado fue ejecutado en la rueda en la plaza de Grève, en lugar del señor de Maulle.

Rogad por ellos.

Sombrío relato, narrador aún más sombrío

Al señor Coquelin, el joven

Ut declaratio fiat

Aquella noche yo estaba invitado, oficialmente, a tomar parte en una cena de autores dramáticos, reunidos para festejar el éxito de un colega. Era en B… , el restaurante de moda entre la gente de la pluma.

Al principio, la cena fue naturalmente triste.

Sin embargo, tras haber bebido algunas copas de un Léoville añejo, la conversación se animó. Tanto más cuanto que giraba en torno a los incesantes duelos que ocupaban un gran número de las conversaciones parisinas del momento. Cada uno recordaba, con obligada desenvoltura, haber empleado la espada y trataban de insinuar, descuidadamente, vagas ideas de intimidación bajo sabias teorías y guiños sobreentendidos acerca de la esgrima y la pistola. El más ingenuo, un poco achispado, parecía absorto en la combinación de una parada en segunda que imitaba, por encima del plato, con su tenedor y su cuchillo.

Bruscamente, uno de los convidados, el señor D… (hombre experto en los entresijos del teatro, una lumbrera en cuanto a la armazón de cualquier situación dramática, en fin, quien, de todos los presentes, mejor había demostrado entender eso de «provocar un éxito»), exclamó:

–¡Ah!, ¿qué dirían, señores, si les hubiera sucedido mi aventura del otro día?

–¡Cierto! –respondieron los invitados–. ¿No eras el testigo del señor de Saint Sever?

–¡Vamos! ¿Si nos contaras (pero eso sí, francamente) lo que pasó?

–Encantado –respondió D… –, aunque aún se me encoge el corazón al pensar en ello.

Tras algunas silenciosas caladas al cigarrillo, D… comenzó en estos términos [Le dejo, estrictamente, la palabra]:

–La quincena última, un lunes, a las siete de la mañana, fui despertado por la campanilla de la puerta: creí que se trataba de Peregallo. Me entregaron una tarjeta; la leí: Raoul de Saint–Sever. Era el nombre de mi mejor compañero del colegio. No nos habíamos visto desde hacía diez anos.

Entró.

¡Claro que era él!

–¡Hace mucho tiempo que no te estrecho la mano! –le dije–. ¡Ah! ¡Qué contento estoy de volver a verte! Mientras desayunamos hablaremos de otros tiempos. ¿Vienes de Bretaña?

–Ayer mismo llegué –me respondió.

Me puse una bata, serví un poco de Madeira, y, una vez sentado:

–Raoul –continué–, tienes un aire preocupado; soñador… ¿has tomado esa costumbre?

–No, es por la emoción.

–¿Por la emoción? ¿Has perdido en la Bolsa?

Negó con la cabeza.

–¿Has oído hablar de los duelos a muerte? –me preguntó muy sencillamente.

La pregunta me sorprendió, lo confieso: era muy brusca.

–¡Divertida pregunta! –respondí por decir algo.

Y lo observé.

Acordándome de sus inclinaciones literarias, creí que venía a consultarme el desenlace de alguna obra suya, creada en el silencio de provincias.

–¡Que si he oído hablar! ¡Pero si mi oficio de autor dramático es urdir, desarrollar y acabar los asuntos de ese género! Los desafíos son mi especialidad y reconocen que en ello soy excelente. ¿No lees nunca las gacetas de los lunes?

–Pues justamente se trata de algo parecido.

Le miré con más atención. Raoul parecía pensativo, distraído. Tenía la voz y la mirada tranquilas, normales. En ese momento tenía mucho de Surville… , incluso del Surville de las buenas actuaciones. Yo pensé que estaba bajo la llama de la inspiración y que podía tener talento… un talento incipiente… pero, en fin, algo.

–¡Aprisa! –exclamé con impaciencia–, ¡la situación! ¡Dime la situación! Tal vez ahondándola…

–¿La situación? –respondió Raoul, abriendo mucho los ojos–, pues es de lo más sencillo. Ayer por la mañana, a mi llegada al hotel, encontré una invitación para un baile, esa misma noche, calle Saint–Honoré, en casa de la señora de Fréville. Debía acudir. Allí, en el transcurso de la fiesta (¡juzga lo que tuvo que pasar!) me vi obligado a lanzar mi guante al rostro de un caballero, delante de todo el mundo.

Comprendí que estaba representando la primera escena de su «trama».

–¡Oh!, ¡oh! –dije–, ¿cómo piensas continuarlo? Sí, es un comienzo. ¡Hay juventud, pasión!, pero ¿la continuación?, ¿el motivo?, ¿la trama de la escena?, ¿la idea del drama?,

~el conjunto? ¡A grandes rasgos!… ¡venga!, ¡va!

–Se trataba de una injuria hecha a mi madre, amigo mío –respondió Raoul, que parecía no escuchar–. Mi madre. ¿Es motivo suficiente?

(Aquí D… se interrumpió, mirando a los invitados que no habían podido impedir una sonrisa con sus últimas palabras.)

–¿Sonríen, señores? –dijo–. Yo también sonreí. El «me bato por mi madre», lo encontraba de un falso y pasado de moda que hacía daño. Era infecto. ¡Veía el drama en escena! El público se hubiera desternillado de risa. Deploraba la inexperiencia teatral del pobre Raoul e iba a disuadirlo de lo que yo tomaba por el abortado plan del más indigesto de los osos, cuando añadió:

–Abajo está Prosper, un amigo bretón: ha venido de Rennes conmigo. Prosper Vidal; me espera en el coche ante tu puerta. En París, sólo te conozco a ti. Bueno: ¿quieres servirme de segundo testigo? Los de mi adversario estarán en mi domicilio dentro de una hora. Si aceptas, vístete deprisa. Tenemos cinco horas de tren desde aquí a Erquelines.

¡Sólo entonces me di cuenta de que hablaba de un hecho real! Me quedé aturdido. Tuvieron que pasar unos momentos para que le estrechase la mano. ¡Yo sufría! No soy más aficionado a la espada que cualquier otro; pero pienso que me habría emocionado menos si se hubiera tratado de mí mismo.

–¡Es verdad!, ¡somos así!… exclamaron los invitados, empeñados en beneficiarse de la observación.

–¡Deberías habérmelo dicho enseguida!… –le respondí–. Ya no te haré más escenas. Eso queda para el público. Cuenta conmigo. Baja, me reuniré contigo.

(Aquí D… se detuvo, visiblemente turbado por el recuerdo de los acontecimientos que acababa de referimos.)

–Una vez solo –continuó–, hice mi plan, mientras me vestía a toda prisa. Ya no se trataba de complicar las cosas: la situación (banal, es cierto para el teatro) me parecía archisuficiente en la realidad. Y su aspecto Closerie des Genêts, sin ofender, desaparecía a mis ojos cuando pensaba que lo que iba a jugarse era la vida de mi pobre Raoul. Bajé sin perder un minuto.

El otro testigo, el señor Prosper Vidal, era un joven médico, muy comedido en su aspecto y en sus palabras; un rostro distinguido, algo realista, que recordaba los antiguos Maurice Coste. Me pareció muy apropiado para la circunstancia. Se lo imaginan, ¿no?

Todos los presentes, muy atentos, hicieron con la cabeza la señal que esta hábil pregunta exigía.

–Una vez terminada la presentación, llegamos al bulevar Bonne–Nouvelle, donde estaba la casa de Raoul (cerca del Gymnase). Subí. Encontramos en su casa dos señores abotonados de arriba abajo, en su color, aunque un poco pasados de moda también. (Entre nosotros, creo que en la vida real están un poco atrasados.) Nos saludamos. Diez minutos después, habían acordado las condiciones. Pistola, veinticinco pasos, a la cuenta de tres. En Bélgica. Al día siguiente. A las seis de la mañana. En fin, ¡de lo más normal!

–Podrías haber encontrado algo más nuevo –interrumpió, intentando sonreír, el convidado que combinaba estocadas secretas con su tenedor y su cuchillo.

–Amigo mío –respondió D… con amarga ironía–, ¡eres listo!, ¡te crees muy ingenioso!, pero ves siempre las cosas a través de unos anteojos de teatro.

Si tú hubieras estado allí, te habrías apuntado, como yo, a la simplicidad. No se trataba de ofrecer, como arma, el cuchillo de papel de l’Affaire Clémenceau. ¡Hay que entender que no todo es comedía en la vida! Yo, ven ustedes, me lanzo fácilmente hacia las

cosas verdaderas, las cosas naturales… ¡y que ocurren! No todo está muerto en mí, ¡diablos!… y les aseguro que no fue «en absoluto divertido» cuando, media hora después, tomamos el tren de Erquelines, con las armas en una maleta. ¡El corazón me palpitaba!, ¡palabra de honor!, más de lo que nunca me ha palpitado en un estreno.

Aquí D… se interrumpió, bebió de un gran trago un vaso de agua: estaba pálido.

–¡Continúa! –dijeron los convidados.

–Les ahorro el viaje, la frontera, la aduana, el hotel y la noche –murmuró D… con una voz ronca.

Nunca había sentido hacia el señor de Saint–Sever una mayor amistad. A pesar de la fatiga nerviosa que sentía, no dormí un segundo. Finalmente amaneció. Eran las cuatro y media, hacía buen tiempo. Había llegado el momento. Me levanté, me eché agua fría sobre la cabeza. Mi aseo no fue muy largo.

Entré en la habitación de Raoul. Había pasado la noche escribiendo. Todos nosotros hemos madurado esa escena. Sólo tenía que acordarme de ella para estar a tono. Dormía junto a la mesa, en un sillón: aún ardían las velas. Con el ruido que hice al entrar, se despertó y miró el reloj. Lo esperaba, yo conozco ese gesto. Entonces comprendí qué oportuno es.

–Gracias, amigo mío –me dijo–. ¿Prosper está dispuesto? Tenemos una medía hora de camino. Sería necesario avisarle.

Algunos instantes después, bajamos los tres y, cuando daban las cinco, estábamos en el camino de Erquelines. Prosper llevaba las pistolas. Ciertamente, yo tenía «miedo», ¡me oyen! No me avergüenzo de ello.

Hablaban juntos de asuntos de familia, como si no sucediese nada. Raoul estaba soberbio, todo de negro, un aire grave y decidido, muy tranquilo, ¡imponía verle tan natural! … Una autoridad en su aspecto… ¿Han visto a Bocageli en Rouen, en las obras del repertorio de 1830–1840? Ha tenido aciertos allí.., quizás mayores que en París.

–¡Eh!, ¡eh! –objetó una voz.

–¡Oh!, ¡oh!, ¡exageras demasiado!… –interrumpieron dos o tres invitados.

–En fin, Raoul me entusiasmaba como nadie lo había hecho –prosiguió D… –, créanlo. Llegamos al lugar al mismo tiempo que nuestros adversarios. Yo tenía un mal presentimiento.

El adversario era un hombre frío, con aspecto de oficial, un hijo típico de buena familia; una fisonomía a lo Landrol; pero menos amplio en su aspecto. Como eran inútiles las divagaciones se cargaron las armas. Yo conté los pasos, y tuve que sostener mi alma (como dicen los árabes) para no dejar traslucir mis apartes. Lo mejor era estar clásico.

Mi actuación era contenida. No vacilé. Finalmente se marcó la distancia. Me volví hacia Raoul. Lo abracé y estreché su mano. Yo tenía lágrimas en los ojos, no lágrimas de rigor, sino de las verdaderas.

–Vamos, vamos, mi buen D… –me dijo él–, tranquilidad. ¿Qué es eso?

Ante tales palabras, lo miré.

El señor de Saint–Sever estaba magnífico. ¡Se hubiera podido decir que estaba en escena! Lo admiraba. Yo había creído hasta entonces que tal sangre fría sólo existía en el escenario.

Los dos adversarios se colocaron el uno frente al otro. Los pies en sus marcas. Hubo una especie de pausa. ¡Mi corazón temblaba! Prosper entregó a Raoul la pistola cargada, preparada; luego, apartando la vista con una espantosa zozobra, volví al primer plano, al lado de la fosa.

¡Y los pájaros cantaban! ¡Yo veía flores al pie de los árboles!, ¡verdaderos árboles! Nunca Cambon[1] ha firmado un amanecer más bello! ¡Qué terrible antítesis!

–¡Uno!… ¡dos! ¡tres! –gritó Prosper, a intervalos regulares, dando palmadas.

Tenía yo tan turbada la cabeza que creí oír los tres golpes del regidor. Una doble detonación sonó al mismo tiempo. ¡Ay! ¡Dios mío, Dios mío!

D… se interrumpió y colocó su cabeza entre las manos.

–¡Vamos!, ¡venga! Sabemos que eres sensible… ¡Acaba! –gritaron por todas partes los convidados, emocionados a su vez.

–Pues bien –dijo D… –, Raoul había caído sobre la hierba, apoyado en su rodilla, tras haber dado una vuelta sobre sí mismo. La bala le había dado en pleno corazón… ¡aquí! (¡Y D… se golpeaba el pecho!) Me precipité hacia él.

–¡Mi pobre madre! –murmuró.

(D… contempló a los invitados, quienes, como gente de tacto, comprendieron esta vez que habría sido de bastante mal gusto repetir la sonrisa de la «cruz de mi madre». El «mi pobre madre» pasó pues como una carta en la oficina de correos; la palabra, si se estaba realmente en situación, era muy plausible.)

–Eso fue todo –retomó D… –. La sangre le salió a borbotones.

Miré al adversario: él tenía un hombro roto. Lo estaban curando.

Tomé en mis brazos a mi pobre amigo. Prosper le sujetaba la cabeza.

¡En un minuto, figúrense, recordé nuestros años de infancia; los recreos, las alegres risas, los días de salida, las vacaciones.., cuando jugábamos a la pelota!…

(Todos los convidados inclinaron la cabeza, para señalar que apreciaban la comparación.)

D… , que se exaltaba visiblemente, se pasó la mano por la frente. Continuó en un tono extraordinario y con los ojos fijos en el vacío:

–¡Era… como un sueño! Yo lo miraba. Él ya no me veía: expiraba. ¡Y tan sencillo!, ¡tan digno! Ni una queja. Sobrio. Yo estaba sobrecogido. ¡Y dos gruesas lágrimas cayeron de mis ojos! ¡Dos verdaderas! Sí, señores, dos lágrimas… Quisiera que Frederick las hubiera visto. ¡Él las hubiera comprendido! Balbucí un adiós a mi pobre amigo Raoul y lo extendimos en tierra.

Rígido, sin falsa posición –¡sin pose!–, VERDADERO, como siempre, ¡él estaba allí! ¡La sangre en la ropa! ¡Los puños rojos! ¡La frente muy blanca! Los ojos cerrados. Yo sólo tenía este pensamiento: lo encontraba sublime. Sí, señores, ¡sublime! ¡Tal es la palabra! ¡Oh! ¡Aún me parece verlo! Ya no podía más de admiración! ¡Me desmayaba! ¡Ya no sabía de qué se trataba! ¡Estaba confuso! ¡Yo aplaudía! Yo… yo quería llamarlo de nuevo…

Aquí D… , que se había enardecido hasta llegar a gritar, se paró bruscamente, luego, sin transición, con una voz muy calmada y con una triste sonrisa añadió:

–¡Lástima! ¡Sí! Hubiera querido llamarlo de nuevo… a la vida.

(Un aprobador murmullo acogió esta feliz palabra.)

–Prosper me llevó consigo.

(Aquí D… se irguió, con los ojos fijos; parecía estar realmente transido de dolor; luego, dejándose caer en su sillón):

–¡En fin!, ¡todos somos mortales! –añadió con una voz muy baja. (Después bebió un vaso de ron que depositó, ruidosamente, en la mesa, y lo empujó en seguida como un cáliz.)

D… , al terminar así, con una voz rota, había acabado cautivando de tal forma a su

auditorio, tanto por el lado impresionable de su historia como por la vivacidad de su relato, que cuando se calló, estallaron los aplausos. Yo creí que debía unir mis felicitaciones a las de sus amigos.

Todos estaban muy emocionados. Muy emocionados.

–¡Prestigioso éxito! –pensé.

–¡Realmente, tiene talento este D… ! –murmuraba cada cual al oído de su vecino.

Todos se acercaron para estrecharle calurosamente la mano. Yo salí.

Unos días después me encontré con uno de mis amigos, un literato, y le narré la historia del señor D… tal y como yo la había oído.

–¡Y bien! –le pregunté yo al acabar–: ¿qué te parece?

–¡Sí! ¡Casi es un cuento! –me respondió tras un silencio–. ¡Escríbela!

Lo miré fijamente.

–Sí –le dije–, ahora puedo escribirla: ya está completa.

[1] Cambon: pintor.

Intersigno

Al señor abate Victor de Villiers de l'Îsle-Adam

Attende, homo, quid fuisti ante ortum et quod eris usque ad occasum. Profecto fuit quod non eras. Postea, de vili materia factus, in otero matris de sanguine menstruali nutritus, tunica tua fuit pellis secundma. Deinde, in vilissimo panno involutus, progressus es ad nos, sic indutus et ornatus! Et non memor es quae sit origo tua. Nihil est aliud humo quam sperma foetidum, saccus stercorum, eibus vermium. Scientia, sapientia, ratio, sine Deo sicut nubes transeunt.

Post hominem vermis; post vermem foctor et horror. Sic, in non hominem, vertitur omnis homo.

Cur camem tuam adornas et impinguas quam, post paucos dies, vermes devoraturi sunt in sepulchro, animam, vero, tuam non adornas, quae Deo et Angelis ejus praesentenda est in coelis![1]

San Bernardo, Meditaciones, t. II. Bollandistas.

Preparación para el Juicio Final

Una tarde de otoño en la que, junto a personas con opinión, tomábamos el té alrededor de un buen fuego, en casa de uno de nuestros amigos, el barón Xavier de la V… (pálido joven a quien las largas fatigas militares soportadas en África, siendo joven aún, le habían vuelto de una debilidad de carácter y de un salvajismo de costumbres poco común), la conversación recayó sobre un tema de lo más sombrío: se trataba de la naturaleza de esas coincidencias extraordinarias, asombrosas, misteriosas, que suceden en la existencia de algunas personas.

–He aquí una historia –nos dijo– que no acompañaré con ningún comentario. Es verídica. Quizás les parezca impresionante.

Encendimos unos cigarrillos y escuchamos el siguiente relato:

–En 1876, en el solsticio de otoño, en ese tiempo en que el número creciente de inhumaciones hechas a la ligera –demasiado precipitadas– comenzaba a revolver y alarmar a la Burguesía parisina, un cierto atardecer, hacia las ocho, a la salida de una sesión de espiritismo de las más curiosas, al volver a mi casa, me sentí bajo la influencia de ese tedio hereditario cuya negra obsesión desbarata y reduce a la nada los esfuerzos de la Facultad.

Por instigación doctoral he tenido que emborracharme en vano, muchas veces, con el brebaje de Avicena; en vano he intentado convertirme, bajo cualquier fórmula, en quintales de hierro y, pisoteando todos los placeres, he hecho descender, cual nuevo Robert d'Arbrissel[2], el mercurio de mis ardientes pasiones hasta la temperatura de los Samoyedas, ¡nada ha prevalecido! ¡Vamos! ¡Decididamente, parece que soy un personaje taciturno y oscuro! Pero ocurre que, bajo una apariencia nerviosa, yo debo de estar construido, como suele decirse, a cal y canto, puesto que aún soy capaz, después de tantas preocupaciones, de contemplar las estrellas.

Así pues, esa noche, una vez en mi habitación, tras encender un cigarrillo con las velas del espejo, me di cuenta de que estaba mortalmente pálido y me sepulté en un amplio sillón, antiguo mueble de terciopelo granate acolchado, en el que el vuelo de las horas, en mis largos ensueños, me parece menos lento. El ataque de tedio era insoportable hasta el malestar, ¡hasta el abatimiento! Y, como ninguna distracción mundana lograba apartarme de tales sombras –sobre todo en medio de las horribles preocupaciones de la capital– decidí, como prueba, alejarme de París, ir lejos a respirar un poco de naturaleza, entregarme a ejercicios fuertes, a algunas saludables partidas de caza, por ejemplo, para intentar distraerme.

Apenas acababa de tener tal pensamiento, en el mismo instante en que me decidí por esa línea de conducta, vino a mi memoria el nombre de un viejo amigo, olvidado desde hacía años:

–¡El abate Maucombe!… –dije, en voz baja.

Mi último encuentro con el sabio clérigo databa del momento de su partida para una larga peregrinación por Palestina. La noticia de su retomo me había llegado tiempo atrás. El humilde presbítero vivía en un pueblecito de la Baja Bretaña.

¿Dispondría allí Maucombe de una habitación cualquiera, de un cuchitril? Seguramente, ¿habría reunido en sus viajes muchos volúmenes antiguos? ¿Curiosidades del Líbano? ¿Los estanques que hay junto a las moradas vecinas esconderían, todavía, patos salvajes?… ¡Qué oportunidad!… Si yo quería disfrutar, antes de los primeros fríos, de la última quincena del mágico mes de octubre en aquellos rojizos roquedales, si aún pretendía ver resplandecer los largos atardeceres de otoño en las boscosas alturas, ¡debía apresurarme!

El reloj dio las nueve.

Me levanté; sacudí la ceniza de mi cigarro. Después, como hombre decidido, me puse el sombrero, la hopalanda y los guantes; cogí mi maleta y mi escopeta, apagué las velas y salí, tras cerrar cuidadosamente y con triple vuelta la vieja cerradura secreta que es el orgullo de mi puerta.

Tres cuartos de hora más tarde, el tren de la línea de Bretaña me llevaba hacia el pueblecito de Saint–Maur, donde estaba destinado el abate Maucombe; incluso había tenido tiempo, en la estación, de expedir una carta escrita a toda prisa, en la que prevenía a mi padre de mi partida.

A la mañana siguiente estaba en R… , desde dónde sólo había unas dos leguas hasta Saint–Maur.

Deseoso de pasar una buena noche (para poder utilizar mi escopeta desde el alba del día siguiente), y ya que toda siesta me parece capaz de atropellar la perfección de mi sueño nocturno, y para mantenerme despierto a pesar de mi fatiga, consagré mi jornada a visitar a varios antiguos compañeros de estudios. Hacia las cinco de la tarde, una vez cumplidos tales deberes, hice ensillar mi caballo en el Soleil d'Or, donde había permanecido, y, con

las luces del crepúsculo, me encontré ante una aldea.

Mientras caminaba, había recordado al clérigo en cuya casa tenía la intención de detenerme durante algunos días. El lapso de tiempo que había transcurrido desde nuestra última entrevista, las excursiones, los acontecimientos ocurridos entre tanto y su aislamiento debían de haber modificado su carácter y su persona. Lo encontraría encanecido. Pero conocía la fortificante conversación del docto rector, y me confortaba pensar en las veladas que pasaríamos juntos.

–¡El abate Maucombe! –no cesaba de repetirme en voz baja–, ¡excelente idea!

Al preguntar por su residencia a los ancianos que apacentaban a los animales a lo largo de las cunetas, tuve la certeza de que el cura –como perfecto confesor de un Dios misericordioso– había ganado profundamente el afecto de sus feligreses y, cuando me indicaron el camino del presbiterio bastante alejado de la manzana de casuchas y chamizos que constituye el villorio de Saint–Maur, me dirigí hacia allí.

Llegué.

El aspecto campestre de la casa, las ventanas y sus celosías verdes, los tres escalones de asperón, las hiedras, clemátides y las rosas de té que trepaban por los muros hasta el techo, de donde salía, por un tubo en forma de veleta, una pequeña humareda, me inspiraron ideas de recogimiento, de salud y de profunda paz. Los árboles de un prado vecino mostraban, a través de las cercas de un vallado, sus hojas enmohecidas por la exasperante estación. Las dos ventanas del único piso brillaban a la luz de Occidente; entre ellas mediaba una hornacina donde estaba situada la imagen de un santo. Silenciosamente, eché pie a tierra: até mi caballo al postigo y levanté la aldaba de la puerta, mientras lanzaba una mirada de viajero al horizonte, a mi espalda.

Pero éste brillaba de tal forma por encima de los lejanos bosques de encinas y de pinos salvajes donde los últimos pájaros volaban en el atardecer; en la lejanía, las aguas de un estanque cubierto de cañas reflejaban tan solemnemente el cielo, la naturaleza estaba tan hermosa, entre esos aires calmados, en ese campo desierto, en ese momento en que el silencio cae, que, sin soltar la aldaba suspendida en el aire, enmudecí.

–¡Oh, tú! –pensé–, que no encuentras el asilo de tus sueños y para quien la tierra de Canaán, con sus palmerales y sus aguas vivas, no aparece en medio de las auroras, tras haber caminado tanto bajo duras estrellas, viajero tan alegre al partir y ahora ensombrecido –corazón hecho para otros exilios que éstos cuya amargura compartes con malvados hermanos–, ¡mira! ¡Aquí puede uno sentarse en la piedra de la melancolía! ¡Aquí los sueños muertos resucitan, precediendo los momentos de la tumba! Si quieres tener un verdadero deseo de morir, acércate: aquí la visión del cielo exalta incluso el olvido.

Yo me encontraba en ese estado de laxitud en el que los sensibilizados nervios vibran a la menor excitación. Una hoja cayó a mi lado; su ruido furtivo me estremeció. ¡Y el mágico horizonte de esa tierra entró en mis ojos! Me senté, solo, delante de la puerta.

Tras algunos instantes, como la tarde comenzara a refrescar, volví a la realidad. Me levanté apresuradamente y retomé la aldaba de la puerta contemplando la risueña casa.

Pero, apenas la observé de nuevo distraídamente, me vi forzado a detenerme, preguntándome, esta vez, si no sería presa de alguna alucinación.

¿Era ésta la casa que yo acababa de ver? ¿Qué antigüedad denunciaban, ahora, sus largas grietas entre las pálidas hojas? El edificio tenía un aire extraño; los ladrillos iluminados por los agónicos rayos del atardecer ardían con una intensa luz; el hospitalario portal me invitaba con sus tres escalones; pero al concentrar mi atención en las grises baldosas vi que acababan de ser pulidas, que aún quedaban señales de letras grabadas, y vi

también que provenían del cementerio vecino, cuyas negras cruces se me aparecían, ahora, al otro lado, a un centenar de pasos. Y la casa me pareció tan cambiada que me producía escalofríos, y los ecos del lúgubre golpe de aldaba, que dejé caer en mi aprensión, resonaron, en el interior de la morada, como la vibración de un toque de difuntos.

Este tipo de visiones, que son más morales que físicas, se borran con facilidad. Sí, yo era víctima, sin dudarlo un segundo, de ese abatimiento intelectual que antes indiqué. Estaba tan ansioso por ver un rostro que, con su humanidad, me ayudase a disipar ese recuerdo, que empujé el picaporte sin esperar más. Entré.

La puerta, movida por un resorte, se cerró sola, a mis espaldas.

Me encontré en un largo corredor en cuyo extremo Nanon, el ama de llaves, vieja y alegre, bajaba las escaleras con una vela en la mano.

–¡Señor Xavier!… –exclamó ella, muy risueña al reconocerme.

–¡Buenas noches, mi Nanon! –le respondí, entregándole a toda prisa mi maleta y mi escopeta.

(Había olvidado mi hopalanda en la habitación del Soleil d’Or.)

Subí. Un minuto después, abracé a mi viejo amigo.

La afectuosa emoción de las primeras palabras y el sentimiento de melancolía por el pasado nos oprimieron, al abate y a mí, durante algunos momentos. Nanon vino a traernos la lámpara y a anunciarnos la cena.

–Mi querido Maucombe –dije mientras le cogía el brazo para bajar–, la amistad intelectual es una cosa para toda la vida y veo que compartimos tal sentimiento.

–Es propio de espíritus cristianos que tienen una similitud divina muy cercana, –me respondió–. Sí. El mundo tiene creencias menos «razonables» por las cuales algunos partidarios sacrifican su vida, su felicidad, su deber. ¡Son fanáticos!, –acabó sonriendo–. Escojamos, como fe, la más útil, puesto que somos libres y nos convertimos en nuestra creencia.

–El hecho es –le respondí yo– que ya es muy misterioso que dos y dos sumen cuatro.

Pasamos al comedor. Durante la cena, el abate, tras haberme reprochado dulcemente el olvido al que lo había relegado durante tanto tiempo, me puso al corriente de las costumbres del pueblecito.

Me habló de la región, y me contó dos o tres anécdotas referidas a sus hacendados vecinos.

Me narró sus proezas personales en la caza y sus triunfos en la pesca: por decirlo todo, fue de una afabilidad y de una vivacidad encantadoras.

Nanon, diligente servidora, se apresuraba, se multiplicaba a nuestro alrededor y su ancha cofia adquiría movimiento en sus alas.

Como liase un cigarrillo mientras tomábamos el café, Maucombe, que era un antiguo oficial de dragones, me imitó; al sorprendernos el silencio de las primeras bocanadas en nuestros pensamientos, me puse a observar atentamente a mi anfitrión.

Este sacerdote era un hombre de cuarenta y cinco años, más o menos, y de gran altura. Largos cabellos grises rodeaban con sus enrollados rizos su delgado y fuerte rostro. Sus ojos brillaban con mística inteligencia. Sus rasgos eran regulares y austeros; su esbelto cuerpo resistía el paso de los años: sabía llevar la larga sotana. Sus palabras, llenas de ciencia y de dulzura, estaban sostenidas por una voz bien timbrada que provenía de unos excelentes pulmones. En fin, me parecía que poseía una salud vigorosa: los años lo había alterado muy poco.

Me hizo pasar a su pequeño salón biblioteca.

La falta de sueño causada por un viaje, predispone al escalofrío; la noche era de un frío glacial, mensajero del invierno. Así que sentí cierto alivio cuando una brazada de sarmientos ardió, entre dos o tres leños, ante mis rodillas.

Con los pies en los morillos, y acodados en nuestros sillones de cuero bruñido, hablamos, naturalmente, de Dios.

Yo estaba cansado. Escuchaba sin responder.

–Para concluir –me dijo Maucombe levantándose–, nosotros estamos aquí para testimoniar, con nuestras obras, nuestras ideas, nuestras palabras y nuestra lucha contra la Naturaleza, para testimoniar si damos la talla.

Y terminó con una cita de Joseph de Maistre: «Entre el Hombre y Dios, sólo hay Orgullo.»

–A pesar de ello –le dije–, ¿acaso no tenemos nosotros el honor de existir (nosotros, los niños mimados de la Naturaleza) en un siglo ilustrado?

–Prefiramos la Luz de los siglos –me respondió sonriendo.

Habíamos llegado al rellano con las velas en las manos.

Un largo pasillo paralelo al de abajo separaba mi habitación de la de mi anfitrión: insistió en instalarme él mismo. Entramos; miró si faltaba algo y cuando se acercó a mí para estrecharme la mano y darme las buenas noches, un vivo reflejo de mi vela cayó en su rostro. ¡Esta vez, me estremecí.

¿Era un agonizante quien estaba de pie, allí, cerca del lecho? ¡El rostro que estaba delante de mí no era, no podía ser, el rostro de la cena! O, al menos, si lo reconocía vagamente, me parecía que no lo había visto, realmente, sino en ese momento. Una única reflexión me hizo comprender: el abate me producía, humanamente, la segunda sensación que, por una oscura correspondencia, su casa me había hecho sentir.

La cabeza que contemplaba era grave, muy pálida, de una palidez mortal, y las pupilas estaban cerradas. ¿Había olvidado mi presencia? ¿Rezaba? ¿Por qué se mantenía así? Su persona estaba revestida de una solemnidad tan repentina que cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, un segundo después, el buen abate estaba todavía allí, ¡pero ahora sí que lo reconocía! ¡En buena hora! Su amistosa sonrisa disipaba en mí cualquier preocupación. Aquella impresión no había durado tanto como para hacerle una pregunta. Había sido una aprensión, una especie de alucinación.

Maucombe me deseó, por segunda vez, buenas noches y se retiró.

Una vez solo pensé: «¡Un profundo sueño, eso es lo que necesito!»

Excitado pensé en la Muerte; encomendé mi alma a Dios y me metí en la cama.

Una de las particularidades de la extremada fatiga es la imposibilidad de conciliar el sueño inmediatamente. Todos los cazadores han sentido lo mismo. Es algo notorio.

Yo esperaba dormir rápida y profundamente. Tenía puestas grandes esperanzas en una buena noche. Pero, al cabo de diez minutos, me fue preciso reconocer que el nervioso malestar no se dejaba adormecer. Oía tics–tacs, breves crujidos de la madera y de las paredes. Sin duda, relojes de muerte[3]. Cada uno de los imperceptibles ruidos de la noche se correspondía, en todo mi ser, con una descarga eléctrica.

Las negras ramas se agitaban con el viento, en el jardín. A cada momento, briznas de hiedra golpeaban mi ventana. Tenía un sentido auditivo comparable al de la gente que muere de hambre.

–He tomado dos tazas de café –pensé–. ¡Es eso!

Y, apoyándome en la almohada, me puse a contemplar, obstinadamente, la luz de la

vela, colocada encima de la mesilla cercana. La miré con fijeza, por entre las pestañas, con esa intensa atención que la absoluta distracción del pensamiento da a la mirada.

Una pequeña pila de agua bendita, de porcelana coloreada, con su rama de boj, estaba colgada en la cabecera de mi cama. Mojé mis párpados con agua bendita para refrescarlos, luego apagué la vela y cerré los ojos. El sueño se acercaba: la fiebre se apaciguaba.

Iba a dormirme.

Tres golpecitos secos, imperativos, sonaron en mi puerta.

–¡Eh! –me dije sobresaltado.

Entonces comprendí que mi primer sueño ya había comenzado. Ignoraba dónde me encontraba. Me creía en París. Algunos reposos producen esa clase de ridículos olvidos. Al haber perdido de vista, casi inmediatamente, la causa principal de mi despertar, me estiré voluptuosamente, en una completa inconsciencia de mi situación.

–A propósito –me dije a mí mismo de pronto–, pero, ¿han llamado? ¿Quién puede ser?…

En esa parte de mi frase vino a mi memoria la confusa y oscura noción de que ya no estaba en París sino en un presbiterio de Bretaña, en casa del abate Maucombe.

En un abrir y cerrar de ojos, me encontré en medio de la habitación.

Mi primera impresión, al mismo tiempo que la del frío en los pies, fue la de una viva luz. La luna llena brillaba, frente a la ventana, por encima de la iglesia, y, en el suelo, por entre las blancas cortinas, recortaba su ángulo de llama pálida y desierta.

Era medianoche.

Mis ideas eran mórbidas. ¿Qué sucedía? La oscuridad era extraordinaria.

Cuando me aproximaba a la puerta, un rayo de luz, que surgía del ojo de la cerradura, cayó en mi mano y en mi manga.

Había alguien detrás de la puerta: realmente habían llamado.

Sin embargo, a dos pasos del pomo, me detuve.

Una cosa me parecía sorprendente: la naturaleza de la luz que recorría mi mano. Era una luz helada, sangrienta, que no iluminaba. Por otro lado, ¿cómo podía ser que no viera ningún rastro de luz bajo la puerta, en el corredor? ¡En verdad, lo que surgía del ojo de la cerradura me producía la impresión de la mirada fosforescente de un búho!

En ese momento, fuera, el carillón de la iglesia, en medio del viento nocturno, dio la hora.

–¿Quién está ahí? –pregunté en voz baja.

La luz se apagó: iba a acercarme…

Pero la puerta se abrió, totalmente, lenta y silenciosamente.

Ante mí, en el pasillo, estaba, de pie, una figura alta y negra, un cura, con el sombrero en la cabeza. La luna lo iluminaba por completo, a excepción del rostro: sólo veía el fuego de sus pupilas que me observaban con una solemne fijeza.

Un halo del otro mundo envolvía al visitante, su actitud oprimía mi alma. Paralizado por un terror que instantáneamente llegó al paroxismo, contemplé, en silencio, al desolador personaje.

De pronto, el cura alzó el brazo, lentamente hacia mí. Me mostraba algo pesado y vago. Era una capa. Una gran capa negra, una capa de viaje. Me la tendía, ¡como si me la ofreciera!…

Cerré los ojos para no verlo. ¡Oh! ¡No quería verlo! Pero un pájaro nocturno, con un espantoso grito, pasó entre nosotros, y el viento de su aleteo, al rozar mis párpados, me hizo

reabrirlos. Percibí que volaba por la habitación.

Entonces –y con un estertor de angustia, porque las fuerzas me traicionaban impidiéndome gritar–, cerré la puerta con mis dos manos crispadas y extendidas y eché violentamente el cerrojo, ¡frenético y con los cabellos erizados!

Cosa extraña, me pareció que todo lo sucedido no provocaba ningún ruido.

Era más de lo que mi organismo podía soportar. Me desperté. Estaba sentado en la cama, con los brazos estirados hacia delante; estaba helado, con la frente empapada de sudor; mi corazón golpeaba las paredes de mi pecho con grandes y sombríos latidos.

–¡Ah! –me dije–. ¡Qué sueño más espantoso!

Sin embargo, mi insuperable ansiedad persistía. Necesité más de un minuto antes de atreverme a mover el brazo para coger las cerillas: temía sentir que una mano tomase la mía en la oscuridad y me la estrechase amigablemente.

Tuve un sobresalto al oír el chasquido de las cerillas en el hierro del candelabro. Encendí la vela.

Al punto, me sentí mucho mejor; la luz, vibración divina, transforma los fúnebres entornos y nos consuela de los terrores.

Decidí beber un vaso de agua fría para reponerme del todo y salí del lecho.

Al pasar delante de la ventana, noté una cosa: la luna era exactamente igual a la de mi sueño, aunque no la hubiera visto antes de meterme en la cama; y, al ir, con la vela en la mano, a examinar la cerradura de la puerta, constaté que una vuelta de llave había sido dada desde dentro, cosa que yo no había hecho antes de dormirme.

Ante tales descubrimientos, miré a mi alrededor. Comencé a pensar que el asunto tenía un carácter bastante insólito. Me volví a acostar, me recosté, e intenté razonar, probándome a mí mismo que todo era un ataque de sonambulismo muy lúcido, pero esto me tranquilizaba cada vez menos. Sin embargo, el cansancio se apoderó de mí como una ola, acunó mis negros pensamientos y me durmió repentinamente en mi angustia.

Cuando desperté, un sol espléndido iluminaba la habitación.

Era una mañana radiante. Mi reloj, colgado en la cabecera del lecho, señalaba las diez. Porque, ¿hay algo mejor que el día, el sol radiante, para reconfortamos? ¡Sobre todo cuando se siente el exterior embalsamado y el campo lleno de una fresca brisa en los árboles, y las espinosas malezas, las cunetas cubiertas de flores totalmente húmedas por el rocío de la aurora!

Me vestí a toda prisa, sin acordarme del oscuro comienzo de mi última noche.

Totalmente recuperado por reiteradas abluciones de agua fría, bajé.

El abate Maucombe se encontraba ya en el comedor: sentado ante una mesa puesta, leía un periódico mientras me esperaba.

Nos estrechamos la mano.

–¿Has pasado una buena noche, mi querido Xavier? –me preguntó.

–¡Excelente! –respondí distraídamente (por costumbre y sin conceder la menor importancia a lo que yo decía).

La verdad es que tenía apetito: eso es todo.

Apareció Nanon trayéndonos el desayuno.

Mientras lo tomábamos, nuestra charla fue a la vez profunda y alegre: el hombre que vive santamente conoce la alegría y sabe comunicarla.

De repente me acordé de mi sueño.

–A propósito, mi querido abate, recuerdo que he tenido esta noche un sueño singular, y de una rareza… ¿cómo podría expresarlo? Veamos… ¿sorprendente?,

¿pasmosa?, ¿terrorífica? Juzgue y escoja.

Y, mientras pelaba una manzana, comencé a narrarle con todo detalle la negra alucinación que había turbado mi primer sueno.

En el momento en que había llegado al gesto del sacerdote al ofrecerme la capa, y antes de que hubiera iniciado esa frase, se abrió la puerta del comedor. Nanon, con esa familiaridad propia del ama de llaves de un cura, entró, como un rayo de sol, en nuestra conversación, e, interrumpiéndome, me entregó un papel.

–¡Aquí tiene una carta «urgente» que un campesino acaba de traer, hace un instante, para el señor! –dijo.

–¡Una carta! ¡Ya! –exclamé, olvidándome de mi historia–. Es de mi padre. ¿Cómo es posible? Mi querido abate, me permite que la lea, ¿no es cierto?

–¡Sin duda! –dijo el abate Maucombe, perdiendo también la historia de vista y sufriendo magnéticamente el interés que tomaba en la carta–: ¡sin duda!

La abrí.

Así, la súbita irrupción de Nanon había desviado nuestra atención.

–Vaya –dije–, ¡qué gran contrariedad!: Apenas he llegado y ya me veo obligado a partir.

–¿Cómo? –preguntó el abate Maucombe, dejando su taza sin beber.

–Me ha escrito para que regrese a toda prisa, a causa de un proceso de gran importancia. Esperaba que no se viese la causa hasta diciembre: pero me avisa que se va a ver en la próxima quincena y como soy el único que puede ordenar los datos que nos harán ganar el juicio, tengo que ir… ¡Vaya!, ¡qué fastidio!

–¡Verdaderamente, es enojoso! –dijo el abate–; ¡muy enojoso! Al menos, prométeme que en cuanto ese asunto haya terminado… El gran negocio es la salvación: ¡yo esperaba servir para algo en lo referente a la tuya y te escapas! Yo que pensaba que el buen Dios te había enviado…

–Mi querido abate, –exclamé–, le dejo mi escopeta. Antes de tres semanas estaré de vuelta y, esa vez, si quiere, me quedaré algún tiempo.

–Ve, pues, en paz –dijo el abate Maucombe.

–¡Es que se trata de casi toda mi fortuna! –murmuré.

–¡La fortuna es Dios! –dijo simplemente Maucombe.

–Y mañana, cómo viviría yo si…

–Mañana, no se vive ya –respondió.

En seguida nos levantamos de la mesa, un poco consolados del contratiempo por la promesa de mi retorno.

Fuimos a pasear por el jardín y a visitar las dependencias del presbiterio.

Durante toda la jornada, el abate me mostró, con complacencia, sus pobres tesoros rurales. Luego, mientras leía su breviario, me fui, solitario, a los alrededores, para respirar con deleite el aire fresco y puro. Maucombe, a su vuelta, narró algo de su viaje a Tierra Santa; todo ello nos mantuvo ocupados hasta la hora del crepúsculo.

Llegó la noche. Tras una frugal cena, le dije al abate Maucombe:

–Amigo mío, el express sale a las nueve en punto. Desde aquí a R… tengo una hora y media de camino. Necesito media hora para dejar el caballo en el albergue y pagar la posada; en total, dos horas. Son las siete: lo dejo ahora mismo.

–Te acompañaré un poco –dijo el sacerdote–: este paseo será saludable.

–A propósito –le dije yo preocupado–, esta es la dirección de mi padre (es donde resido en París), por si debemos escribirnos.

Nanon cogió la tarjeta y la depositó en una juntura del cristal.

Tres minutos después, el abate y yo abandonábamos el presbiterio y avanzábamos por el camino. Yo tenía mi caballo cogido por la brida, como es lógico.

Éramos ya dos sombras.

Cinco minutos después de nuestra partida, una penetrante bruma, una llovizna fina y muy fría, arrastrada por una ráfaga de viento, golpeó nuestras manos y rostros.

Me detuve.

–Mi viejo amigo –dije al abate–, ¡no!, decididamente, no puedo permitir esto. Su existencia es demasiado preciosa y esta humedad glacial es malsana. Vuelva. Esta lluvia podría empaparlo peligrosamente. Regrese, se lo ruego.

Al cabo de unos instantes, el abate, pensando en sus fieles, se rindió a mis razonamientos.

–¿Tengo tu promesa, amigo mío? –me dijo.

Y como yo le tendiera la mano:

–¡Un momento! –añadió–, estoy pensando que aún tienes mucho camino que hacer y que esta bruma, en efecto, es penetrante.

Tuve un temblor. Estábamos el uno junto al otro, inmóviles, mirándonos fijamente como dos viajeros impacientes.

En ese momento la luna se elevó por encima de los pinos, detrás de las colinas, iluminando los prados y los bosques en el horizonte. Ella nos bañó espontáneamente con su pálida y triste luz, con su llama desierta y blanca. Nuestras siluetas y la del caballo se dibujaron, enormes, en el camino. Y, por el lado de las viejas cruces de piedra, allá abajo, viejas cruces ruinosas que se alzan en ese cantón de Bretaña, aquéllas en las que se posan los funestos pájaros escapados del bosque de los Agonizantes, oí, a lo lejos, un espantoso grito: el áspero y alarmante falsete del grajo. Una lechuza de ojos de fósforo, cuya luz temblaba en una gran rama de una encina, se echó a volar y pasó entre nosotros, prolongando aquel grito.

–¡Vamos! –continuó el abate Maucombe–, estaré en mi casa en un minuto; así que ¡tome!, ¡tome esta capa! ¡Tengo mucho interés en ello… mucho! –añadió con un tono inolvidable–. Me la enviará con el sirviente de la posada que viene al pueblo todos los días… Se lo ruego.

El abate, mientras pronunciaba esas palabras, me tendía la negra capa. Yo no veía su rostro, a causa de la sombra que proyectaba la teja: pero distinguía sus ojos que me observaban con una solemne fijeza.

Me echó la capa sobre los hombros, la abrochó con un aire tierno e inquieto, mientras yo, sin fuerzas, cerraba los párpados. Y aprovechando mi silencio, se marchó apresuradamente hacia su casa. En un recodo del camino, desapareció.

Con una cierta fortaleza de ánimo, y también un poco maquinalmente, salté sobre el caballo. Luego permanecí inmóvil.

Ahora yo estaba solo en el camino. Percibía los mil ruidos del campo. Al reabrir los ojos, vi el inmenso y lívido cielo en el que huían numerosas nubes sin brillo, escondiendo la luna, la naturaleza solitaria. A pesar de todo, me mantuve derecho y firme, aunque debía de estar tan blanco como el papel.

–¡Venga! –me dije–, ¡calma! Tengo fiebre y estoy sonámbulo. Eso es todo.

Intenté alzar los hombros: un peso secreto me lo impidió.

Mas he aquí que, surgiendo del fondo del horizonte, de lo más profundo de esos bosques descritos, una bandada de quebrantahuesos, con gran aleteo, pasó, gritando

horribles y desconocidas sílabas, por encima de mi cabeza. Se posaron en el tejado del presbiterio y del campanario, en la lejanía; y el viento me trajo sus tristes gritos. A fe mía que tuve miedo. ¿Por qué? ¿Quién me lo explicará algún día? Yo he visto el fuego; mi espada ha chocado con muchas otras; mis nervios están mejor templados, quizás, que los de los más flemáticos y más débiles: sin embargo, afirmo, muy humildemente, que en ese momento tuve miedo de verdad. Incluso he concebido cierta estima intelectual hacia mi mismo. Cualquiera no tiene miedo de esas cosas.

Así pues, en silencio, ensangrentaba los flancos del pobre caballo, y con los ojos cerrados, las riendas sueltas, los dedos crispados sobre las crines, la capa flotando detrás de mí, sentí que el galope del animal eran tan violento que iba rozando la tierra con su vientre: de vez en cuando mi sordo gruñido en su oreja le comunicaba, seguramente y por instinto, el supersticioso horror que me estremecía muy a mi pesar. De tal manera que llegamos al pueblo en menos de media hora. El sonido del adoquinado de las calles me hizo levantar la cabeza y respirar.

¡Casas!, ¡tiendas iluminadas! ¡Por fin veía rostros humanos tras los cristales! ¡Veía transeúntes! ¡Abandonaba el país de las pesadillas!

En la posada me instalé ante un buen fuego. La conversación de los carreteros me sumió en un estado semejante al éxtasis. Yo salía de la Muerte. Contemplé las llamas por entre mis dedos. Tragué un vaso de ron. Al fin recobraba el control de mis facultades.

Sentía que había vuelto a la vida.

Incluso estaba un poco avergonzado, digámoslo, por mi pánico.

¡Cómo me tranquilicé, cuando cumplí el encargo del abate Maucombe! ¡Con qué mundana sonrisa examiné la negra capa, al entregársela al posadero! La alucinación se había desvanecido. Yo hubiese sido, gustosamente, como dice Rabelais, «un buen compañero».

La capa en cuestión no parecía tener nada de extraordinaria ni siquiera de particular, a no ser que era muy vieja e incluso estaba remendada, recosida, y forrada con una especie de extraña ternura. Una profunda caridad, sin duda, llevaba el abate Maucombe a dar como limosna el dinero de una capa nueva: al menos, así me explicaba yo la cuestión.

–¡Muy bien! –dijo el posadero–: el chico debe ir al pueblo en seguida: va a salir ya; al pasar entregará la capa en casa del señor Maucombe, antes de las diez.

Una hora después, en mi vagón, con los pies en el calentador, envuelto en mi reconquistada hopalanda, me decía, mientras encendía un buen cigarro y escuchaba el ruido del silbato de la locomotora:

–Decididamente, prefiero con mucho ese grito al de los búhos.

Debo confesar que me arrepentía de haber prometido que regresaría.

Finalmente me dormí con un buen sueño, olvidando completamente lo que desde entonces yo debía considerar como una insignificante coincidencia.

Tuve que detenerme seis días en Chartres para reunir las piezas que luego llevaron a la favorable conclusión del proceso.

Por fin, con la mente llena de ideas de papeluchos y de ardides y bajo el abatimiento de mi enfermizo aburrimiento, volví a París, justo la tarde del séptimo día después de mi marcha del presbiterio.

Llegué directamente a mi casa, hacia las nueve. Subí. Encontré a mi padre en el salón. Estaba sentado, junto a un velador, iluminado por una lámpara. Tenía una carta abierta en sus manos.

Tras algunas palabras:

–¡Estoy seguro de que no sabes la noticia que me cuenta esta carta! –me dijo–: nuestro buen y viejo amigo el abate Maucombe murió tras tu partida.

Ante tales palabras sentí una conmoción.

–¡Qué! –respondí.

–Sí, muerto, anteayer, hacia medianoche, tres días después de que te marchases de su presbiterio, a causa de un frío que cogió en el camino. La carta es de la vieja Nanon. La pobre mujer parece tener la cabeza tan perdida, que incluso repite dos veces una misma frase… extraña… a propósito de una capa… ¡Léela tú mismo!

Me tendió la carta que anunciaba la muerte del santo sacerdote, en efecto, y leí estas simples líneas:

«Era muy feliz –decía él en sus últimas palabras–, porque en su último suspiro estaba envuelto y amortajado en la capa que había traído de su peregrinación por Tierra Santa, y que había tocado EL SANTO SEPULCRO.»

[1] Considera, hombre, lo que has sido antes de tu nacimiento y lo que serás hasta tu muerte. Cierto, hubo un tiempo en que tú no existías. Después, hecho de la materia vil, alimentado de sangre menstrual en la matriz de tu madre, la placenta fue tu segundo vestido. Luego, envuelto en un vil andrajo, ¡tú viniste hacia nosotros, los hombres, así vestido y adornado! Y no te acuerdas de tus orígenes. El hombre no es sino fétido esperma, uso saco de basura, alimento para los gusanos. Sin Dios, ciencia, sabiduría y razón pasan como las nubes. Después del hombre, el gusano. Después del gusano, el hedor y el horror. Así todo hombre se ha transformado en algo que ya no es humano. ¡Por qué adornar y pintar esa carne que los gusanos devorarán dentro de algunos días, si tú no adornas tu alma que deberá presentarse en los cielos ante Dios y sus Ángeles!

[2] Robert d’Arbnissel: Fundador de la abadía de Fontevrault. Según se cuenta, dormía castamente entre las monjas para vencer las tentaciones.

[3] Relojes de muerte: insecto que roe la madera con un tic-tac semejante a un reloj.

La desconocida

A la señora condesa de Lacios

El cisne calla durante toda su vida
para cantar bien una sola vez.
Antiguo proverbio

Era el sagrado muchacho a quien
un bello verso hace palidecer.
Andrien Juvigny

Aquella noche, todo París resplandecía en los Italiens. Se representaba Norma. Era la función de despedida de María-Felicia Malibrán.

La sala entera, con los últimos acordes de la plegaria de Bellini, Casta diva, se había levantado y reclamaba a la cantante en un glorioso tumulto. Le arrojaban flores, pulseras, coronas. ¡Un sentimiento de inmortalidad envolvía a la augusta artista, casi moribunda, y que se alejaba, creyendo cantar!

En el centro de las butacas de patio, un joven, cuya fisonomía expresaba un alma resuelta y orgullosa, manifestaba, rompiendo sus guantes a fuerza de aplaudir, la apasionada admiración que experimentaba.

Nadie, en el mundo parisino, conocía a este espectador. No tenía aire provinciano, sino extranjero. Con su vestimenta nueva, pero de lustre apagado y de corte irreprochable, sentado en su butaca, hubiera parecido casi singular, sin la instintiva y misteriosa elegancia que emanaba de su persona. Al examinarlo, se hubiera buscado en torno suyo espacio, cielo y soledad. Era extraordinario: pero París ¿no es la ciudad de lo Extraordinario?

¿Quién era y de dónde venía?

Era un adolescente salvaje, un huérfano señorial –uno de los últimos de este siglo–, un melancólico noble del Norte, escapado de la noche de una casa solariega de Cornualles, desde hacía tres días.

Se llamaba conde Félicien de la Vierge; poseía el castillo de Blanchelande, en la Baja Bretaña. Una ardiente sed de existencia, una curiosidad por conocer nuestro maravilloso infierno, se había apoderado y había enfebrecido, repentinamente, a este cazador, allá abajo… Se había puesto en camino y, sin más, allí estaba. Su presencia en París sólo databa de la mañana, de tal manera que sus grandes ojos eran aún espléndidos.

¡Era su primera noche de juventud! Tenía veinte anos. Era su entrada en un mundo de fuego, de olvido, de banalidades, de oro y de placeres. Y, por casualidad, había llegado en el momento de oír el adiós de la que se iba.

Pocos momentos le bastaron para acostumbrarse a la brillantez de la sala. Pero, desde las primeras notas entonadas por la Malibran, su alma se había estremecido; la sala había desaparecido. La costumbre del silencio de los bosques, del viento ronco de los escollos, del rumor del agua sobre las piedras de los torrentes y de los graves crepúsculos, había educado como poeta a este joven orgulloso, y en el timbre de la voz que oía, le parecía que el alma de las cosas le enviaba una lejana plegaria para que volviera.

En el momento en que, transportado de entusiasmo, aplaudía a la inspirada artista, sus manos se detuvieron; se quedó inmóvil.

En el balcón de un palco acababa de aparecer una joven de gran belleza. Miraba hacia el escenario. Las finas y nobles líneas de su perfil perdido se ensombrecían por las rojas tinieblas del palco, como un camafeo de Florencia en su medallón. Pálida, con una gardenia en sus cabellos oscuros, y totalmente sola, ella apoyaba su mano, de contornos aristocráticos, en el antepecho del palco. En el hueco del corpiño de su vestido de muaré negro, velado con encajes, una piedra enferma, un admirable ópalo, semejante a su alma, lucía en un engaste de oro. Con aire solitario, indiferente a toda la sala, ella parecía olvidarse de sí misma bajo el invencible encanto de esa música.

El azar quiso, sin embargo, que ella volviese, vagamente, los ojos hacia la multitud; en este instante, la mirada del joven y la suya se encontraron un segundo, el tiempo de brillar y apagarse.

¿Se habían conocido en algún momento?… No. No en la tierra. Pero que aquéllos que puedan decir dónde comienza el Pasado, decidan cuándo se habían poseído verdaderamente los dos seres, puesto que esa única mirada los había persuadido, de una vez y para siempre, de que su unión era anterior a este encuentro. El relámpago ilumina, de una sola vez, las olas y la espuma de la mar nocturna, y, en el horizonte, las lejanas líneas de plata de las aguas: así la impresión en el corazón del joven, tras esa rápida mirada, no fue gradual; ¡fue el íntimo y mágico deslumbramiento de un mundo que se desvela! Cerró los párpados como para retener en ellos los dos luceros azules que se habían perdido; luego, quiso resistirse a ese vértigo opresor. Levantó los ojos hacia la desconocida.

Pensativa, ella todavía posaba su mirada en la de él, como si hubiera comprendido el pensamiento de ese salvaje amante, ¡y como si hubiera sido algo natural!, Félicien se

sintió palidecer; tuvo la sensación, en esa rápida ojeada, de dos brazos que se unían, lánguidamente, alrededor de su cuello. ¡Ya estaba! ¡El rostro de la mujer acababa de reflejarse en su alma como en un espejo familiar, de encamarse y de reconocerse en él!, ¡de fijarse para siempre jamás bajo la magia de unos pensamientos casi divinos! Amaba con el primer e inolvidable amor.

Sin embargo, la joven, tras desplegar su abanico, cuyos negros encajes tocaban sus labios, parecía haber recaído en su distracción. Ahora, se hubiera podido decir que ella escuchaba exclusivamente las melodías de Norma.

En el momento de elevar sus binóculos hacia el palco, Félicien pensó que sería una inconveniencia.

–¡Puesto que la amo! –se dijo.

Impaciente por el final del acto, se recogía en sí mismo. ¿Cómo hablar con ella? ¿Saber su nombre? No conocía a nadie. ¿Consultar al día siguiente el registro de los Italiens? ¿Y si era un palco cualquiera, comprado especialmente para tal función? La hora apremiaba, la visión iba a desaparecer. ¡Bien!, su coche la seguiría, eso era todo… Le parecía que no existía otro medio. Después: ¡ya se las ingeniaría! Luego, con una ingenuidad… sublime, se dijo:

–Si ella me ama, se dará cuenta y me dejará algún indicio.

Cayó el telón. Félicien abandonó en seguida la sala. Una vez en el peristilo, sencillamente, se paseó delante de las estatuas.

Cuando se acercó su criado, le susurró algunas instrucciones; el criado se apartó a una esquina y permaneció allí muy atento.

El enorme rumor de la ovación dedicada a la cantante cesó poco a poco, como todos los rumores de triunfo de este mundo. Bajaban la gran escalera. Félicien, con la mirada fija en lo más alto, entre los dos jarrones de mármol de donde fluía el río deslumbrante del gentío, esperó.

No se fijó en nada, ni en los rostros radiantes, ni en los tocados, ni en las flores de las jóvenes, ni en los cuellos de armiño, ni en la brillante oleada que fluía ante él, bajo las luces.

Y toda esa multitud se desvaneció en seguida, poco a poco, sin que la joven apareciera.

¿La había dejado escapar sin reconocerla?… ¡No!, era imposible Un viejo sirviente, empolvado, cubierto de pieles, permanecía aún en el vestíbulo. En los botones de su librea negra brillaban las hojas de apio de una corona ducal.

De pronto, en lo alto de la solitaria escalera, ella apareció. ¡Sola! Esbelta, con un abrigo de terciopelo y cubiertos los cabellos por una mantilla de encaje, apoyaba su enguantada mano en la barandilla de mármol. Percibió a Félicien de pie junto a una estatua, pero no pareció preocuparse mucho por su presencia.

Descendió tranquilamente. Cuando se aproximó al criado, le dijo algunas palabras en voz baja. El lacayo se inclinó y se retiró sin esperar más. Un instante después se oyó el ruido de un coche que se alejaba. Entonces ella salió. Bajó, siempre sola, los escalones exteriores del teatro. Félicien apenas tuvo tiempo de decir estas palabras a su criado.

–Vuelve solo al hotel.

En un momento, él se encontró en la plaza de los Italiens, a unos pasos de la dama; la multitud había desaparecido ya en las calles cercanas; se debilitaba el lejano eco de los coches.

Era una noche de octubre, seca, estrellada.

La desconocida andaba muy lentamente y como poco habituada. ¿Seguirla? Era preciso y se decidió. El viento del otoño le traía el débil perfume de ámbar que brotaba de ella, y el lánguido y sonoro rumor del muaré sobre el asfalto.

Ante la calle Mosigny, ella se orientó durante un segundo, y luego caminó, como indiferente, hasta la calle de Grammont, desierta y apenas iluminada.

De pronto, el joven se detuvo; una idea cruzó su pensamiento. ¡Quizás era extranjera!

¡Un coche podía pasar y arrebatársela para siempre! ¡Y al día siguiente tendría que enfrentarse con las piedras de una ciudad, sin poder encontrarla!

¡Estar separado de ella, sin cesar, por el azar de una calle, de un instante que puede durar una eternidad! ¡Qué futuro! Este pensamiento lo turbó hasta hacerle olvidar cualquier norma de educación.

Se adelantó a la joven en el ángulo de la oscura calle; entonces se volvió, se puso horriblemente pálido y, apoyándose en el pilar de hierro de un farol, la saludó; luego, muy sencillamente, mientras que una especie de magnetismo encantador emanaba de todo su ser:

–Señora –dijo–, usted lo sabe; la he visto esta noche, por vez primera. Como temo no verla más, es preciso que le diga –él desfallecía– ¡que la amo! –acabó en voz baja–, y que, si me rechaza, moriré sin repetir estas palabras a nadie.

Ella se detuvo, levantó su velo y contempló a Félicien con atenta fijeza. Tras un corto silencio:

–Señor –respondió ella con una voz cuya pureza dejaba transparentar las más lejanas intenciones del espíritu–, señor, el sentimiento que le hace palidecer y tener ese aspecto debe de ser, en efecto, muy profundo, para que encuentre en él la justificación de lo que hace. Por lo tanto, no me siento ofendida en modo alguno. Repóngase, y téngame por una amiga.

Félicien no se extrañó por tal respuesta: le parecía natural que el ideal respondiese idealmente.

La circunstancia era de ésas en que los dos debían recordar, si eran dignos de ello, que pertenecían a la raza de quienes imponen las conveniencias y no de quienes las sufren. Lo que los humanos llaman, por azar, las conveniencias, sólo es una imitación mecánica, servil y casi simiesca de eso que ha sido practicado por seres de superior naturaleza en circunstancias generales.

En un impulso de ingenua ternura, él besó la mano que ella le ofrecía.

–¿Quiere darme la flor que ha llevado en sus cabellos toda la función?

La desconocida se quitó silenciosamente la pálida flor, bajo los encajes, y, al ofrecérsela a Félicien:

–Adiós ahora –dijo ella–, y para siempre.

–¡Adiós!… –balbuceó él–. ¿Por lo tanto, no me ama? ¡Ah! ¡Está casada! –exclamó de repente.

–No.

–¡Libre! ¡Cielos!

–¡Sin embargo, olvídeme! Es preciso, señor.

–¡Pero se ha convertido, en un instante, en el latido de mi corazón! ¿Acaso puedo vivir sin usted? ¡El único aire que quiero respirar es el suyo! Lo que dice no lo entiendo: olvidarla… ¿cómo?

–Soy víctima de una terrible desgracia. Confesársela sería entristecerlo hasta la

muerte, es inútil.

–¡Qué desgracia puede separar a los que se aman!

–Ésta.

Al pronunciar esa palabra, ella cerró los ojos.

La calle se prolongaba, absolutamente desierta. Un portal que daba sobre un pequeño cercado, una especie de triste jardín, estaba abierto junto a ellos. Parecía que les ofrecía su sombra.

Félicien, como un niño irresistible, que adora, la llevó bajo esa bóveda de tinieblas, rodeando con su brazo el talle que se abandonaba.

La embriagadora sensación de la seda tensa y tibia que se moldeaba alrededor de ella, le comunicó el febril deseo de estrecharla, de llevársela, de perderse en su beso. Resistió. Pero el vértigo le quitaba la facultad de hablar. Sólo encontró estos balbuceos y estas confusas palabras:

–¡Dios mío, pero cuánto la amo!

Entonces la mujer inclinó la cabeza sobre el pecho del que la amaba y, con una voz amarga y desesperada:

–¡Yo no le oigo! Me muero de vergüenza! ¡No le oigo! ¡No oiré su nombre! ¡No oiré su último suspiro! ¡No oigo los latidos de su corazón que golpean mi frente y mis párpados! ¡No ve el espantoso sufrimiento que me mata! ¡Yo soy… ah! ¡Soy SORDA!

–¡Sorda! –exclamó Félicien, fulminado por un frío estupor y temblando de la cabeza a los pies.

–Sí, desde hace años. ¡Oh! Toda la ciencia humana sería impotente para sustraerme de este horrible silencio. ¡Soy tan sorda como el cielo y como una tumba, señor! Es para maldecir este día, pero es verdad. ¡Por lo tanto déjeme!

–Sorda –repetía Félicien, quien, tras esta inimaginable revelación, se había quedado sin pensamiento, trastornado y sin poder reflexionar ni siquiera en lo que decía–. ¿Sorda?…

Después, de repente:

–¡Pero, esta noche, en los Italiens –exclamó él–, usted aplaudía esa música!

Él se paró, pensando que no iba a oírlo. El asunto resultaba de repente tan espantoso que incitaba a la sonrisa:

–¿En los Italiens?… –respondió ella sonriendo–. ¿Olvida que he tenido tiempo para estudiar el aspecto de muchas emociones? ¿Soy la única? Nosotros pertenecemos al rango que el destino nos otorga y nuestro deber es mantenerlo. ¿Esa noble mujer que cantaba no merecía algunas supremas muestras de simpatía? Por otro lado, ¿piensa que mis aplausos diferían en algo de los de los más entusiasta dilettanti? ¡Hace tiempo yo componía música!…

Ante esas palabras, Félicien la miró, un poco asustado, aunque esforzándose en sonreír todavía:

–¡Oh! –dijo–, ¿es que se burla de un corazón que la ama hasta la desesperación? ¡Se acusa de no oír y sin embargo me responde!…

–¡Ay! –dijo ella–, ¡eso que dice lo cree personal, amigo mío! Es sincero; pero sus palabras son nuevas solamente para usted. Para mí, forman parte de un diálogo del que he aprendido, de antemano, todas las respuestas. Desde hace años, para mí siempre es lo mismo. Es un papel cuyas frases están dictadas y precisadas con una exactitud verdaderamente terrible. Yo lo domino hasta tal punto que si aceptase –lo cual sería un crimen– unir mi desgracia, aunque sólo fuese durante algunos días, a su destino, se olvidaría a cada momento de la funesta confidencia que acabo de hacerle. ¡Yo le daría la

ilusión completa, exacta, ni más ni menos que cualquier otra mujer, se lo aseguro! Sería incluso, incomparablemente, más real que la realidad misma. Piense que las circunstancias dictan siempre las mismas palabras y que el rostro se armoniza siempre un poco con ellas. No podría creer que no lo oigo, hasta ese punto adivinaría justamente. No pensemos más en ello. ¿Quiere?

Esta vez se sintió aterrado.

–¡Ah! –dijo él–, ¡qué amargas palabras tiene derecho a pronunciar!… Pero yo, si eso es así, yo quiero compartir con usted, aunque sea el silencio eterno, si es preciso. ¿Por qué quiere excluirme de su infortunio? ¡Yo hubiera compartido su felicidad! Y nuestra alma puede suplir todo lo que existe.

La joven se estremeció, y lo miró con sus ojos llenos de luz

–¿Quiere caminar un poco, dándome el brazo, por esta sombría calle? –dijo ella–. Nos imaginaremos que es un paseo lleno de árboles, de primavera y de sol. Yo también tengo algo que decirle y que no repetiré nunca más.

Los dos amantes, con el corazón atenazado de una tristeza fatal, caminaron, tomados de la mano, como dos exilados.

–Escúcheme –dijo ella–, usted que puede oír el sonido de mi voz. ¿Por qué he pensado que no me ofendía? Y, ¿por qué le he respondido? ¿Lo sabe?… Seguramente, es muy sencillo que yo haya adquirido la ciencia de leer en los rasgos de un rostro, y en sus actitudes, los sentimientos que determinan los actos de un hombre, pero lo que es totalmente diferente es que yo presiento, con una exactitud profunda y, por así decirlo, casi infinita, el valor y la calidad de los sentimientos, igual que la íntima armonía de quien me habla. Cuando ha decidido cometer, conmigo, esa horrible desconsideración de hace un momento, yo era la única mujer, quizás, que podía comprender, en el mismo momento, su verdadera significación.

»Yo le he respondido porque me ha parecido ver brillar en su frente ese signo desconocido que anuncia a aquéllos cuyo pensamiento, lejos de ser oscuro, y estar amordazado y dominado por sus pasiones, engrandece y diviniza todas las emociones de la vida y extrae el ideal contenido en todas las sensaciones que experimentan. Amigo, déjeme enseñarle mi secreto. La fatalidad, en un principio tan dolorosa, que ha golpeado mi ser material, se ha convertido para mí en la emancipación de muchas servidumbres. Me ha liberado de esa sordera intelectual de la que son víctimas la mayor parte de las demás mujeres.

»Mi alma sensible ha vuelto a las vibraciones de las cosas eternas de las que los seres de mi sexo no conocen sino su parodia. Sus oídos están tapiados a tan maravillosos ecos, a esas sublimes prolongaciones. De tal manera que ellas deben únicamente a la agudeza de su oído la facultad de percibir lo que hay de instintivo y de exterior en las más puras y delicadas voluptuosidades. Son como las Hespérides, guardianas de esos encantados frutos cuyo mágico valor ignoran para siempre. ¡Ay!, yo soy sorda… ¡Pero ellas! ¡Qué oyen!… O, más bien, ¿qué escuchan en las palabras que les dirigen, sino un confuso tumor, en armonía con la fisonomía de quien les habla? De tal manera que, desatentas no al sentido aparente, sino a la calidad, reveladora y profunda, al verdadero sentido, finalmente, de cada palabra, ellas se contentan con distinguir una intención de halago, que les basta ampliamente. Es lo que ellas llaman lo «positivo de la vida» con una de sus sonrisas… ¡Oh! ¡Ya verá, si vive! ¡Verá qué misteriosos océanos de candor, de suficiencia y de baja frivolidad esconde, únicamente, esa deliciosa sonrisa! ¡Intente traducir a una de ellas el abismo de amor encantador, divino, oscuro, verdaderamente estrellado,

como la Noche, que sienten los seres de su naturaleza!… Si sus expresiones se filtran hasta su cerebro, en él se deformarán como una fuente pura que atraviesa un pantano. De manera que esa mujer no las habrá oído. «¡La Vida es impotente para colmar tales sueños –dicen ellas–, y usted le exige demasiado!» ¡Ay! ¡Como si la vida no estuviera hecha por los vivos!

–¡Dios mío! –murmuró Félicien.

–Sí –prosiguió la desconocida–, una mujer no escapa a esa condición de la naturaleza, la sordera mental, a menos, tal vez, que pague su rescate a un precio inestimable, como yo. Ustedes atribuyen a las mujeres un secreto, porque ellas sólo se expresan por medio de actos. Altivas, orgullosas de un secreto que ellas mismas desconocen, les gusta hacer creer que se les puede adivinar. Y cualquier hombre, halagado por sentirse el adivino esperado, malgasta su vida para casarse con una esfinge de piedra. Y nadie de entre ellos puede remontarse de antemano hasta esta reflexión: que un secreto, por más terrible que sea, si no es expresado nunca, es igual a nada.

La desconocida se detuvo.

–Soy amarga, esta noche –continuó ella–, y he aquí el porqué: yo no envidio lo que ellas poseen, al haber constatado el uso que hacen de ello, ¡y que, sin duda, yo misma hubiera hecho! ¡Pero aquí está usted, aquí, usted a quien en otro tiempo yo hubiera amado tanto!… ¡yo lo veo!… ¡yo lo adivino!.., reconozco su alma en sus ojos… me la ofrece, ¡y yo no puedo aceptarla!…

La joven escondió su frente entre las manos.

–¡Oh! –respondió en voz baja Félicien, con los ojos llenos de lágrimas–, ¡al menos puedo besarla en el soplo de sus labios! ¡Compréndame! ¡Déjeme vivir!, ¡es tan bella!… ¡el silencio de nuestro amor lo hará más inefable y más sublime, mi pasión aumentará con todo su dolor, con toda nuestra melancolía!… ¡Querida mujer esposada para siempre, vivamos juntos!

Ella lo contemplaba con sus ojos también bañados en lágrimas y, poniendo la mano en el brazo que la enlazaba:

–¡Usted mismo declara que es imposible! –dijo ella–. ¡Escuche todavía!, quiero acabar de revelarle, en este momento, todo mi pensamiento… porque ya no me oirá más… y no quiero ser olvidada.

Ella hablaba lentamente y caminaba con la cabeza apoyada en el hombro del joven.

–¿Vivir juntos?… , dice… Olvida que tras las primeras exaltaciones, la vida toma un carácter de intimidad en el que la necesidad de expresarse exactamente se hace inevitable. ¡Es un instante sagrado! Y es el momento cruel en el que aquéllos que se casan desatentos a sus palabras reciben el castigo irreparable por el poco valor que han concedido a la calidad del sentido real, ÚNICO, en fin, que tales palabras recibían de quienes las pronunciaban «¡No más ilusiones!», se dicen, creyendo así enmascarar, bajo una sonrisa trivial, el doloroso desprecio que sienten, en realidad, por esa clase de amor, y la desesperación que sienten al confesárselo a sí mismos.

»¡Porque no quieren darse cuenta de que no han poseído sino lo que deseaban! Les es imposible creer que –excepto el pensamiento, que transfigura todas las cosas– todo es ILUSIÓN aquí abajo. Y que toda pasión, aceptada y creada en la pura sensualidad, se convierte en seguida en más amarga que la muerte para quienes se han abandonado a ella. Mire el rostro de los transeúntes, y verá si exagero. ¡Pero nosotros, mañana! ¡Cuando ese momento hubiera llegado!… ¡Tendría su mirada, pero no tendría su voz! ¡Tendría su sonrisa.., pero no sus palabras! ¡Y presiento que no debe de hablar como los demás!…

»Su alma primitiva y sencilla debe de expresarse con una vivacidad casi definitiva, ¿no es así? Todos los matices de su sentimiento sólo pueden manifestarse en la música de sus palabras. Sentiría que está lleno de mi imagen, pero la forma que dé a mi ser en sus pensamientos, la forma en que me imagina, y que sólo puede mostrarse con algunas palabras halladas cada día, esa forma sin líneas precisas y que, con ayuda de esas mismas divinas palabras, permanece indecisa y tiende a proyectarse en la Luz para fundirse en ella y pasar a ese infinito que llevamos en nuestro corazón, esa única realidad, finalmente, ¡no la conocería nunca! ¡No! ¡Estaría condenada a no oír esa inefable música, escondida en la voz de un amante, ese murmullo de inauditas inflexiones, que envuelve y hace palidecer!… ¡Quien escribió en la primera página de una sublime sinfonía: "Así es como Dios llama a la puerta!"[1] había conocido la voz de los instrumentos antes de sufrir la misma afección que yo!

»¡Se acordaba mientras componía! Pero yo, cómo podré acordarme de la voz con la que acaba de decirme por vez primera: ¡Yo la amo!… »

Mientras escuchaba estas palabras, el joven se había vuelto sombrío: lo que sentía era terror.

–¡Oh! –exclamó–. ¡Abre en mi corazón abismos de desgracia y de cólera! ¡Tengo el pie en el umbral del paraíso y debo cerrar la puerta a todos mis goces! ¡Es usted la suprema tentadora, en fin… ! Me parece ver brillar en sus ojos no sé qué orgullo por haberme desesperado.

–¡Vamos!, yo soy quién no lo olvidará –respondió ella–. ¿Cómo olvidar esas palabras presentidas que no han sido oídas?

–Señora, ¡mata con placer cualquier joven esperanza que yo pongo en usted!… Sin embargo, si esta presente donde yo viva, ¡juntos venceremos el futuro! ¡Amémonos con valor! ¡Abandónese!

En un movimiento inesperado y femenino, ella unió sus labios a los de él, en la oscuridad, dulcemente, durante algunos segundos. Luego ella dijo con una especie de abandono:

–Amigo, le digo que es imposible. Hay horas de melancolía en que, irritado por mi enfermedad, buscará las ocasiones de constatarla más vivamente todavía. ¡No podría olvidar que no lo oigo… ni perdonármelo, se lo aseguro! ¡Sería fatalmente arrastrado, por ejemplo, a no hablarme más, a no articular sílaba alguna delante de mí! Sólo sus labios me dirían: «Yo la amo», sin que la vibración de su voz turbase el silencio. En fin, acabaría escribiéndome, lo cual sería penoso… ¡No, es imposible! No profanaré mi vida por la mitad del Amor. Aunque virgen, soy viuda de un sueño y quiero permanecer insatisfecha. Se lo digo, no puedo tomar su alma a cambio de la mía. Sin embargo, ¡era el destinado a retener mi ser!… Y es por eso mismo por lo que mi deber es el de arrebatarle mi cuerpo. ¡Me lo llevo! ¡Es mi prisión! ¡Ojalá pueda verme libre de él bien pronto! No quiero saber su nombre… ¡Yo no quiero leerlo!… ¡Adiós! ¡Adiós!…

Un coche se destacaba a algunos pasos, en el recodo de la calle Grammont. Félicien reconoció vagamente al lacayo del peristilo de los Italiens cuando, a una señal de la joven, un doméstico bajó el estribo del carruaje.

Ella abandonó los brazos de Félicien, se desasió como un pájaro, y entró en el coche. Un instante después, todo había desaparecido.

El señor conde de la Vierge volvió, al día siguiente, a su solitario castillo de Blanchelande, y no se ha vuelto a oír hablar de él.

Ciertamente, él podía vanagloriarse de haber encontrado, al primer intento, una

mujer sincera, que había tenido, por fin, el valor de sostener sus opiniones.

[1] Palabras de Beethoven al comienzo de la Novena Sinfonía.

Maryelle

A la señora baronesa de la Salle

Acerca tu boca, dijo ella, mis labios tienen el sabor de un fruto que se fundiría en tu corazón.

Gustave Flaubert, Las tentaciones de San Antonio.

Su desaparición de Mabille, su nuevo aspecto, la discreta elegancia de sus sombríos tocados, sus aires, en fin, de *noli me tangere,* unidos a ciertas *reticencias* que desde entonces empleaban sus favoritos al hablar de ella, todo lo relativo a esa seductora joven, célebre antaño, me intrigaba un poco en aquellas cenas donde su fino y hermoso parloteo galvanizaba incluso a los más morosos príncipes de la *Gomme,* y a quien deseo llamar Maryelle.

Ya que toda semblanza de pudor no es, a veces, para las mujeres ultragalantes más que una última depravación, decidí, puesto que estaba desocupado, profundizar en tal enigma.

Sí, por un legítimo aburrimiento, por una de esas frivolidades de que es capaz cualquier filósofo en sus horas libres (y que no hay que apresurarse a censurar desmedidamente), tomé la decisión de investigar, en cuanto tuviera ocasión, hasta qué grado de la epidermis podía haber penetrado en ella esa capa de barniz, sin dudar que con los primeros arañazos de una conversación sabiamente especiada saltarían, al menos, algunas escamas.

Ayer, en la avenida de la Ópera, me encontré con la misteriosa niña, moldeada en seda negra, una rosa rojo sangre en su cintura y un *gainsborough* sobre su ovalado y fino rostro.

Maryelle cuenta hoy en día veinticinco otoños; sólo un poco pálida, siempre esbelta, excitante, con una belleza de nardo, unida a una distinción de vizcondesa de teatro, y un desconocido encanto en sus ojos.

Entre dos circunstanciales banalidades del momento y encontrándola menos ceremoniosa de lo que me esperaba, la invité sin más preámbulos, a cenar en el Bois, solos los dos, en un molino de cualquier color, para aburrirnos de común acuerdo; los primeros atardeceres de nuestro enervante septiembre coadyuvarían, pensé yo, a sus expansivas confidencias.

Se negó al principio; después, como seducida por mi despreocupado tono de reserva, aceptó. Daban las cinco. Nos fuimos.

El paseo, bajo los ramajes de una de las más desiertas avenidas del Bois, fue silencioso. Maryelle había bajado su velo, temiendo que la vieran, o causarme alguna molestia. El carruaje, según su deseo, iba al paso. No noté nada sorprendente en el semblante de nuestra enigmática amiga, salvo la inusitada atención que dedicó a la puesta de sol.

La cena se mantuvo en un tono tan oficial que, transportado a una cena de familia burguesa en el día de la fiesta del abuelo, no hubiera chocado a nadie. ¡Hablamos, me acuerdo, del… próximo Salón! Ella estaba al tanto, parecía interesarse. En resumen, era absurdo hasta decir basta: ¡es tan divertido jugar al niño bien! Prefiero esto a las cartas.

Para distraerla y atraerla hacia dominios más alegres del espíritu, a los postres, le detallé la aventura de ese vengativo hidalgüelo, que al haber sorprendido (¿a quién?, ¿a que no lo acertáis?) a su mujer, ¡imagínense!, en ligera conversación con su preferido, le hirió mortalmente: luego, mientras éste entregaba su alma, y puesto que la afligida joven se inclinaba, con gran desesperación, sobre el agonizante, pensó (¡extraño refinamiento!) hacer cosquillas en los pies de la esposa infiel para forzarla a que estallase en una carcajada en la agonizante nariz del elegido de su corazón.

Como esta anécdota, plagada de incidentes, hizo sonreír a Maryelle, el hielo se rompió y comenzamos a distraernos algo más.

Cuando nos trajeron los candelabros, el eterno café, las olorosas cajas de La Habana y los cigarrillos rusos, como las ventanas de nuestro reservado daban a unos grandes árboles, yo le dije, mostrándole la Luna que hacía brillar las últimas hojas de oro bruñido:

–Mi querida Maryelle, ¿te acuerdas, vagamente, del otoño pasado?

Ella hizo con la cabeza un movimiento un poco melancólico:

–¡Bah! –respondió ella–. Al invierno siguiente, las hermosas flores de esas dos noches de que me hablas murieron bajo la nieve. Vamos, no intentemos revivir un ramo de sensaciones marchitas, sería esforzarnos en un nulo placer. El capricho voló; ¡es el pájaro azul! Dejemos la jaula abierta, como recuerdo, ¿quieres? Sigamos como amigos.

La hora era encantadora: Maryelle acababa de decir una cosa tan sensata como exquisita; ¿qué hay mejor, después de todo, que una conversación? Ella veía que en ese momento, al menos, yo me preocupaba más de su nueva actitud que de sus queridos abandonos… Sin –embargo, yo me creí obligado, por delicadeza, a parecer un poco triste, una simple atención que cualquier hombre bien educado debe siempre y a pesar de todo a una graciosa criatura. Ella me adivinó, sin duda, y la simpática alondra quiso dejarse coger en el espejo. Nos tendimos la mano sonriendo, y eso fue todo.

Y he aquí que, entre dos sorbos de menta blanca, eligiéndome por confidente, tal vez bajo el engañoso pero seguro pretexto de que no soy «como los otros» (lo que en realidad quería decir que deseaba hablar, a cualquier precio, de la íntima preocupación que la ahogaba), Maryelle me narró la siguiente historia, después de haberme arrancado la promesa (que mantengo en este momento) de enmascarar a la heroína (si se me ocurría hablar de ella algún día), bajo la piel de lobo de un impenetrable y gracioso anonimato.

Esta es la historia sin comentarios. Es únicamente su *banal manera de ser* lo que me ha parecido bastante extraordinario.

El último invierno, en el teatro, Maryelle había sido objeto, parece, de la atención de un joven espectador absolutamente desconocido por todo el París de las calles Blanche y Condorcet.

Sí, un joven de diecisiete o dieciocho años, de aspecto elegante y sencillo, y cuyos gemelos se habían elevado varias veces hacia su palco.

Es preciso deciros que, cuando la bella Maryelle está vestida con un tocado cerrado, cualquier provinciano podrá tomarla siempre por alguna escapada del salón de una moderna mujer de prefecto.

La peligrosa criatura tiene esto a su favor, que no está desprovista ni de ortografía ni de un cierto tacto, gracias al cual ella *se transforma* según la gente que le habla, y muy rápidamente para poder producir esa ilusión. Una vez iniciado el romance, ella no desentona jamás: rara cualidad.

Esa noche ella se había hecho acompañar por una prendera a la que comunicó en voz baja, desde la primera mirada con los gemelos, la más rigurosa compostura.

De tal manera que, desde el segundo acto, Maryelle parecía, incluso para los ojos más sagaces, una rentista viuda e indiferente, flanqueada por una parienta lejana.

El «señor» era el joven adolescente de apenas diecisiete años: hermosos ojos, un aire crédulo, la inocencia en persona. Un paje. Pero, como el imponente y a la vez misterioso aspecto de la brillante persona emocionase, eso parece, desmedidamente a nuestro joven, éste anduvo errante por los pasillos (sin atreverse, naturalmente); y para decirlo todo, a la salida de la representación, él siguió con su carruaje el humilde landó de las señoras.

Como persona astuta, Maryelle se refugió esa noche en casa de su acompañante. Dieron las oportunas órdenes «por si venían a informarse». Resumiendo, ella se convirtió, en dos tiempos, en la honesta viuda, «de paso por París», de un militar retirado, anciano, condecorado, al cual su interesada familia la había sacrificado a muy temprana edad. En fin, nada faltó, ni siquiera los dos años de viudedad, ni el retrato del difunto, que se lo procurarían fácilmente y de ocasión, si fuese necesario. Es natural que, aun en nuestros días, ese fastidioso remozamiento femenino nunca deje de producir su efecto en las imaginaciones más jóvenes. Sin embargo, Maryelle se mantuvo tal cual, ya que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno: más tarde, reflexionarían.

Tras haber alocado, durante la noche, las enfebrecidas ensoñaciones de su joven enamorado, todo sucedió como, con su olfato de galga, nuestra heroína lo había presentido.

Una vez en posesión del nuevo nombre de la dama, el joven provinciano le escribió.

(Maryelle, poniendo su pulgar en la firma, me dio la carta para que la leyese.) Debo confesar que el sincero acento de la epístola me sorprendió: seguramente provenía de un joven excesivamente cándido, pero noble. ¡Estaba loco!, ¡pero era exquisito! ¡Ah, el encantador y buen pequeño ser! ¡Un respeto, una timidez irresistibles! El niño entregaba su primer amor tomando a esa extraña joven por la más reservada de las mujeres. Me entristeció pensar en el inevitable desenlace del asunto.

–Se llama Raoul –me dijo ella–; pertenece a una excelente familia de provincias: sus padres, «magistrados muy honorables», le dejarán en buena posición. Viene a París tres veces al mes, escapándose. Hace seis semanas que esto dura.

Maryelle, después de encender un cigarrillo, continuó su historia, como hablándose a sí misma.

Teniendo aspectos abordables, la bella arrepentida no había permanecido insensible a una pasión, tan «gentilmente» expresada. Tras otras dos «cartitas de enternecimiento», un velo se desgarró en ella; su «alma» entrevió la existencia en un día desconocido. Una Marion Delorme se despertó en ese cuerpo sumido hasta entonces en limbos de inconsciencia.

Resumiendo, concretaron una cita.

Parece que el joven estuvo inaudito, loco de alegría, ignorante, ingenuo hasta el delirio. Y sintiéndose por primera, y última vez, amada noblemente, sucedió que la insensata de Maryelle se embaló también y el idilio comenzó.

¡Ella se volvió loca!

¡Oh! ¡No falta nada en la novela! Ni el secreto de cada viaje de Raoul, ni la casita alquilada en un barrio tranquilo, con flores en el balcón que da a un pálido jardín. Allí, resucitada de los «otros», ella disfruta con todas las castidades, todos los abandonos, todas las felicidades «¡ignoradas durante tanto tiempo!». (Y mientras hablaba, unas lágrimas brillaban en las pestañas de la sentimental muchacha.)

Raoul es un Romeo que no sabrá nunca, tal vez, el final de su Julieta, porque ella

piensa desaparecer algún día. Más tarde.

La otra mujer que había en ella está muerta, según dice; o más bien, para ella, no ha existido nunca. Las mujeres tienen esa cualidad de olvido momentáneo; les dicen a sus recuerdos: «Vuelvan mañana», y ellos obedecen.

Pero, en el fondo, ¿lo que afirman las mujeres de costumbres un poco liberales merece tanta atención como el rumor del viento que canta en las hojas hasta el invierno?

Sin embargo, sus economías se gastaron en amueblar, de una forma delicada y modesta, la casa en cuestión. Raoul no es todavía mayor de edad, ni está en posesión de fortuna alguna. Después de todo, aunque fuese rico, le sería imposible que Maryelle aceptase de él la menor ayuda en dinero; ella tiene miedo del dinero desde que está con ese muchacho. El dinero le recordaría las «otras». ¿Hablarle de ello?, nunca. Ella preferiría morir. Realmente. La desconsideración bastante fuera de lugar, incluso la escasa delicadeza que tiene, en esto, para con el inocente muchacho, está justificada por su amor.

El, creyéndola a gusto, como una mujer de su mundo, no piensa tampoco en nada; dedica sus escasos ingresos a la compra de flores, o de bonitos objetos de arte que puede encontrar, eso es todo. Y es, en efecto, muy natural.

¡Por lo tanto, ellos dos están en las nubes!, ¡es la cándida y pura adoración! ¡Es el sencillo amor, con sus ingenuas ternuras, éxtasis y sus perdidos arrebatos!

Dafnis y Cloe balbucientes serían su exacta semejanza.

En este punto de la narración, Maryelle hizo una pausa; después, elevando sus ojos con una virginal expresión hacia las lejanas nubes, más allá de la ventana abierta a las estrellas:

–Sí –terminó ella–, ¡yo le soy fiel! Y nada, ¡nada!, así lo siento, ¡me hará dejar de serio! ¡Sí, ANTES ME MATARÍA! –murmuró con una fría energía, enrojeciendo de pudor ante la sola idea de una imaginaria infidelidad.

–¡Eh!… –le respondí alzando la cabeza y ligeramente estupefacto ante tal confesión–, pero… ¿Y Georges, y Gaston d'Al?… , pero, ¿y el bello Aurelio?, ¿y Francis X… ? Me parecía que… ¿eh?

Maryelle estalló en una fresca carcajada con notas de oro y de cristal.

–¡Amables bromistas! –exclamó de pronto sin transición–.

¡Ah!, son los obligados impertinentes, ¡fea fiesta entonces! ¿Ellos?, ¡bien!… Cierto…

(Y encogió desdeñosamente los hombros.) –¿Es culpa mía si hay que vivir bien? –añadió.

–Comprendo: ¿le eres fiel… en pensamiento?

–¡En pensamiento y en sensaciones! –exclamó de nuevo Maryelle, con un movimiento de revuelto armiño.

Se hizo un silencio.

–Querido –continuó ella con una de esas extrañas miradas femeninas en las que escasos espíritus pueden leer–, ¡si supieras hasta qué punto mi historia es, en esto al menos, *la de todas las mujeres!* ¡Es tan fácil no profanar el tesoro de alegrías que sólo pertenecen al amor, el divino sentimiento que ese joven y yo compartimos!… ¿El resto? ¿Y qué nos importa? ¿Tiene algo que ver con el corazón? ¿Con el placer? ¿Tiene algo que ver con el *aburrimiento mismo?…* En realidad, mi querido poeta, eso de lo que quieres hablar es menos que un sueño y no significa nada.

Las mujeres tienen una manera de pronunciar la palabra *sueño* y la palabra *poeta* que sería para morirse de risa si hubiera tiempo para ello.

–Por lo tanto –acabó–,tengo derecho a decir que soy incapaz de engañarle.

–Ah!, eso, mi querida Maryelle –le respondí bromeando–, sin pretender que lo *convenido* de muchos favores me sea ininteligible, sea cual sea mi modestia, aunque no tengo deseos de acariciar ninguna quimera, ¿me autorizarías a JURAR que yo mismo, en realidad, sólo he estrechado entre mis brazos a tu fantasma?

Ante esta loca pregunta, sugerida, tal vez, por alguna sensible contrariedad, y al haberla vuelto, verdaderamente, muy apetitosa la animación de su relato, ella se acodó en el borde de la mesa, melancólicamente: la punta de sus pálidos y finos dedos rozaba sus cabellos; ella miraba cómo ardía una de las velas por entre sus pestañas; luego con. una indefinible sonrisa:

–Querido mío –me dijo ella tras un profundo silencio––, me molesta eso que tú me pides; pero, ves, *ya nadie es tan pródigo de si mismo,* en nuestros días. Y entre otros, ni tú ni yo. ¿Acaso no se prefieren los sucedáneos del amor al amor mismo? ¿No me acabas de dar un ejemplo del malvado sacrilegio… que tú mismo querrías reprocharme? Entre nosotros, ¿no estarías un poco molesto si yo te hubiera amado?… ¿Crees, en serio, que el convenido encanto de un instante–¡tal vez muy solitario, quizás muy poco compartido!¯ es igual que la fundiente y devoradora alegría del Amor? ¡Qué! ¿Arrancarías, es un suponer, un beso de los labios de una niña dormida y, por ello, la juzgarías culpable de infidelidad a… su novio, por ejemplo? Y encontrándola un día, osarías imaginarte, sin reír, haber sido el rival de aquél… ¡ah!, yo te digo que al no haber sentido ni siquiera el roce de tu beso, ella estaría dispensada, respecto a ti, hasta del olvido. Por más indiferente que en el amor tú seas para mí, puedes creer, sin gran vanidad, que yo he sabido distinguir el placer que ha *debido* producirme tu simple persona del que me ha causado, también, este bonito diamante que tengo en mi dedo (¡ciertamente, como una simple delicadeza y total apariencia de recuerdo, lo concedo!), pero hablando francamente, qué pobre chica, galante de oficio, te satisfacía como tu muy humilde servidora Maryelle. En cuanto a lo *demás*, a lo que yo pueda haberte concedido por alegría o por indolencia, esa es una ilusión que ya se ha desvanecido, porque el brillante polvillo de las alas de una mariposa siempre acaba desapareciendo a causa de unos dedos demasiado crueles, que intentaban atraparla de nuevo.

»Querido, no esperes persuadirme de que sólo has conocido del amor unos vanos abandonos mezclados con tristes y necesarias segundas intenciones. ¿Me preguntas si siempre has abrazado mi fantasma? –concluyó la hermosa sonriente–: pues bien, permíteme responder que tu pregunta sería, al menos, indiscreta e *inconveniente* (esa es la palabra, ¿sabes?) si no fuera absurda. Porque *eso no te concierne.*

–¡Vete en seguida a reunirte con tu Raoul, miserable! –exclamé furioso–. ¿Habráse visto la impertinente? Pretendo consolarme intentando escribir tu ridícula historia. ¡Eres de una fidelidad… a toda prueba!

–¡No olvides el seudónimo! –dijo Maryelle riéndose.

Ella se puso su sombrero con velo, su larga capa, se abstuvo de besarme, en una última muestra de respeto a las costumbres, y desapareció.

Solo, me apoyé en el balcón, viendo cómo se alejaba bajo los árboles de la avenida el carruaje que llevaba a la enamorada hacia su amor.–¡Ahí va, seguro, una nueva Lucrecia! –pensé.

La hierba, brillante por el aguacero nocturno, lucía bajo la ventana: allí arrojé, por educación, mi apagado cigarro.

Recuerdos ocultos

Al señor Franc Lamy

Y no hay en toda la región un castillo
más cargado de gloria y de años que
mi melancólica casa solariega.
Edgar A. Poe

Yo desciendo –me dijo–, yo, el último Gaël, de una familia de Celtas, duros como nuestras rocas. Pertenezco a esa raza de marinos, ilustre flor del Amor, origen de singulares guerreros, cuyas brillantes acciones figuran entre las joyas de la Historia.

Uno de mis antepasados, joven aún, pero agotado por la visión del fastidioso comercio de sus parientes, se exiló para siempre, con el corazón lleno de un olvidadizo desprecio, de su casa natal. Había entonces expediciones a Asia; allí se fue a combatir a favor del bailío de Suffren y muy pronto se distinguió, en las Indias, por los misteriosos golpes de mano que llevó a cabo, él solo, en el interior de las Ciudades Muertas.

Esas ciudades, bajo cielos blancos y desiertos, yacen hundidas en medio de horribles bosques. Las faréoles, la hierba, las ramas secas obstaculizan y obstruyen los senderos que antaño fueron populosas avenidas, en las que se ha desvanecido el ruido de los carros, de las armas y de los cánticos guerreros.

Ni aliento humano, ni ramajes, ni fuentes existen en la horrorosa calma de esas regiones. Los mismos bengalíes se alejan de los viejos ébanos que antes fueron sus árboles. Entre los escombros, acumulados en los claros del bosque, crecen inmensas y monstruosas erupciones de enormes flores, cálices funestos donde arden, sutiles, los espíritus del Sol, estriadas de azul, matizadas de fuego, con venas de cinabrio, semejantes a los radiantes despojos de una miríada de pavos reales desaparecidos. Un aire cálido de mortales aromas pesa sobre los mudos restos: y es como un vapor de cazoletas funerarias, un azul, embriagante y torturante sudor de perfumes.

El azaroso buitre que, peregrino de las llanuras de Kabul, se detiene en esa comarca y la contempla desde algún datilero negro, no se posa en las lianas, sino para debatirse, de golpe, en una repentina agonía.

Aquí y allá, arcadas rotas, informes estatuas, piedras con inscripciones más carcomidas que las de Sardes, Palmira o Khorsabad. En algunas, las que adornaban el frontis, antes perdido en los cielos, de las puertas las ciudades, el ojo puede descifrar aún y reconstruir el zendo, apenas legible, de esta soberana divisa de los pueblos libres de entonces: «¡… Y DIOS NO PREVALECERÁ!»

El silencio sólo es turbado por el deslizamiento de los crótalos, que reptan, entre los derribados fustes de las columnas, o se enroscan, silbando, bajo los rojizos musgos.

A veces, en los crepúsculos de tormenta, el lejano grito del hemíono, alternado tristemente con los estallidos del trueno, inquieta la soledad.

Bajo las ruinas se prolongan galerías subterráneas de perdidos accesos.

Allí, desde hace numerosos siglos, duermen los primeros reyes de esas regiones, de esas naciones, más tarde sin dueño, y cuyo nombre ya no existe. Pues tales reyes, según los ritos de alguna sagrada costumbre, fueron sepultados bajo esas bóvedas con sus tesoros.

Ninguna lámpara ilumina sus sepulturas.

Nadie recuerda que el eco de los pasos de un cautivo de las preocupaciones de la Vida y del Deseo haya jamás importunado su sueño.

Sólo la antorcha del brahmán –ese alterado espectro de Nirvana, ese espíritu mudo, simple testigo de la universal germinación de los aconteceres– tiembla, imprevista, en ciertos instantes de penitencia o ensueños divinos, en la cima de los desiguales escalones y proyecta, de peldaño en peldaño, su oscura llama de humo hasta lo más hondo de las cuevas.

¡Entonces las reliquias, repentinamente inundadas con su luz, brillan en una especie de milagrosa opulencia!… Las preciosas cadenas que se entrelazan en las osamentas parecen surcarlas con súbitos rayos. ¡Las reales cenizas, totalmente polvorientas de pedrerías, centellean! Como el polvo de un camino que enrojece, antes de la oscuridad definitiva, con el último rayo de poniente.

Los Maharajás hacen guardar, por hordas escogidas, los linderos de estos sagrados bosques y, sobre todo, los accesos a los claros donde comienza la confusión de tales vestigios. También están prohibidos los ribazos, las aguas y los hundidos puentes de los éufrates que los atraviesan. Taciturnas milicias de cipayos, con corazón de hiena, incorruptibles y sin piedad, rondan, sin cesar por todas partes, en esos mortales parajes.

Muchas tardes, el héroe burló sus tenebrosas trampas, evitó sus emboscadas y confundió su errante vigilancia… Haciendo sonar súbitamente el cuerno en la noche, en diferentes puntos, los aislaba con esas engañosas alertas, y luego, bruscamente, surgía en la sombra, de las altas flores, para acuchillar el vientre de los caballos. Los soldados se aterrorizaban por esta inesperada presencia, como ante un espectro maligno. ¡Dotado del vigor de un tigre, el Aventurero los derribaba entonces, uno a uno, de un solo golpe!, los ahogaba, primero, a medias, en un breve abrazo, para después, tras volver sobre ellos, matarlos placenteramente.

El Exilado se convirtió, así, en el azote, el terror y el exterminio de aquellos crueles guardas de rostros terrosos. En fin, era él quien los abandonaba clavados a gruesos árboles, con sus propios yataganes en el corazón.

Aventurándose, en seguida, en el pasadizo destruido, en las avenidas, plazas y calles de esas ciudades antiguas, llegaba, a pesar de los perfumes, a la entrada de los singulares sepulcros donde yacen los restos de aquellos reyes hindúes.

Al no estar defendidas las puertas sino por colosos de jade, especie de monstruos o de ídolos con vagas pupilas de perlas y esmeraldas –formas creadas por la imaginación de teogonías olvidadas–, penetraba tranquilamente, aunque cada peldaño que descendía hiciera remover las largas alas de esos dioses.

Allí, tanteando a su alrededor, en la oscuridad, domando el vértigo asfixiante de los negros siglos cuyos espíritus aleteaban, chocando su frente con las membranas, recogía, en silencio, mil maravillas. De la misma manera que Cortés, en Méjico, y Pizarro, en Perú, se apropiaron de los tesoros de los caciques y de los reyes, aunque con menos intrepidez.

Con los sacos de piedras preciosas en medio de su barca, remontaba, sin ruido, los ríos, guardándose de las peligrosas claridades de la Luna. Nadaba, aferrado a los remos, por entre los juncos, sin enternecerse con las infantiles quejas de los caimanes que lagrimeaban a su lado.

En pocas horas, alcanzaba una caverna alejada, conocida sólo por él, y en la cual descargaba su botín.

Sus hazañas se extendieron. De ahí, las leyendas aún hoy cantadas en las fiestas de los nababs, con gran acompañamiento de tiorbas, por los faquires. Esos miserables trovadores, con un viejo estremecimiento de odiosa envidia o de respetuoso temor, le otorgaron al abuelo el título de Explorador de tumbas.

Sin embargo, una vez, en una circunstancia peligrosa, el intrépido barquero se dejó seducir por los insidiosos y dulces discursos del único amigo que jamás tuvo. Este, por un singular prodigio, escapó. Hablo del famoso, del demasiado célebre coronel Sombra.

Gracias a este oblicuo Irlandés, el Buen Aventurero cayó en una emboscada. Cegado por la sangre, acribillado a balazos, cercado por veinte cimitarras, fue cogido de improviso y pereció entre horribles suplicios.

Las hordas himalayas, ebrias por su muerte y con los furiosos saltos de una danza triunfal, corrieron a la cueva. Una vez recuperados los tesoros, retornaron a la comarca maldita. Los jefesarrojaron piadosamente tales riquezas al fondo de aquellos fúnebres antros donde yacen los manes caídos de esos reyes de la noche del mundo. Y las viejas pedrerías allí brillan todavía. semejantes a unas miradas siempre encendidas sobre las razas.

Yo he heredado –yo, el Gaël– sólo los deslumbramientos, ¡ay!, del sublime soldado, y de sus esperanzas. Vivo aquí, en Occidente, en esta vieja ciudad fortificada a la que me encadena la melancolía. Indiferente a las preocupaciones políticas de este siglo y de esta patria, a las fechorías pasajeras de quienes la representan, me detengo cuando los atardeceres del solemne otoño inflaman la nublada cima de los bosques circundantes. Entre los resplandores de la aurora camino, solo, bajo las bóvedas de las negras avenidas, como el Abuelo caminaba bajo las criptas del brillante obituario.

También, por instinto, evito, no sé por qué, los nefastos claros de luna y los malignos contactos humanos. ¡Sí, los –evito cuando camino así, con mis sueños!… Porque siento, entonces, que llevo en mi alma el reflejo de las estériles riquezas de un gran número de reyes olvidados.

El anunciador

(Epílogo)

Al señor marqués de Salisbury

Habal habalim, vék'hol habal!
Shelomo, Qohéleth.

Desde la cúpula de las torres tutelares de la ciudad de Jebús vigilan los guerreros de Judá, con los ojos fijos en las colinas.

Al pie de las murallas se extienden, por el interior, las construcciones asmoneas, las grutas reales, los viñedos repletos de colmenas, los túmulos de suplicio, el barrio de los nigromantes, las ascendentes avenidas que conducen a Ir-David.

Es de noche.

Cercanos a las fosas de animales feroces, los cenáculos de justicia, construidos en el reinado de Saúl, aparecen, como sepulcros, blancos y macizos, en los recodos de los caminos.

Cerca de los canales de Silbé, el espejo de las piscinas probáticas refleja las casas bajas con higueras plantadas en los patios que esperan las caravanas de Elam y de Fenicia.

Hacia oriente, bajo las alamedas de sicomoros, están las residencias de los príncipes de Judea; en los extremos de los caminos principales, unos grupos de palmeras ondean sus hojas por encima de las cisternas, abrevaderos de elefantes.

Hacia el lado del Hebrón, entrada para quienes vienen del Jordán, humean las chimeneas de ladrillo de los armeros, de los fabricantes de aromas y de los orfebres. Más allá, las residencias rodeadas de viñas, casas natales de los ricos de Israel, escalonan sus

terrazas y sus baños junto a frescos vergeles. Al septentrión se extiende el barrio de los tejedores, donde los dromedarios, montados por mercaderes de Asia, cargados de madera de setim, de púrpura y de fino lino, pliegan ellos mismos sus rodillas.

Allí viven los mercaderes extranjeros que han acompañado a sus ídolos. Ellos conservan la molicie de los pueblos de Magdala, de Naim, de Shumen y se apropian del sur de la ciudad.

Ellos venden los espesos y vinos, los esclavos hábiles en el arte del arreglo, el licor amargo de las mandrágoras del Carmelo para las ilusiones del deseo, los cofrecillos de madera de alcanfor para guardar los regalos, los bálsamos de Guilead, los monos, estupor de Israel pero diversión para sus vírgenes, importados de las riberas, del Indo por las flotas de Tadmor, las especias sutiles, los cristales de Akko, los objetos de sándalo trabajado, los cautivos, las perlas, las esencias de flores para el baño, el bedollah para embalsamar a los muertos, las pastas de piedras machacadas para pulir la piel, las verduras extrañas, los oscuros caballos de raza persa, los cinturones bordados con sentencias profanas, las rosetas de Asia con plumas de zafiro, las serpientes de lujo totalmente encantadas traídas desde Susa, los lechos de placer y los grandes espejos enmarcados en madera de ébano.

Más allá de los baluartes, rodeada de tumbas y de fosas, más alta que el circuito de Jair o de las Iluminaciones, se alza, inmensa, la ciudad de David. Doscientos carros de guerra guardan sus doce puertas. Yerushalayim, bajo las sombras del cielo, ilumina los millares de arcos de sus acueductos, entrecruza sus calles circulares, eleva hasta las nubes las cúpulas de bronce de sus edificios.

En las plazas públicas brillan los cascos de la milicia nocturna. Aquí y allá fuegos aún encendidos indican caravanas, tiendas de pitonisas, mercados de esclavos. Luego, todo desaparece en la oscuridad. Y el hálito sagrado de los profetas pasa, en el viento, a través de las ruinas de los muros cananeos.

Así está dormida, bajo la solemnidad de los siglos, a los ruidos cercanos de los torrentes, la ciudadela de Dios, Sión la Predestinada.

* * *

En el horizonte, sobre las colinas de Millo, rodeado por una luminosa bruma, un extraño palacio superpone sus jardines colgantes, sus galerías, sus habitaciones sacerdotales, a las vigas de maderas nobles, sus pabellones rodeados de olivos, sus establos de basalto, a los terrenos preparados para la doma de caballos de guerra, sus torres a las cúpulas de cobre. Se alza confusamente sobre los valles de Bethsaida, bajo un estrellado silencio.

¡Allí hay fiesta esa noche! Los esclavos de Etiopía, esbeltos en sus túnicas de plata, balancean los incensarios en las escaleras de mármol que conducen desde los jardines de Etham a la cima del reducto: los eunucos llevan ánforas y rosas; los mudos, por entre los árboles, avivan las brasas ardientes para los altares de perfumes.

Apoyados en los arcos de los vestíbulos, unos enanos azafranados, los gamaddim, flotando en sus vestidos amarillos, levantan por instantes los antiguos cortinajes.

Entonces, los trescientos anillos de oro, clavados en los cedros entre las hachas madianitas, reflejan las bruscas llamas de las lámparas encendidas, las maravillas, las claridades.

En las explanadas, junto a los pórticos, unos caballeros con lanzas de fuego, guerreros nómadas de las playas del mar Muerto, sujetan sus grandes caballos gomorreos,

con arneses de piedras preciosas, que se encabritan potentemente por los resplandores.

Por encima de ellos, a la altura de la hojarasca exterior, la misteriosa Sala de los Encantamientos, obra de los Caldeos, la Sala en la que las mil estatuas de jaspe hacen arder un bosque de antorchas de áloe, la alta Sala de los festines, con columnatas místicas, expuesta a todos los vientos del espacio, prolonga, en medio del cielo, el vértigo de sus profundidades triangulares: los dos lados del ángulo inicial se abren, frente al Moria, hacia la ciudad sepultada en la sombra del Templo, tiara luminosa de Sión.

* * *

Al fondo de la Sala, en una silla de ciprés sostenida por las puntas de las alas vueltas de cuatro chrubim de oro, el rey Salomón, perdido en sublimes sueños, parece escuchar los lejanos cánticos de los levitas. Los Nebiim, en el monte del Escándalo, exaltan los versículos de Sepher, que describen la creación del mundo.

En la mitra del Rey, separando las ínfulas de la justicia, resplandece la Estrella de seis puntas, signo de potencia y de sabiduría. El Eclesiastés, en su túnica de biso, lleva el racional, porque él puede ofrecer sacrificios expiatorios, el efod, porque él es el Pontífice, y en sus pies pacíficos se cruza la red de bronce de sus sandalias de guerra, porque él es el Guerrero.

Celebra el Aniversario pascual, como recuerdo de sus padres guiados por Moisés a la salida de Misraim, la Casa de la esclavitud; el aniversario de la gran noche en la que, desafiando a los furiosos carros y a los ejércitos, huyeron hacia la Tierra prometida, el aniversario de la siniestra salida de la luna, en la que IAHVE, el Ser–de–los–dioses, destruyó, por medio de las olas del mar Rojo, al caballo y al caballero.

¡Sí, el Rey consagra el festín nocturno!… Su mano derecha se apoya en el hombro secular de su mediador Helcias, el intérprete de los símbolos, el ministro de los poderes ocultos.

Helcias, hijo de Shellum y de Holda, la profetisa, es semejante al desierto, aún más estéril tras la caída del maná. Ha superado las pruebas y las ha bendecido como el árbol del Líbano perfuma el hacha que lo golpea; pero lleva, por encima de sus anchas órbitas, la marca de su acabada obra: el tiempo ha desnudado sus cejas, cejas dadas al Hombre para que el sudor que debe caer de su frente no se deslice hasta sus ojos y lo ciegue.

* * *

El agua lustral cae, resplandeciente, hasta los estanques de oro. Las cautivas reales, cargadas de anillos y de brazaletes de ámbar, y las saras, princesas de perfumes, arrodilladas entre cojines, queman, con gestos sabáticos, en cazoletas esmaltadas con piedras de Tarsis, polvos de mirra y de sándalo rojo, aromas árabes, granos de incienso masculino.

A ambos lados del trono, los Sars de los ejércitos, pensando siempre en la gloria de David, ven brillar, por momentos, a su alrededor, los herrebs de los antepasados de Israel, que, a través de las batallas, soportaban el Arca del Sabaoth, la Barca de la Alianza, donde se cruzan las dos estelas de la Ley bajo el rodillo de la Tora escrito por la mano misma de Bar–Iokabed, el moshe sublime, el Liberador.

Alrededor del estrado, los negros, vestidos de escarlata, hacen oscilar abanicos de avestruz, incrustados por unos sardónices en los tallos de largas cañas de oro e invocan, en

voz baja, a su dios Baal–Zebub, el Señor de las Moscas.

En las escaleras, feroces linces, saltando en sus cadenas, vigilan el pesado trípode de ónice, obra de Adoniram y de sus cinceladores, donde reposa el espectro de Oriente. Nadie podría seducir con sus caricias ni reducir con sus ofrecimientos a los misteriosos perros del Rey.

Entre las estatuas laterales, bajo los candelabros de siete brazos, las flores y las frutas del Hermón se desbordan en los pórfidos. La mesa, cargada de regalos de la reina Makedeia, la encantadora venida de la saba libia para proponer adivinanzas al rey de Judea, se dobla bajo el peso de las preciosas copas, los pannags de la Samaria, las hierbas amargas, las gacelas, los pavos reales, las sidras, los panes de ofrenda, los pájaros y las jarras de vino de Canaán.

En un asiento de cedro, a los pies de los luminosos chrubim del Trono y rodeado por sus rudos guibborim, está sentado, encorvado, pálido, sin beber, y con la espada sobre las rodillas; Ben–Yehu, el Sar de los guardias. Es el antiguo ejecutor del rebelde Adonia, hermano del Maestro, el preferido de Abishag la Sulamita; ¡es el gran servidor militar, el asesino de Ebiatar y del sar Simei y de Joab, el viejo Pontífice!, es la espada viviente del Rey, quien golpea a las víctimas designadas, incluso cuando estaban apoyadas, con las manos suplicantes, en las esquinas del Altar.

Junto a él, de pie, con la frente iluminada por la antorcha de una estatua, permanece mudo, con las manos crispadas sobre los brazos y como esperando algún oscuro momento, el heredero de Israel, el impolítico hijo de Naema, la princesa ammonita, el funesto Rehabeam, que sólo reinará sobre Judá.

A lo lejos, sobre los tapices del trono, esta tumbadas dos jóvenes vírgenes de Millo, dos shoshannas, destinadas a echar incienso en las criptas subterráneas del Templo ante la Piedra fundamental, la Eben–Shetiya, que no fue tocada por las aguas del Diluvio. Entre ellas permanece sentado, vestido de púrpura negra bordada de oro, el príncipe Hayem, el oliváceo adolescente, el baalkide de cabellos trenzados, el enigmático retoño que la reina del Sur, en su regreso a Libia, había enviado al hermoso Sabio, señor de los Hebreos, acompañado por una caravana de elefantes cargados de arbustos, de telas, de esencias, de perfumes y piedras brillantes. ¡Hayem, con una voz muy baja, entona un canto desconocido! Y cuando las sílabas descubren, entre sus rojos labios, sus dientes, éstos son iguales a los de la pálida esposa del Sir–Hasirim, blancos como corderos saliendo del baño.

Alrededor de la mesa permanecen de pie, comiendo como los peregrinos, la brillante asamblea de los Sophetim, patriarcas de la Sabiduría.

Detrás de ellos resplandecen los Industriales del oro de Ophir, los Negociantes de las Veinte ciudades de Shabul, los Embajadores de la descontenta Idumea, los Enviados de Zur y el Colegio de doctores de Saddoc.

Todas las tribus, todas las montañas de Israel han entregado sus riquezas. Las granadas del monte Sanir, los pasteles de uva de Chipre, los racimos de alheña del Ganad, los dátiles y las mandrágoras de En–gaddi desbordan los aguamaniles.

Allá abajo, cerca de las gradas de esa terraza hasta la que suben las hojas de Etham –en el centro de un grupo de guerreros del país de EzionGüeber, con quienes bebe el vino de Hebrón mientras se rió– un esbelto joven con una armadura de cuero perfumado, con rostro femenino y vestido como Sar de caballería, habla, extendiendo la mano hacia el horizonte. Es el favorito del palacio de Millo –¡el enemigo!–, el futuro divisor del reino de Dios, el sutil Iarobeam, que reinará en Israel y que ya inquiere, sin dejarse distraer por la fiesta, sobre las fronteras de Ephraim.

Pero ya están aquí: las Músicas de los Cantos prohibidos, abjuradoras de amor, invioladas como el lis de sus senos, avanzan, pálidas bajo sus pedrerías, al son de los kinnors, de los tymbrils y de los címbalos. De pronto, cesan los cánticos de las cantoras de la tribu de Isacar y sus arpas.

Vestidas con oscuras telas y con una banda de perlas en la frente, las Mujeres de la segunda fila apoyan los codos, con abandonadas poses, en lechos de púrpura, y cuando ellas respiran, sus saquitos de besham hacen tintinear las campanillas de plata que bordean la frana de sus sindones.

A lo lejos danzan, en número de tres mil, mientras agitan sus velos tirios, herrebin, reptiles y guirnaldas ante el Elegido magnífico de Judea, el Albañil del Señor, las Encantadoras neftalíes, de rojas trenzas, las vírgenes de Palestina, las Hebreas, blancas como los narcisos de Sharons, las cortesanas sagradas venidas de Babilonia, doradas nadadoras del Éufrates, las Sulamitas, más bronceadas que las tiendas del Cédar, las Tebanas, de delicadas líneas, de tez rojo oscuro,–antaño, seguidoras de la esposa muerta del rey Mago, de la hija de Psusenes, el faraón–, finalmente, las Idumeas, hijas de delicias, flores vivas de la salvaje región de irisadas brumas donde apenas puede atravesar la noche el fuego de las estrellas.

* * *

Pero el tercer lado de la Sala da a la Noche. Sumerge en la oscuridad sus desiertas explanadas por encima de las regiones de Josafat.

Y he aquí que el hombro del Mediador se ha estremecido bajo la mano del Rey, pues las sombras de la plataforma solitaria se tornan, momento a momento, más solemnes; se espesan y se agitan como bajo la acción de un repentino prodigio.

Ante el aspecto de los torbellinos precursores de espantos, el Gran ministro vuelve su rostro de mármol hacia las aterradas mujeres y hacia los pálidos guerreros; exclama:

–¡Sacerdotes, avivad la septenaria llama de los Candelabros de oro! ¡Que se enciendan los Siete Candelabros de los conjuros fúnebres! En seguida aparecerán vanas humaredas, que se disiparán por sí mismas si no las interrogarnos. ¡Que las nubes de vuestros incensarios, hijas de Judea, os ahorren las inquietas obsesiones de los Espíritus del eterno Límite! Alegraos antes que la Hora os llame al seno de la tierra.

Así habló. ¡Y la fiesta retoma su alegría desafiando los sortilegios de Asiria! ¿Habrían sabido liberar sus magos, antes de su hora, a Nebu–Kudurri–Usur, el rey –su rey, visionario de baalim de oro con pies de arcilla–, que, marcado por un castigo de ELOHIM, erró durante siete años transformado en animal, lejos de su opulencia, a través de esos diluvianos bosques que encierran la inmensa Shunar–de–los–cuatro–ríos? Las danzas de Maha–Naim sacuden sus palmas en flor, las copas brillan; las Neftalíes entrelazan los fulgores de sus jabalinas reunidas, hacen silbar sus collares de serpiente; las antorchas lanzan reflejos de sangre sobre las cabelleras; ¡gritos de amor, himnos idólatras resuenan hacia el Pacífico!… De pronto, en recuerdo de Jericó, los Capitanes de los caballeros de Sodoma hacen sonar siete veces sus tubales de hierro, y los Roims coronados con hisopo, los Cohenes del soberano Sacrificio, aparecen, con largas vestimentas blancas, precediendo al Cordero pascual.

¡Entonces el fuego de la alegría invade a la brillante multitud! Maldicen el nombre de la horrible estatua que, golpeada por el sol, llamaba a sus ancestros a los trabajos de los Faraones, cuando, tras ceder a la amenaza, siempre alzada contra ellos, de las cañas

ardientes que destruyó el bastón del Escapado de las Aguas, se resignaron a grabar, en el granito rosa de los piramidiones, en contra de la prohibición de los libros futuros –¡a pesar de la prohibición del Levítico!–, los simulacros de ibis, de criosfinges, de fénix y de unicornios, horrorosos seres para el Santo–de–los–santos, o en duros jeroglíficos, los hechos importantes (numerosos como las arenas, desaparecidas como él), y los nombres de abominación de aquellas olvidadas dinastías, hijas de Menes el Tenebroso. Maldicen las cebollas del salario, las levaduras del pan de Menfis. A pesar de la alianza con el rey Necheo, recuerdan las Plagas con aclamaciones.

Se golpean los címbalos sagrados, tomados al tesoro del Templo, los címbalos de triunfo que llevaba la hermana de Aarón, cuando, bajo sus grises cabellos, bailaba, ebria de la cólera de Dios, ante el ejército, en las orillas del mar. Los gamma–dim lanzan puñados de rosas a la cara de los ídolos abjurados. Los eunucos simulan irrisorias amenazas contra los egipcios; un rugido de liberación y de alegría, semejante al lejano murmullo del zpasa, en las nubes, por encima de Yerushalayim.

* * *

Sin embargo, el Gran Iniciado, tras haber levantado por segunda vez la cabeza y haber observado, más atentamente, el carácter de las sombras, se ha vuelto, preocupado.

La llama de los Siete Candelabros que arden, espaciados entre sí, ante la explanada, se ha vuelto hacia la asamblea: las siete lenguas de fuego, curvadas hacia atrás en sus cañas de oro, palpitan, alargadas y jadeantes, con un rumor de azotes.

Las serpientes de las Neftalíes se han desenrollado y se esconden en los pliegues de las cabelleras. Los linces, ahora acurrucados alrededor del temido viejo, le miran, inquietos y llenos de gruñidos.

Pero él se esfuerza en penetrar el sentido de los presagios: delibera, cruzando sus filacterias sacerdotales sobre los pliegues de su pallah de jacinto. Ha consultado, en vano, con una mirada, los misteriosos térafim: las láminas reveladoras se han roto con el sonido del oro virgen.

En el hombro del Mediador ha permanecido la radiante mano del Rey. Los ojos de Helcias la encuentran: el anillo, la joya de la Alianza en la que se ilumina la primera clavícula, la llave crucial, símbolo del Abismo dividido en cuatro vías.

El potente pentágulo está rodeado por la forma misma del Anillo. Está aprisionado en el brillo del Anillo, figura del Círculo universal.

El alma de Salomón, germen divino, está mezclada con los reflejos de ese signo victorioso donde se purifica, dulcemente, la luz de las estrellas.

La clavícula es la expresión en la que el Mago ha concentrado una parte de los esfuerzos de su pensamiento, una suma de poderes en el triunfo de las pruebas, para poder actuar más directamente sobre las fuerzas íntimas del Universo.

Este Talismán de la Cruz estelar que Helcias contempla está dotado de una energía capaz de dominar la violencia de los elementos. Diluido, por miríadas, en la tierra, ese Signo, en su peso espiritual, expresa y consagra el valor de los hombres, la profética ciencia de los números, la majestad de las coronas, la belleza de los dolores. Es el emblema de la autoridad con que el Espíritu reviste, en secreto, un ser o una cosa. ¡Determina, redime, pone de rodillas, ilumina!… Los mismos .profanadores se inclinan ante él. Quien se le resiste es su esclavo. Quien le desconoce aturdidamente sufre para siempre su desdén. Por todos lados se yergue, ignorado por los niños del siglo, pero inevitable.

La Cruz es la forma del Hombre cuando extiende los brazos hacia su deseo o cuando se resigna a su destino. Es el símbolo del Amor, sin el cual todo acto permanece estéril. Pues en la exaltación del corazón se verifica cualquier naturaleza predestinada. Cuando la frente sólo contiene la existencia de un hombre, este hombre sólo está iluminado por encima de su cabeza: entonces su sombra celosa, derribada toda entera por debajo de él, le atrae por los pies para arrastrarlo hacia lo Invisible. De manera que el lascivo rebajamiento en las pasiones no es sino el reverso de la helada altura de los espíritus. Es por eso por lo que el Señor dijo: «Yo conozco los pensamientos de los sabios y sé hasta qué punto son vanos.»

* * *

Apenas ha observado el Gran Mediador, el infalible, el celeste Anillo, cuando inmediatamente, frente a él, las siete llamas de los Candelabros de oro se estiran y se alargan, inmóviles, semejantes a siete espadas de fuego.

El conjurador reconoce, por fin, las delatadoras concordancias de un Ser del más alto cielo. Su rostro, más impasible que el de los ídolos, toma, silenciosamente, el color de los sepulcros. Siente que el mandatario de un Orden inconmutable se aproxima, en el *interior* del aire, franqueando y rechazando las profundidades: la tempestad de su vuelo motiva el amontonamiento de las sombras. Repentinamente, una columna se derrumba, cerca de la explanada; el resplandor de una firma oculta recorre las ruinas…

Helcias ha recobrado la intrepidez de su alma. Con un estremecimiento de augusta alegría, ha constatado el salem de Dios, el signo de ELOHIM, el pentágulo de la Muerte. El que viene es Azrael.

Y la multitud, lívida, exclama en la Sala: –¡Un relámpago!

–¡Un rayo acaba de caer en el valle!…

–Es una tormenta pasajera…

* * *

Se han acallado las voces en el monte de las Ofensas; es la duodécima hora de la noche: un aire muy frío recorre, por todas partes, el abrazo del gozo pascual.

La multitud quiere aproximarse a las terrazas: el malestar se torna en suplicio.

El aspecto de la Sala cambia con la rapidez de las visiones: olas vivientes afluyen hacia el Trono y los clamores, innumerables, en desorden:

–¡Despierta, Fortaleza de Israel!

–Manzana de oro!

–¡Muy Elevado!

Y las esposas de la tribu de Rubén, las compañeras de Bath–Sheba, la real madre, sobrecogidas de espanto:

–¡Rey, he aquí la lepra que viene del desierto! Y –las mujeres de la reina Naema, las radiantes Ammonitas, añaden en dialecto jebuseo:

–¡Hijo del amor! ¡Una señal de tu poderosa diestra hacia la región de la plaga!

Con las primeras órdenes de Helcias, la rodean, saltando en uno de los caballos del rey, se ha precipitado por entre las baldosas de las terrazas y ha desaparecido hacia Ir–David.

La atmósfera parece cargada con un peso excesivo: cesa lentamente de ser de las

que la Humanidad puede respirar.

Como en las tardes del Diluvio, una lluvia desconocida cae, fuera, en anchas gotas apretadas; sin embargo, la noche permanece clara por encima de las sombras, en los cielos.

Los Médicos de la ciudad baja, que han permanecido sentados, sonriendo, se levantan bruscamente y, murmurando en recuerdo del Legislador, señalan con la punta de sus bastones de olivo a las danzarinas de Neftalí:

–¡Esas son las violadoras de los extranjeros, ellas llevan el fermento de los contagios, iluminado por los antiguos adulterios! ¡Es de esas mujeres de quien provienen las mortales emanaciones! ¡Consultad el libro de los Sophetim! ¡A la cruz con las leprosas! Ellas han envenenado las urnas del palacio, las viejas copas de David.

Al oír estas acusaciones, las Necrománticas del país de Moab, reconocibles por el alerón de cuervo que llevan en la frente como adorno y, durante la noche, en los campos de batalla, como único vestido:

¡Helcias! ¡Pronúnciate contra ellas ante los grandes de Israel, y que la progenitura de Khamos invoque a su padre!

Pero el Ministro mira fijamente las nubes por encima de Josafat.

El príncipe Rehabeam, sin osar decir «¡Padre mío!» al Rey–de–los–Magos, contempla también, pero con un temblor el espantoso aspecto del espacio:

–¡Qué nuevo rostro toma la Noche! –exclamó.

Los de Leví –los seguidores del *¿Qué hay que hacer?* ¡Yo *lo hago!–,* temblando de espanto en sus sagradas túnicas, se esfuerzan en arengar a los convidados; unos gritos los interrumpen, son los Industriales del oro de Ophir, hombres llenos de argucias, muy por encima de las supersticiones, pero que estiman la ciencia del Rey:

¡Cien talentos para quien despierte al Maestro!

No dicen si los talentos serán de oro o de plata, y la plata, en el reino de Salomón, es como las piedras, no tiene ningún valor.

Por todas partes los corazones están cada vez más oprimidos.

Las pálidas músicas de Sidón, regalo del rey de Hiram, se abrazan en la sombra, con largos adioses: se susurran al oído, con un ritmo monótono, su cántico de muerte en el que aparece sin cesar el nombre de Astarté.

Las saras se tuercen los brazos y, contemplando al Eclesiastés:

–Abre los ojos, hijo de David!

–¡Nos abandona! ¡Está perdido ante la misma cara de Addon–ai! –exclaman , las Amorreas, más amargas que la Muerte.

Y los Sars de los Ejércitos:

–IAHVE cede a la indignada plegaria de los nabis, que te amenazan, perdidos en el fondo de las cavernas de Idumea o en los montes.

–¡Una orden contra los viejos rebeldes, She–lomo!

–Piensa en David, el triunfador de Seir, que te decía al expirar: «Que sus blancos cabellos desciendan, ensangrentados, al sheol.»

Y los Negociantes de las Veinte Ciudades:

–¡Yoshua, esta noche, hubiera apresurado el retorno del Astro; él que obtuvo poder prolongar. su luz en los combates!… ¡Ya no es el Pastor de Israel!

Ante ese nombre, los Capitanes de los caballeros de Sodoma se lanzaron a horribles vociferaciones: ¡recordaban las victorias! Sus voces dominan, en un instante, todos los rumores de la Sala:

—¡Era él el Precursor!

—¡El que marchó contra Canaán!

–¡Quien mató a treinta y dos reyes, e incendió doscientas treinta y tres ciudades!

–;Y quien, por instigación del SER–DE–LOS–DIOSES, hizo pasar a cuchillo a las mujeres, los guerreros, los mulos, los viejos, los embajadores, los niños y los rehenes!

–¡Luego se durmió, en Ephraim, con sus padres, saciado de días y satisfecho!

Un doloroso silencio sucede a los enormes clamores militares; ya sólo se oye, ante el Trono, la apacible respiración del príncipe Hayem, que se ha dormido en unos cojines, entre las shoshannas también adormiladas, y que, ingenuas, con la frente en su seno, tienen aún, como el, unos huesecillos de ébano entre sus dedos de niños sorprendidos por el natural reposo.

–¡Desgarremos nuestros vestidos! –gritan las Hebreas espantadas–. ¡Ceniza, esclavos!…

Como el viento de la tormenta curva las plantas y les inspira palabras sin continuación.

* * *

Pero el rey Salmón no está, esencialmente, ni en la Sala, ni en Judea, ni siquiera en los mundos sensibles, ni siquiera en el Mundo.

Desde hace largo tiempo su alma es libre; no es la de los hombres; ella habita en lugares inaccesibles, más allá de las esferas reveladas.

¿Vivir? ¿Morir?… Estas palabras no afectan. ya a su espíritu elevado hacia el Eterno.

El Mago sólo accidentalmente está donde parece estar. El no conoce ya los deseos, los terrores, los placeres, las cóleras, las penas. Él ve; penetra. Disperso en las infinitas formas, sólo él es libre. Alcanzado ese supremo grado de impersonalidad que le identifica con lo que contempla, él vibra y se irradia en la totalidad de las cosas.

Salomón está en el mundo como el día está en un edificio.

* * *

¿Dónde están, ahora, las danzas del Barrio de Voluptuosidad? ¿Los estallidos de los címbalos? ¿El zumbido de las liras?… Un soplo ha disipado ese sueño.

Se ahogan, se tropiezan en los oscuros tapices, sitian el Trono.

Ben–Yehu, el Sar de los guardias, ha hecho una señal: los guibborim van a extender sus lanzas de bronce hacia la multitud…

Pero los invulnerables linces gruñen; sus treinta y tres cabezas forman una hidra parecida ala cola de un pavo real que se despliega: se repliegan: el terror distiende todas las pupilas.

Cegados por la embriaguez de una súbita consternación, los convidados no han percibido lo que sucede a su alrededor. Sin embargo, sobre ellos pesa una influencia soberana.

Insensiblemente las antorchas se han ido apagando; las espadas han perdido sus reflejos; los perfumes de los incensarios se han vuelto amargos; el agua del Tiempo mortal ha cesado de correr en los relojes; en el aire no hay ni rumores, ni vibraciones, ni ecos. Susurros, por millares, y, sin embargo, muy distintos, se responden: la vociferante multitud parece hablar en voz baja.

Una creciente intensidad de oscuridad ha sofocado las lámparas, las antorchas, las luces; se chocan en las olas de bruma: el palacio de Salomón, desde su base hasta la cúpula, parece rodeado de esa niebla que, al pie del gredoso Nebo, cubre el mar Muerto.

Y las formas humanas se borran bajo las estatuas.

* * *

¡De pronto, en la trama crepuscular del espacio, se transparenta el Violador de la Vida, el

Visitador de apagadas manos!… Está de pie en la explanada ante los Siete Candelabros; se agita y brilla. Sus fluidos brazos están cargados de destellos de tormenta. Sus ojos de auroras boreales descienden sobré la fiesta; su cabellera, que ni el viento osa agitar, cubre sus hombros sobrenaturales, como la noche cubre las hojas de los sauces sobre las aguas de plata; ¡ya se funden las baldosas bajo el hielo de los desnudos pies del melancólico Azrael! Y, a través de la capa de las seis alas que tiemblan todavía sobre el horizonte, los astros son sólo puntos rojos, carbones que humean aquí y allá en los abismos.

Instantáneamente las laminillas de marfil se rompen como bajo el peso de los siglos.

Las aberturas de los cortinajes tendidos entre las columnas por entorchados de bronce dejan pasar tristemente, en la Sala, un largo triángulo de claridad.

La Luna se desliza entre las nubes del cielo, iluminando, por entre grupos confusos, el pálido rostro de un sophet, extendido en sus vestimentas sacerdotales.

Por momentos, un carbunclo lanza su lívida luz; cabelleras, címbalos de oro, velos, blancuras aisladas centellean; son las músicas entrelazadas que no se han quejado.

A los pies de los lechos de púrpura, contra las borlas de los cojines, en las alfombras, unas pedrerías centellean, aisladas.

Y allá abajo, perdido en la profundidad de las columnatas, un lince, con el collar de la cadena atado a su cuello, grita, vacilando, en las espaldas de una estatua. Cae; su caída resuena un momento, luego se apaga… Es el último ruido.

Todo se envuelve en la solemnidad de los negros silencios, en el sueño sin sueños.

Bajo la sombra de Azrael, la Sala se ha vuelto inmemorial.

Únicamente, en los tres ángulos, bajo las lámparas de arcilla consagradas al Nombre, las esfinges de Egipto han alzado sus párpados y, haciendo oscilar sus pupilas de granito, deslizan hacia el Mensajero su eterna mirada.

* * *

Como un radiante relámpago que ha atravesado torrentes de vapor humeante, esa noche, moldeando su nebulosa forma, en el espesor de nuestros aires mortales, el fatal Cherub se aparece, de pie, en la terraza del palacio de Salomón.

Impenetrable para los ojos de barro, el rostro del Mensajero sólo puede percibirse con el espíritu. Las criaturas solamente sienten las influencias que son inherentes a la entidad arcangélica.

Ningún espacio podría contener uno solo de esos espíritus que creó el IRREVELADO más allá de los tiempos y los días. Eternos efluvios de la Necesidad divina, los Ángeles sólo *existen*, en sustancia, en la libre sublimidad de los Cielos absolutos donde la realidad se unifica con el ideal. Son pensamientos de Dios, diferenciados en seres distintos por efecto de la Total Potencia. Reflejos, sólo se exteriorizan en el éxtasis que

suscitan y *que forma parte de ellos mismos.*

Sin embargo, igual que un espejo de bronce posado en tierra reproduce, en su reflejo, las profundas soledades de la noche y de sus mundos de estrellas, así los Ángeles, por entre los velos translúcidos de la visión, pueden impresionar las pupilas de los predestinados, de los santos y de los magos. Únicamente la tierra, olvidada niebla, es lo que ya no distinguen las elegidas pupilas; ellas sólo se reflejan en la infinita Claridad.

Es por lo que, con su sagrada mirada, el rey Salomón tiene el poder de percibir el rostro mismo de Azrael.

***

Ante la sensación de proximidad del Exterminador, Helcias ha temblado de esperanza. Encerrado en sí mismo, él piensa que la última cadena que le ata todavía a la vida se romperá en seguida.

¿Acaso no ha conquistado el rango preciso y legítimo al que podía llegar en la jerarquía suprema de las inteligencias puras? ¿No ha alcanzado su límite glorioso y ha sido suficiente para sus futuros destinos?

¡Es, pues, el instante de su vocación hacia más altas naturalezas! Su círculo está por fin cerrado. Nuevos esfuerzos, estériles a pesar de todo, no lo harían sino semejante a esos grandes pájaros solitarios que, celosos de elevaciones más radiantes, agitan inútilmente sus alas en alturas irrespirables, demasiado etéreas para soportar su peso y que su vuelo no puede superar.

Él espera el soplo liberador de Azrael.

* * *

¡Él espera!

Todo le prueba la visita de Dios.

Él ha sufrido piadosamente esos últimos minutos de bendecidas angustias que preceden a la salvación.

¡Así pues, va a recibir el premio a sus sacrificios!… ¡Ya disfruta de las supremas alegrías de la Elección!

La esperanza de su próxima evasión le transfigura hasta tal punto que el largo brillo de sus ojos, atravesando la profundidad de las sombras, bajo las bóvedas, suspende, por un instante, el fúnebre sueño de la multitud.

Aquí y allá, unos ojos casi resucitados le contemplan, en la bruma, con un religioso terror.

¡Un segundo más y habrá acabado el tiempo de toda esclavitud!…

¿Pero cómo es posible que, una vez pasado ese segundo, no haya podido desvanecerse en la Visión divina?

¿Qué sucede para que, apenas reanimada, esa multitud de seres mudos desfallezca de nuevo, se ensombrezca, se inmovilice y se confunda con la noche?

Ocurre que el viejo Iniciado ha perdido, de repente, el esplendor de su serenidad. En efecto, se conmueve, y la extraña indecisión de su mirada denuncia el vértigo de sus sensaciones.

–¡Ah!, ¡se siente todavía palpitar en las entrañas de la vida!… ¡el divino aniquilamiento *no se ha* cumplido!

Las dudas le asaltan; ya, semejantes al humo de una antorcha, las inquietas horas de

samaels, que importunan a los servidores del Atrio oculto, se agitan, a su alrededor, tentándole con desoladoras sugestiones: la frente se le oscurece con el aleteo de sus alas muertas. Se acuerda, en una celosa desesperación, de que aún le separan eternidades de ese estado de pureza sublime que, en este mundo y a través de todas las alegrías, ha alcanzado Salomón.

El conocimiento de la diferencia existente entre su consagración y la del Real Inspirado suscita en él nuevos terrores cuya intensidad aumenta con cada latido de sus gélidas sienes.

¡Cómo se le ha podido infligir el horror de esos instantes, si él ha merecido la Luz!… Experimenta una desconocida pausa.

Él es ahora como una piedra volcánica que, movida por un terrible impulso, fuera retenida al borde del cráter en virtud de una milagrosa ley, y que se iría consumiendo por su velocidad interior, sin disgregarse ni disolverse.

El tiempo pasa, vago, pesado, imperceptible…

Él se pregunta. Ciertamente, ¿hay alguna confusión respecto a él, en el fondo de las leyes divinas?…

Espantado por la duda del Cielo, su inteligencia recae y da vueltas en un delirio de preocupaciones sobrenaturales. Un enorme pavor neutraliza la virtud de sus pensamientos.

Así la influencia del inmóvil Azrael se manifiesta para Helcias en esas espantosas ansiedades.

El viejo, ahora perdido, se parece a un sacerdote que sobreviviera a sus dioses muertos. No puede abandonar el habitáculo carnal en el que ha sido sorprendido y contemplado por la mirada de un Ser cuya concepción total supera la altura de su espíritu. Lo quede precipita al Umbral de la Dominación y le sume en la vieja polvareda de sensaciones humanas, no es la presencia del Exterminador mismo, es la impenetrable inacción, en su atributo esencial, de un Ser de ese origen.

¡Ignorante de sus actos, agita a su alrededor el haz temible de las conjuraciones, olvidando su vanidad ante el Mensajero! Pero su voz no es ya la de aquel que siempre obtiene todo sin rogar nunca.

Sus obsecraciones, rechazadas por las Siete Llamas de la explanada, vuelven a caer a su lado, poblando el aire, tristemente, de larvas y de fantasmas. Su aspecto actual anuncia que él ha nacido en edades más antiguas que la de su nacimiento terrestre. Pone en su frente un faldón del manto del Rey de Israel y, abandonando su voluntad al oscuro Destino:

–¡Ellel –invoca–, si el rayo, al golpear tus ojos, no es más que una luz cualquiera, alza, con tus imperecederos dedos, los párpados del Rey!…

Como antaño, bajo las bóvedas de Endor, cuando su madre, Holda, desde el trípode de las evocaciones, gritó las fórmulas que hicieron surgir, ante la muralla, la sombra de Shemuel.

* * *

Sin embargo, Salomón, tras haber abierto sus largos párpados, observaba en silencio al Genio de los Valles futuros.

Pero no era el rostro del Rey hacia donde se dirigían los fijos ojos del Ángel, relucientes como flechas que vuelan en el sol.

El Enviado miraba a Helcias con el ansioso temblor de una misteriosa sorpresa: parecía como si el Misael, dudando en acercarse al viejo, meditase, por vez primera, desde

siempre, acerca de la orden que SE le había dado.

Es por lo que la frente del Rey se cubrió de nubes por encima del viejo Iniciado, igual que, mil años más tarde y a esa misma hora, la estrella de Ephrata sobre una Judea sangrante, la noche de los Inocentes.

Sin fuerzas, ni siquiera para prosternarse, loco bajo la mirada invisiblemente tórrida que quemaba su vida sin liberar su alma, el Gran Mediador exclamó:

–¡Posteridad de David, escóndeme de esos dos ojos!

Y como el silencio del Maestro de los Prodigios pareciera significar:

–¿Dónde puede el Hombre huir de la presencia de Azrael?

Helcias, reuniendo sus más antiguos recuerdos, extendió las manos hacia el Rey y murmuró suplicante:

–Hay, en los anchos y oscuros bosques, junto a las riberas del Éufrates, un devastado claro donde, durante la primera noche del mundo, se escondió la Serpiente.

El Rey, adivinando el oscuro pensamiento del anciano, le tocó su frente con su constelado anillo: –¡Vete!… –dijo.

Helcias desapareció en un resplandor.

* * *

Entonces Salomón descendió de su trono y caminó hacia Azrael.

Y su túnica de piedras preciosas se arrastraba sobre el abigarrado pelaje de los agachados linces, sobre las lívidas espadas de los soldados acostados. Él avanzaba en la desmesurada Sala donde parecían dormitar recuerdos de siglos pasados, a través de los grupos de blancas esposas de antaño y de las hábiles negras en la ciencia de los prestigios, aplastando las guirnaldas marchitas por las llamas de las antorchas, apenas sostenidas por los hundidos brazos de las estatuas.

Y la alta figura del Rey profeta, del Esposo del Cantar de los Cantares, aparecía, radiante y azulada, en medio de los amargos olores que humeaban alrededor de los incensarios.

Cuando por fin el Rey llegó a los límites de la Sala, entró en el solitario atrio donde brillaba, con una sonrisa de niño, el taciturno Cherub.

El Rey fue a apoyarse, con tristeza, en las ruinas de la columna rota por el rayo; observó durante largo tiempo a Azrael. Por debajo de las dos presencias, el viento, que habla acudido con presteza de los mares y de las montañas, agitaba convulsivamente los fatídicos ramos del Jardín de los Olivos.

Y Salomón:

–¡Inefable Azrael! ¡Mis ojos están cansados del Universo! ¡Mi alma tiene sed de la sombra de tus alas!

La voz del moroso Arcángel, mil veces más melodiosa que la de las vírgenes del cielo, vibró en el espíritu de Salomón.

–¡En nombre de Quien fue engendrado antes de la Luz y será el despertar de aquellos que duermen, serena tu alma! La Hora de Dios aún no ha llegado para ti.

* * *

Entonces, la preocupación por la prolongación de aquél exilio, en el que el Mago,

cautivo de la Razón, antes de unirse a la Ley de los Seres, debía destruir la sombra que proyectaba en la Vida, pasó por el alma del Rey.

La Estrella de los pastores, por entre los cabellos del Eclesiastés, brillaba en el infinito. Silencioso, bajó sus ojos hacia las colinas de la hija de Sión, dormida a sus pies…

–¿Qué amargo soplo te ha traído hasta nosotros?… –dijo el Predestinado.

La forma de la Visión se desvanecía ya en el espacio; una lejana voz llegó a Salomón; él oyó estas terribles palabras que traslucían la Divina Presencia:

–Oh Rey! –cantaba al fondo de las noches el melancólico Azrael—, a través del tiempo y de las esferas, yo he sentido el piadoso abandono de tu pensamiento y, con el misterioso olvido de una Orden de Muy Alto, he querido saludarte, ¡oh tú, Bien Amado del Cielo!… Pero, bajo tu pacífica mano. se escondía aún el anciano confidente de tu obra de luz, Helcias, el Intercesor. Yo percibí entonces lo Inesperado. ¡No era *aquí* donde yo había recibido la orden de liberarlo del Universo! Y comprendí que el Todopoderoso me invitaba a acordarme, por la gracia de ese primer extrañamiento, y a ir, por fin –según la Orden ya prescrita–, según la Orden cuyo cumplimiento mi santa visita había diferido, a buscar a ese hombre por su verdadero nombre, *en esos anchos y profundos bosques, en las riberas del Éufrates, en ese devastado claro donde, durante la primera noche del mundo, se escondió la Serpiente.*

Table of Contents